Sophie Saint Rose



Aprenderás, mi amor

Aprenderás, mi amor

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Capítulo 1

—No, me gustaría ir al mirador del Rockefeller Center —dijo Isis echándole un vistazo al plano para intentar ubicarse.

—No fastidies. ¿Otro mirador? —protestó su hermana gemela apartándose su trenza pelirroja del hombro.

Levantó la vista del plano para mirar sus mismos ojos azules. —Hemos venido a visitar la ciudad, no a ir de compras a todas horas.

—Es que aquí todo es más barato y tienen cosas más bonitas… —Juntó sus manos haciendo morritos. —Por favor… —Al ver que la ignoraba para pasar el dedo por el plano puso los ojos en blanco. —¿No sabes lo que es el GPS del móvil? Dices donde quieres ir y nos lleva la vocecita. A la derecha, a la izquierda y recto… Ha llegado a su destino. ¿Te suena?

—Esos chismes nos están volviendo bobos.

Le arrebató el plano de las manos e Isis la miró asombrada. —¡Imber!

—¡Hablo en serio! —De repente salió a toda pastilla llevándose el plano en la mano y sin poder evitarlo sonrió mientras entraba en

una tienda. Estaba claro que en esos días poco iba a ver de la ciudad. Eso le pasaba por ir con su hermana. Decidió seguirla. Si no puedes con ellos únete, ¿no? Pues iba a relajarse y disfrutar que también eran sus vacaciones. Al detenerse ante el escaparate suspiró por un vestido rosa que era precioso. Al ver el precio hizo una mueca. En su pueblo costaría el doble. Estaba claro que la señora Mirrow era una choriza de primera. Entró con su hermana y antes de darse cuenta se había probado de todo. Tuvo que frenar a Imber un par de veces porque se probó cosas que en Spring Valley no se pondría ni de broma. Después de hacerla entrar en razón salieron de la tienda con dos bolsas enormes cada una.

—Mira, ahí hay otra —dijo señalando la acera de enfrente.

—Imber, vamos a estar aquí una semana.

—Por eso, tenemos muy poco tiempo. —Caminaron de una tienda a otra hasta que se agotó y divertida le sugirió que comieran un helado. —Genial, vaya calor que hace y eso que estamos a principios de julio. En agosto debe ser un horno. La próxima vez vendremos en otra época. ¡En Navidad! Debe ser la leche Nueva York en Navidad.

—¿Te perderías el ponche de la tía Gretel? ¿Y la tarta de la tía Grace?

—Por un año no iba a pasar nada. —Se detuvieron ante una furgoneta y pidieron dos helados. Se lo iban comiendo mientras miraban escaparates, pero hacía tanto calor que a Isis no le daba tiempo y se le cayó una gota en su camiseta rosa. Su hermana la miró riendo. —Uy, uy… drama.

Se limpió con la servilleta. —Mierda. ¿Ahora tengo que ir con una mancha de chocolate todo el día?

—Ponte otra camiseta. En la bolsa tienes más. —Su hermana miró a su alrededor. —Este es un barrio más pijo. Casi no he visto bares ni cafeterías. Qué raro. Si vamos más al sur…

—Déjalo, cuando encontremos una hamburguesería, comemos y aprovecho para cambiarme.

—Me muero por una hamburguesa —dijo antes de pasar la lengua por su helado.

—¿Dónde lo metes?

—Donde tú, guapa. Porque también comes lo tuyo.

De repente Isis sintió un golpe seco en la cabeza y su hermana gritó asustada dejando caer las bolsas para cogerla de los brazos. Confusa se tambaleó a un lado mientras su hermana chillaba y terminó cayendo sentada en la acera. Imber gritó pidiendo ayuda y un portero salió corriendo hasta ellas.

—¿Qué ha ocurrido?

Su hermana miró a su alrededor. —¡Le han tirado algo! ¡Llame a una ambulancia! —Se arrodilló ante ella cogiéndola de la barbilla.

Algo manchó sus párpados y se tocó la cara para sentir algo pringoso. —¿Qué ha pasado?

—No te toques, tienes una brecha en la cabeza.

—¿Qué?

Su hermana inclinó su cabeza hacia atrás mientras la gente la rodeaba. —Tranquila, estoy aquí. No te va a pasar nada. Dime cómo te llamas —dijo con voz calmada mirándola a los ojos.

—Isis Thompson.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes. Uno de julio.

—Perfecto. —Escucharon el sonido de la ambulancia y enseguida llegaron los sanitarios. Su hermana como enfermera les dijo lo que había ocurrido mientras la atendían y a toda prisa recogió las bolsas.

—Su móvil —dijo el portero tendiéndoselo. Lo cogió dándole las gracias y corrió tras la camilla.

Isis viendo a su hermana angustiada, aunque intentaba disimularlo, forzó una sonrisa. —No te preocupes. Esta tarde iremos de compras.

—Claro que sí. Y te comprarás el vestido de novia como tenías previsto.

Miró su mano llena de sangre y suspiró porque al menos no había manchado el anillo de compromiso que nunca había recibido. Mejor no pensar en las palabras de su novio cuando le pidió matrimonio y no le ofreció el anillo. Estaba claro que ese compromiso no había empezado con buen pie.

—Así que te casas —dijo una de las sanitarias sonriendo.

—Sí, en tres meses.

—Es el mejor partido de la zona —informó su hermana.

—¿De dónde sois?

—De Montana. Hemos venido de vacaciones.

Isis sonrió porque su hermana era muy dicharachera, así que dejó que hablara ella. Y de los nervios no paró hasta llegar hasta el hospital. Les contó con quien se casaba y cómo sería la boda. Como quería su vestido de novia y pidió que le raparan la cabeza lo menos posible porque sino como novia sería un cuadro. Todos se echaron a reír y la verdad cuando llegó al hospital no es que Isis estuviera más tranquila porque eso de que le raparan la cabeza la había puesto histérica. No es que fuera muy coqueta, pero ir con la cabeza rapada el día de su boda era algo que en el pueblo no se olvidaría jamás.

Como era enfermera dejaron pasar a su hermana al box y se mantuvo a los pies de la camilla observando todo lo que hacían. Cuando el doctor dijo que iban a hacer una IRM ella asintió, pero Isis se puso aún más nerviosa. —¿Por qué?

—Por si se ha fisurado el cráneo —explicó su hermana—. Es por prevenir. Porque esa zona de la cabeza es muy dura. Es una resonancia y no te dolerá nada. Así que tranquila.

—¡Pues no es que me tranquilice mucho! —Miró al médico. —¡Me caso en tres meses!

El doctor sonrió. —Y te vas a casar en tres meses. Como ha dicho tu hermana debes estar tranquila. La hemorragia ha cesado, tienes buenas constantes, buena reacción de pupila y no hay nada que me indique que se haya fisurado nada aparte del golpe en la cabeza. Pero como ha dicho tu hermana es por prevenir. Al parecer tienes un seguro buenísimo que vamos a explotar un poco.

—Es directora del colegio.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó ella alucinada.

Su hermana le guiñó un ojo. —Todo el mundo teme a los directores de colegio. Es para que entiendan tu carácter.

Jadeó indignada y todos se echaron a reír. El médico saliendo del box dijo —Enseguida te llevarán a hacer la prueba.

—Gracias, doctor —dijo entre dientes antes de fulminar a su hermana con la mirada—. ¿Quieres dejar de decirle a todo el mundo que soy directora de un colegio?

—¿Te avergüenzas de tu trabajo?

—Claro que no.

—¿Entonces para qué protestas?

En ese momento sonó un teléfono y ellas miraron a su alrededor. —Sale de tu bolso —dijo Isis incorporándose un poco—. Sí, sale de tu bolso.

—Es imposible. Ese no es mi móvil. ¿Has cambiado el tono?

—¿Del mío? Claro que no. Además está en mi bolso. —Miró a su alrededor. —Por cierto, ¿dónde está?

—Bajo la camilla —dijo su hermana revisando su bolso. Sacó un teléfono de él y miró a su hermana con los ojos como platos. —¿De quién es esto?

—¿Has mangado un móvil? —Frunció el ceño. —¿Tiene la pantalla rota?

Su hermana se mosqueó. —Sí, está rota. Oye, ¿no sería lo que te tiraron? El portero me dio el móvil diciendo que se me había caído. ¡Creí que era el mío!

—Trae. —Su hermana se lo acercó y vio un número larguísimo en la pantalla azul. Entrecerrando los ojos descolgó y se lo acercó al oído. —¿Diga?

—¿Eres la secretaria de Byford Wellings?

Mirando a su hermana a los ojos contestó —¿Si…?

—Llamo de Industrias Shilton. Al señor Shilton le gustaría concertar una cita con él. ¿Qué le parece para comer?

—¿Qué le parece si la llamo cuando hable con el señor Wellings? En este momento está en una reunión importante y no puede ponerse.

—Oh… —dijo confundida—. Muy bien. Esperaré su llamada.

No esperó a que la chica colgara el teléfono sino que lo hizo ella rápidamente. Su hermana al verla mover el dedo sobre la pantalla preguntó —¿Qué haces?

—Desbloquear esto. ¡Ja! Seis ceros. Hay que ser tonto para no poner un pin como Dios manda.

—Yo también tengo solo ceros. —Dio un paso hacia ella. —¿Vas a ponerle las pilas, hermana?

—Necesito desahogarme un poco. ¡Van a coserme la cabeza! —Al leer en la agenda asistenta sonrió con ironía pulsando el botón de llamada.

Su hermana sonrió. —Pon el manos libres.

—¿Diga? —preguntó una voz latina que parecía sorprendida—. ¿Señor?

—¿Cómo te llamas?

—¿Perdón?

—¿Trabajas para el señor Wellings?

—Sí. Oiga, ¿cómo es que tiene su teléfono?

—¿Está ahí?

—¡Señor! ¡Le han robado el teléfono!

Las hermanas se miraron con la boca abierta e Imber susurró —Cuelga.

Negó con la cabeza escuchando como la mujer corría. —¡Señor, le han robado el teléfono!

—¿Pero qué dices, Amelia? —preguntó una voz grave que no parecía de buen humor. Isis sintió que su corazón se sobresaltaba y separó los labios escuchando atentamente—. ¡Virginia no te lo digo más, bájate del sofá!

—¡Qué sí! ¡Qué están llamando!

—¡No! —gritó una niña—. ¡No quiero!

—Virginia, ¿dónde está mi teléfono?

Ambas hermanas entrecerraron los ojos acercándose al aparato.

—¡Le digo que lo tiene esta mujer! ¡Conteste, señor! Seguro que es un secuestro de datos de esos.

—Amelia no diga disparates. ¡Si estaba aquí sobre la mesa! Virginia, ¿qué has hecho con el móvil?

Las hermanas se miraron entendiendo.

—¡Lo he tirado por la ventana!

—Me cago en …

—Pues lo tiene esta mujer —dijo Amelia satisfecha.

—¡Diga!

—¡No, diga usted!

—No la comprendo. ¿Ha encontrado mi teléfono?

—¡Más bien me ha encontrado él a mí!

—¿Pero qué dice? ¿Está borracha? —preguntó con desprecio—. ¿Qué quiere? ¿Dinero?

Jadeó ofendida porque encima la viera como una aprovechada. —Mira, guapo… ¡Tengo una brecha en la cabeza gracias a la broma de tu hija, así que no me toques lo que no tengo, imbécil! ¡Pienso denunciarte!

—Mire, señora…

—Señorita.

—¡No me extraña nada con el carácter tan borde que tiene! Como iba diciendo…

—¿Pero cómo te atreves?

—¡Cómo se atreve usted! ¡Seguro que ha encontrado el móvil en la calle y ahora quiere pasta!

—Tengo testigos. Y un informe que me van a hacer en el Lennox Hill. ¿Crees que será suficiente para presentar una denuncia? ¡Eso sin contar el móvil que tengo en la mano que tiene sangre mía y la pantalla rota!

Colgó el teléfono muy cabreada y su hermana asintió. —Eso, hermana… que porque seamos de pueblo no somos tontas. ¿Tiene sangre tuya?

—No lo sé, pero la va a tener. —Isis miró bien el móvil y se lo tendió. —Mójalo un poquito. Tampoco exageres. Este se va a cagar. Nos ha llamado aprovechadas.

—Te lo ha llamado a ti.

—¿Has visto cómo le habla a su hija? Y luego dice que yo tengo mal carácter. ¡Hay que tener morro! —Tomó aire intentando calmarse. —Ahora guárdalo. Que en saliendo de aquí me voy a comisaría. —Miró a su alrededor. —¿Qué? ¿Me hacen algo o no? Trae la bandeja esa que me vas a poner tú los puntos.

—Tienen que hacerte la prueba. No te azotes que te veo venir. Tienes esa mirada que pones cuando vas a dejar a los de la asociación de padres con la boca abierta. Y no para bien.

Gruñó mirando el teléfono en su mano. —Tú guárdalo bien.

El teléfono volvió a sonar e Isis estiró la mano para cogerlo, pero contestó su hermana —¿Diga?

—¡Qué se ponga la loca!

Se miraron sorprendidas y su hermana le pasó el teléfono. —¿Si?

—Muy bien, te doy cinco mil pavos por los daños ocasionados y me devuelves el móvil.

—No quiero dinero —dijo indignada.

—¿Entonces qué quieres? ¿Que vaya a la cárcel por algo que ha hecho una niña de cinco años? —preguntó perdiendo los nervios—. ¡No seas ridícula!

—¡Una disculpa no estaría mal, que es lo que haría un padre como Dios manda! —gritó desgañitada al móvil antes de colgar.

Su hermana chasqueó la lengua. —Los cinco mil nos vendrían genial para volver en diciembre.

Puso los ojos en blanco. —No vamos a volver en diciembre. Estaré casada y nuestra familia nos mata si volvemos a Nueva York en Navidades.

—Cachis…

Miró a su hermana fijamente. —Imber, ¿qué pasa? Me has insistido muchísimo para venir aquí a comprar el vestido de novia y no lo entiendo.

—¿Qué querías? ¿Encargárselo a la señora Mirrow? No encontrarías lo que buscas y tendrías que ir hasta Billings. Además, ¿qué tiene de malo venir a pasar las últimas vacaciones juntas?

Entonces lo entendió. Debía pensar que porque se casaba su relación iba a resentirse y eso era imposible. Sonrió y estiró la mano para coger la suya. —No te voy a dejar de lado…

—No te lo permitiría.

Sonrió. —Esa es otra de las razones. Pero sobre todo y más importante, es que no hay nadie en esta tierra que me importe más que tú.

—¿Ni Son?

—Ni Son. ¿Quieres que lo deje? —preguntó divertida. Su hermana pareció pensárselo y la miró asombrada—. ¡Será una broma! —Imber gruñó cruzándose de brazos. —Escúchame bien… Ya hemos hablado de esto. Cuando me case, vivirás en la casa de invitados que Son está construyendo. Será como siempre. —En ese momento volvió a sonar el teléfono y exasperada descolgó. —¿Qué?

—Diez mil.

Colgó sin contestar y chasqueó la lengua. —Este es idiota.

—Tiene una voz sexy.

—Sí, eso sí.

—¿Te parece sexy?

—No empieces, Imber. Me voy a casar con un hombre fantástico. Tú misma lo dices. Es el mejor partido del condado. Tengo una suerte enorme de que me quiera.

—No lo has dicho.

—¿El qué?

—Que le amas. —Se quedó sin aliento. —No le amas.

—No digas tonterías, claro que sí.

—No sientes ese deseo arrollador que se siente cuando amas. No te vuelve loca ni lo dejarías todo por él. Incluida yo.

—¡Porque tú eres más importante!

—¿Ves? No le amas.

—Y cómo sabes tanto tú del amor, ¿eh? ¡Si ni siquiera tienes novio!

—Porque yo espero al amor de mi vida. No me conformo con cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? ¡Son O´Malley no es cualquier cosa, guapa! —El teléfono volvió a sonar y descolgó. —¿Qué?

—Lo siento.

Se quedó de piedra porque no se lo esperaba. —Ah…

—¿Me devuelves el teléfono, por favor? —preguntó entre dientes.

—Vale, puedes venir a buscarlo al hospital.

—Gracias —dijo como si le estuvieran sacando una muela—. ¿Tu nombre es?

—Isis Thompson.

—¿Isis?

—Exacto, ¿pasa algo?

—No, claro que no.

—Pues eso.

Colgó el teléfono y suspiró. —¿Ves? Al final se ha disculpado. Hay que ser firme, como con los niños.

—No has colgado.

Ella miró la pantalla gimiendo por dentro y acercó el teléfono. —¿Sigues ahí?

—Sí —gruñó fastidiado—. Estás en el Lennox Hill, ¿no es cierto?

Se sonrojó ligeramente. —Pues sí, en urgencias.

—Ahora voy…

—Perfecto. —Forzó una sonrisa asegurándose de que había colgado. —Creo que me ha oído.

Su hermana se echó a reír a carcajadas. —Me muero por verle la cara.

Miró el teléfono sintiéndose algo nerviosa sin saber por qué, pero intentando disimular levantó la barbilla y decidió cambiar de tema. —¿Crees que tardarán mucho en hacerme la prueba?

Capítulo 2

Perdieron toda la tarde en el hospital y cuando terminaron de ponerle los puntos tenía un cabreo de primera porque le habían cortado un circulito en el centro de la cabeza y después de palparlo sabía que parecía un franciscano con código de barras. Menos mal que tenía una melena bien hermosa porque sino le daba algo. Solo esperaba que el día de la boda no soplara el viento de espaldas.

Fueron hacia la puerta de urgencias e Isis preocupada cogió el teléfono de su hermana para verse el circulito ya con el apósito en una de las fotos que le había sacado y casi chilla del horror por su cabello rojo lleno de sangre.

—Sí, tienes una pinta horrible. Pero anímate, tienes la cabeza muy dura.

—Muy graciosa —dijo mientras se abrían las puertas.

—¿Qué? Es una noticia buenísima que no te la hayas roto.

—Y encima hemos perdido casi todo el día.

—¿Quieres ser más positiva?

Un hombre les bloqueó el paso y discutiendo intentaron rodearlo.

—¿Isis?

Se detuvo y al levantar la vista para ver unos preciosos ojos verdes rodeados de unas larguísimas pestañas negras se quedó en shock. —¿Eres Isis? —Su voz ronca la estremeció y sin poder evitarlo miró sus finos labios.

—Sí, es ella.

Él hizo una mueca viendo el apósito que tenía en la cabeza y sus rizos rojos llenos de sangre. —Pues sí que te dio.

—Pues sí. —Atontada le miró de arriba abajo. Llevaba un traje gris con una camisa blanca y una corbata azul cobalto que mostraba clase por todos sus poros. Pero lo que la dejó medio muda fue el aura de poder y sexualidad que emanaba. Jamás en su vida se había sentido tan atraída sexualmente por nadie y su cuerpo se lo demostró cuando su vientre se estremeció con fuerza como si le hubieran dado una descarga. —Sí que me dio.

—¿Me devuelves el móvil? —preguntó como si fuera algo lenta.

Se sonrojó ligeramente. —Pues…

—Es que la han medicado un poco para ponerle los puntos —dijo su hermana rápidamente antes de extender la mano—. Imber Thompson.

Vio como él le daba la mano. —Wellings. Byford Wellings.

Su hermana se echó a reír. —Dices tu nombre como James Bond. —Él levantó sus cejas negras y su hermana se sonrojó diciendo por lo bajo —Los neoyorkinos no tienen sentido del humor.

Isis sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero y se lo tendió. —Aquí tienes.

—Gracias y siento… —Miró su cabeza. —Eso. ¿Estás bien?

—¿Sabes que podía haber matado a alguien? —preguntó algo fastidiada por su tono porque era evidente que en realidad le importara un pito.

Él se tensó. —Tiene cinco años. ¿Qué quieres que haga? ¿La ato?

—¡Hay que educarla desde que nacen, no esperar a que tenga dieciséis años!

—¿Pero quién te crees que eres para darme lecciones de cómo educar a mi hija cuando no sabes una mierda de mi vida? —preguntó con desprecio.

—¡Soy la que ha recibido un telefonazo de tu hija!

—¿Qué os parece si salimos de aquí? —preguntó Imber mirando de reojo a los que esperaban—. Nos están mirando.

—No necesito lecciones de alguien que es obvio que no sabe de lo que habla. —Se volvió para largarse.

Jadeó indignada siguiéndole. —¿Que no se de lo que hablo? ¡Mucho mejor que tú! ¡Soy licenciada en psicología infantil y he dado clases de educación especial, eso por no mencionar que soy directora de un colegio! ¡Así que sé de lo que hablo mucho mejor que tú, que es obvio que no tienes ni idea de lo que es criar a un hijo!

Se detuvo ante su coche y se volvió con los labios apretados antes de fruncir el ceño mirándola de arriba abajo. —¿Estás aquí de vacaciones?

Parpadeó porque no se esperaba la pregunta. —Sí.

—Si eres profesora no trabajas en todo el verano, ¿no? Durante las vacaciones de los niños…

—Tengo que organizar el próximo curso, pero básicamente sí.

—Y tiene que organizar una boda.

—¿A qué viene esa pregunta?

Él apretó las mandíbulas como si lo que fuera a decir estuviera a punto de provocarle una úlcera. —Estoy teniendo problemas con mi hija.

—¿No me digas?

La miró como si quisiera cargársela. —Está intratable y han estado a punto de echarla de su colegio. Eso por no mencionar que

no hay niñera que le dure más de tres días. Hoy he tenido que trabajar en casa y esto supone un trastorno enorme para mi empresa.

—¡Tu hija es lo primero!

—¡Ya! ¡Pero es que no sé qué hacer! ¡El psicólogo quiere medicarla y me niego! —le gritó a la cara.

—Pero estamos de vacaciones —dijo Imber sorprendida.

—Os pagaré un mes más en el mejor hotel de Nueva York. Si dices que sabes lo que haces en un mes podrás hacer algo, ¿no?

—Uy, ésta te la endereza en dos días —dijo su hermana satisfecha antes de darle un codazo a su hermana—. Un mes más aquí. Di que sí.

—¿Y Son?

Su gemela chasqueó la lengua. —Dile que te lo he pedido yo. Total, ya me odia.

—No te odia.

—Claro que sí. Solo me soporta porque se va a casar contigo. —Sonrió a Byford. —Pero me tiene que tragar, así que se fastidia.

La miró asombrada. —¿No te gusta Son?

—Por supuesto que sí, le gustaría a cualquiera.

—¿Entonces?

—No me has entendido, es él quien parece que no me soporta. ¿No te das cuenta de que casi ni me habla?

No se lo podía creer. —Pero…

—Disculpa, ¿me das una respuesta? —preguntó Byford exasperado.

—Esto es importante, ¿sabes? ¿Ves? No tienes paciencia y con los niños hay que tener mucha. Si lo sabré yo que tengo quinientos cuarenta y seis. —Le señaló con el dedo con mirada de directora. —Así que te esperas. —Miró a su hermana. —Si a Son le caes genial…

Su hermana bufó mientras Byford gruñía, pero ninguna le hizo caso mientras Imber decía —No me soporta desde que le advertí que como no fuera en serio contigo le cortaba las pelotas.

—¿Que le dijiste qué?

—No iba a dejar que mariposeara con mi hermana como lleva haciendo con todas las que se le ponían a tiro. Tú hubieras hecho lo mismo. Así que de nada.

Parpadeó porque tenía razón. Antes su novio no se tomaba a ninguna en serio, así que hubiera hecho lo mismo. —Bueno, si no te traga tampoco es para tanto.

—Pues eso.

Isis apretó los labios porque sus ojos reflejaron que estaba dolida, aunque intentara disimularlo. Ya se ocuparía de eso cuando regresaran a casa. Claro que sí. Y como viera que Son se pasaba un pelo con ella, iba a dejarle las cosas pero muy claritas.

Vio un movimiento a su derecha y miró hacia Byford que parecía a punto de decir algo, así que chasqueó la lengua. —Ah, sí… Tú.

—Perdona, ¿crees que puedes atenderme en este momento? —Le soltó con ironía.

—Haré un esfuerzo. La respuesta es no.

Su hermana jadeó y vio cómo se largaba mirando a su alrededor. —Pero Isis…

—Pero Isis nada. Una semana, eso es lo que nos vamos a quedar porque estamos de vacaciones. Vacaciones, ¿recuerdas lo que son?

—Claro que sí, por eso quiero alargarlas. —La cogió por el brazo. —Por favor…

—Ya, pero la que no tendré vacaciones seré yo si tengo que encargarme de Virginia.

Él suspiró llevándose la mano a la nuca demostrando que estaba muy tenso. —Muy bien. Gracias de todas maneras. —Sin esperar más fue hasta su coche y el chófer abrió su puerta.

—¡Oye!

A punto de entrar la miró a los ojos y su corazón dio un vuelco por la esperanza que vio en los suyos. —Te llamó la secretaria de un tal Shilton. Quería una cita.

—Gracias —siseó antes de entrar en su coche a toda prisa.

Ellas observaron como el coche se alejaba y su hermana hizo una mueca. —Podía habernos llevado al hotel.

—Se nota que no es un hombre muy paciente. —Con una mala sensación en la boca del estómago suspiró mirando a su alrededor. —¿Cogemos un taxi? Paso de ir así en el metro.

Su hermana la observó unos segundos. —Te arrepientes.

—No, qué va.

—No me mientas. Vas de dura pero siempre ayudas a todo el mundo. Y se le ve muy agobiado con el tema. Cómo debe ser la niña para que haya tenido que dejar de trabajar —dijo divertida levantando un brazo para llamar a un taxi como toda una neoyorkina.

Eso le hizo pensar. —¿Y su madre? No la han mencionado.

—Está claro que debe estar desaparecida. Igual es viudo.

Se llevó la mano al pecho pensando en esa niña y en lo mal que lo debía estar pasando. —¿Eso crees?

—Recuerda cuando murió el abuelo Frank. Éramos el terror del pueblo hasta que la tía Clare nos enderezó.

Apretó los labios recordando lo mal que lo había pasado en ese momento y en silencio se subió al taxi que se había detenido ante ellas. Su hermana dio el nombre del hotel y pensativa miró las calles. Aquello no era nada parecido a su pueblo donde todos se conocían. Había escuchado mil veces como en la gran ciudad todo el mundo iba a lo suyo. Un lugar en el mundo muy difícil para alguien que se siente solo. La esperanza en los ojos de Byford le hizo decir —Cambio de planes, hermana.

Imber sonrió. —Lo sabía. —Chilló emocionada abrazándola y besándola en la mejilla. —¡Un mes en Nueva York! Gracias, gracias.

—No me des las gracias todavía porque me vas a ayudar.

—¿Qué?

—¿Crees que me voy a comer este marrón yo sola?

—Sí, como siempre.

—Pues se acabó. Si quieres disfrutar de ese hotel de lujo y de un mes en Nueva York, tú también tendrás que colaborar.

Imber frunció el ceño. —¿Es otra de tus lecciones? Porque yo no tengo cinco años.

—Como si los tuvieras.

—Ja, ja.

Reprimió la risa por su indignación. —Jugarás con ella. Eso te gusta.

—¡Venga ya! Con todo lo que hay que hacer en esta ciudad…

Ignorándola la interrumpió. —Diferenció tu voz.

Hizo que su hermana sonriera. —Qué raro, ¿no? Ni las tías nos distinguían y nos conocían como si nos hubieran parido.

—Sí… —Pensando en ello se encogió de hombros. —Sería una casualidad.

Su hermana no dijo palabra y eso provocó que la mirara. —¿Qué piensas?

—Una vez leí que el amor verdadero reconoce a su alma gemela en cualquier circunstancia. Venía a colación de una noticia. Una clínica veterinaria se incendió y dos auxiliares sufrieron quemaduras tan graves que no se les reconocía. El marido de una de ellas no dudó en quien era su esposa y eso que tenía todo el cuerpo cubierto por unas gasas. Consiguieron identificarlas por el color de los ojos y tenía razón.

—¡No me cuentes esas historias tan tristes! —Intrigada se acercó. —¿Qué le pasó a la mujer? ¿Se recuperó?

—Quedó desfigurada, pero a él se le veía enormemente contento porque no la había perdido.

Se le hizo un nudo en la garganta y su hermana la miró emocionada. —¿Crees que Son se alegraría en un caso así?

Esa pregunta la hizo agachar la mirada segura de que no. No porque fuera alguien superficial, pero sabía que su físico había tenido mucho que ver a la hora de elegirla por esposa. No era tan tonta como para pensar lo contrario. Eso le hizo analizar su relación. Desde el principio la respetaba muchísimo. A ella y a su trabajo, comprendía como era y se llevaban muy bien. Tenían los mismos intereses y estaba orgulloso de llevarla del brazo. ¿Pero la amaba de esa manera? No lo creía. Pero lo que más le preocupaba en ese momento es que no había sentido que le faltaba el aliento a su lado como acababa de pasarle al conocer a Byford y eso no era normal. Aunque tampoco era normal que no se hubieran acostado nunca. No sabía por qué, pero casi desde el principio le dijo que quería llegar virgen al matrimonio. Se extrañó muchísimo de que aún estuviera intacta, pero tampoco había una pasión entre ellos que le hiciera querer desgarrarle la ropa. Y no era por nada, pero al ver a Byford vestido con ese traje le había intrigado un montón lo que había debajo. Sintiendo muchísimo calor se abanicó con la mano. Tenía

que dejar de pensar en tonterías. Todo iría bien. Eran los nervios de la boda que la hacían dudar. Lo raro es que no se había puesto nerviosa y no había dudado nunca, hasta ese momento.

Una hora después llegaron ante el portal y las gemelas miraron hacia arriba. Era un edificio en el Upper East Side que tenía pinta de ser carísimo no, lo siguiente. Pero no era de extrañar porque era Park Avenue.

Su hermana silbó. —¿Desde qué piso te tirarían el móvil?

—Eso lo averiguaremos enseguida.

Se acercó al portal y el portero que estaba en la puerta sonrió. —Buenas noches, señoritas.

—Venimos a ver al señor Wellings.

El hombre perdió algo la sonrisa enderezándose. —Pasen por favor, tengo que informar.

¿Informar? Confundida entró con él en el portal. Todo era de mármol blanco y había dos grandes espejos ante el mostrador en los que se reflejaban la enorme lámpara de cristales que estaba en el techo. Ambas miraron hacia arriba con la boca abierta mientras el portero hablaba por teléfono.

—Hala, ¿has visto eso?

—Señoritas, ¿a quién debo anunciar?

—Las gemelas Thompson —dijeron a la vez sin dejar de mirar la lámpara.

—Las gemelas… Ah, que lo ha escuchado señor… —Isis observó al portero que parecía algo nervioso. —Sí, por supuesto. Enseguida suben, señor Wellings. —Colgó y forzó una sonrisa. —Ático, pueden subir cuando quieran.

—Gracias —dijeron a la vez antes de ir hacia el ascensor. Su hermana se acercó y susurró —Parece que le teme.

Las puertas se abrieron y miraron los números. Había dos por planta excepto en el último piso que solo estaba el ático. Levantó las cejas pulsando el botón. Aquello iba a ser interesante.

—Tiene pinta de que Byford tiene mal carácter.

—¿También vas a reformarle a él, hermana?

—Por supuesto. El comportamiento de la niña es culpa suya. Virginia solo tiene cinco años.

—Cierto. ¿Crees que te hará caso?

—Más le vale porque sino me largo.

—Así me gusta, hermana… Cuando te pones en plan señorita Rottenmeier me encanta. ¿Luego nos vamos a cenar?

—Una hamburguesa bien grasienta.

—¡Cómo te quiero!

Contenta salió del ascensor para encontrarse a Byford ante la única puerta que había. Estaba en mangas de camisa, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y por cómo las miró era evidente que no sabía muy bien si iban en plan de guerra o no. —Esto sí que es una sorpresa —dijo muy serio—. ¿Habéis pensado mejor lo del mes de vacaciones?

—En un hotel de lujo. —Isis levantó una de sus cejas pelirrojas. —¿Podemos pasar?

—Está a punto de acostarse.

—Perfecto, así nos iremos conociendo.

Él se hizo a un lado y pasaron a un hall más grande que el salón de su casa. En el centro había una mesa redonda con un jarrón lleno de rosas blancas.

—Venid por aquí. —Byford rodeó la mesa y con curiosidad le siguieron a toda prisa. Su hermana jadeó admirando el elegante salón y las increíbles vistas de la ciudad, pero ella solo se fijó en la niña sentada en el sofá. Vestida con un pijama corto de princesitas Disney, estaba comiendo palomitas mientras miraba la enorme televisión que estaba empanelada a la pared. Era preciosa con unos

bonitos rizos negros y unos inteligentes ojos del mismo color que en ese momento las miraron de reojo antes de hacer que seguían mirando la tele.

—Son las nueve —dijo ella en voz baja volviéndose hacia Byford.

Él suspiró pasándose la mano por el cabello. —Si le apago la televisión tiene una rabieta y entonces no se acostará hasta las dos. Ahora todavía, pero cuando iba al colegio era un problema por la mañana.

Se giró para darle la espalda a la niña. —¿Podemos hablar a solas un momento?

—Acompáñame.

Su hermana la siguió porque quería enterarse de todo como siempre y él se detuvo ante una puerta. —¿No era a solas?

—Es mi ayudante.

—En realidad somos una. —Su hermana sonrió mostrando todos sus dientes. —¿Lo pillas?

—Lo pillo. —Entró en un despacho que parecía una nave espacial. Había pantallas con las cotizaciones en todos lados y una mesa enorme llena de papeles con un ordenador encendido, lo que indicaba que estaba trabajando cuando ellas habían llegado. Él cerró

la puerta a su paso e Isis dejó el bolso sobre la silla. —Muy bien, tú dirás.

—Si vamos a hacer esto quiero libertad total y que no me contradigas en nada.

Él apretó los labios, lo que indicaba que no le gustaba perder el control, pero estaba segura de que no solo era respecto a su hija.

—Quiero que lo digas. Tú tienes el control.

—Tú tienes el control —dijo entre dientes.

Sonrió encantada. —Bien, ahora cuéntame algo de ella. Su madre…

—Su madre está en la Riviera divirtiéndose con el dinero que ha conseguido sacarme —dijo realmente cabreado—. Fue un mal matrimonio y un divorcio aún peor. Ha jugado con la niña todo lo que le ha dado la gana para conseguir sus propósitos. Dinero. Virginia solo vive conmigo desde hace dos meses, cuando consiguió una buena suma por otorgarme la custodia.

Miró de reojo a su hermana que tenía el ceño fruncido. —Entiendo.

—No, no lo entiendes, pero es lo mismo. ¿Algo más?

—A partir de ahora yo seré la mala, así que irá a ti con ruegos y con chantajes emocionales como papi, ¿es que ya no me quieres? —

Le señaló con el dedo. —Te lo advierto, no cedas, porque así siempre conseguirá lo que desea. Los niños nos están midiendo constantemente y si dices que sí una vez ya creen que ese sí es para siempre. Así que si ves que tu hija está berreando, llena de mocos rogándote con esos ojitos negros que le permitas una hora más, ¿qué tienes que hacer?

—Nada.

—Exacto. —Dio una palmada. —Pues vamos allá. Cuanto antes mejor.

Salió del despacho sin esperar a nadie y atravesó el salón colocándose ante la niña. Sonrió. —Hola Virginia.

La miró con desconfianza.

—Soy Isis y ella es mi hermana Imber. Voy a ser tu nueva amiga. ¿Qué te parece? —La niña cogió el mando y cambió a otra peli de dibujos como si no existiera. —Ya veo que nos vamos a llevar muy bien. Imber, ¿qué hora es?

—Casi las nueve y media, hermana.

—¿No es hora de que los niños estén en la cama?

—Totalmente de acuerdo.

—Apaga la televisión, Virginia.

—¡No! —Cogió un puñado de palomitas del bol metiéndoselas en la boca.

—¿No? —preguntó muy seria.

—¡No! ¡No eres nadie!

—Voy a contar hasta tres. Uno… Dos… —La niña la retó con la mirada y cambió el canal de nuevo. —Tres. —Fue hasta la chimenea y cogió el atizador. Antes de que nadie pudiera impedirlo empezó a dar golpes a la televisión dejando a todos con la boca abierta incluida a la niña a la que se le cayeron las palomitas de la boca. Cuando terminó suspiró tirando el atizador a un lado. —Bien, ya no hay problema. Ya no hay tele. —Se giró hacia la niña y sonrió. —A la cama.

—¡Papá! —gritó como una descosida. La niña se puso de pie sobre el sofá y volvió a gritar —¡Papá!

Byford salió del despacho. —¿Si, hija?

La niña señaló la tele y él la miró como si nada. —¿Acaso no has oído a Isis? —Miró de nuevo a su hija. —Son las nueve y media. A la cama.

Virginia se quedó tan sorprendida que casi le da la risa, pero cuando volvió la vista hacia ella permaneció impasible. —A la cama.

De la furia se puso roja como un tomate. —Y ahí viene… —dijo por lo bajo antes de que la niña gritara a pleno pulmón.

Su hermana chasqueó la lengua sentándose en el sofá a su lado. La niña cogió el bol de palomitas y antes de que se lo lanzara, Imber se lo cogió y empezó a comer palomitas—. Gracias.

La niña no pudo disimular su sorpresa antes de gritar de nuevo roja de la rabia.

—¿Virginia? —preguntó Isis totalmente calmada—. Como hagas lo que pienso que vas a hacer, estarás castigada una semana. Sin televisión, sin consola, sin muñecas, solo se te permitirán los libros, ¿me has entendido bien?

Su padre se cruzó de brazos sonriendo con ironía porque su hija se tiró sobre su hermana como una loca gritando hasta hacer temblar los cristales mientras agarraba a Imber de los pelos. La pobre tiró el cuenco al suelo y la intentó apartar, pero la niña casi la deja calva. Isis se acercó cogiendo el jarrón que había sobre la mesa y tiró las flores a un lado. Byford se tensó viendo cómo se acercaba y tiraba el agua a su hija en el rostro.

La niña parpadeó empapada al igual que su hermana. —¿Puedes acompañarme a tu habitación? Creo que necesitas cambiarte de pijama.

Entrecerró los ojos antes de gritar —¡Idiota!

—Esa boca, señorita. —La cogió del brazo haciendo que bajara del sofá.

—¡Suéltame! ¡Papá! —Él dio un paso hacia ellas, pero se detuvo cuando le fulminó con la mirada. —¡Papá! ¡Suéltame! ¡Tú no me mandas! ¡Papá!

—¿Su habitación? —preguntó como si nada.

—Está arriba —respondió entre dientes.

—Oh, perfecto.

Sobre los gritos de furia de la niña que se intentaba soltar, su hermana se levantó medio empapada y con los ojos como platos chillando —Oye, ¿me ha arañado la cara?

Miró a su hermana e hizo una mueca por el arañazo que tenía en la frente. —Bien, te has ganado un buen castigo, Virginia. ¿No te han dicho que no se pega? —La arrastró hasta las escaleras y allí se agarró con su otra manita a la barandilla. —Ya verás, nos vamos a llevar genial. —La soltó del brazo cogiéndola por la cintura y cargándola en brazos. Virginia se retorció en su pecho y la empezó a pegar con los puños, pero ella no se inmutó, aunque la golpeó en la nariz haciéndole daño. —¿Te gusta el parque? Cuando yo era

pequeña me encantaba ir al parque. Mañana iremos allí a que te dé el aire.

—¡Quiero a mi mamá! —gritó a punto de llorar.

—Claro que sí. ¿Y a tu papá?

—¡No! ¡A él no le quiero! —Al mirar hacia abajo vio que Byford se tensaba dolido. —¡Y a ti te odio!

—Bueno, eso es algo que tendrás que superar.

La golpeó de nuevo en el pómulo y suspiró. Cuando la mordió en el hombro chilló soltándola y la niña salió corriendo, entrando en una habitación y cerrando la puerta de golpe. Escuchó el pestillo mientras se acercaba. —¿Virginia? Abre la puerta.

—¡Vete! ¡No te quiero aquí!

Sí, lo comprendía perfectamente. Acababa de interferir en su mundo perfecto. Golpeó la puerta. —Voy a contar hasta tres. Uno, dos, tres. —Fue a la puerta de al lado y cogió la llave. Dos segundos después estaba abriendo su puerta. La niña en el centro de la habitación la miró primero con sorpresa antes de gritar de la rabia de nuevo. Empezó a correr por la habitación tirando las cosas al suelo como si estuviera poseída e Isis sabiendo que su padre estaba detrás se cruzó de brazos apoyándose en el marco de la puerta antes de mirar sobre su hombro. —Esto va para largo, así que…

¿hay algún sitio de comida a domicilio que venda hamburguesas? Se la he prometido a mi hermana.

Él levantó una ceja sin dejar de observar como su hija destrozaba la habitación. —No creo… —Isis carraspeó. —Sí, por supuesto. Hamburguesa.

Sonrió radiante. —Estupendo. —Volvió la mirada hacia la niña. —Virginia lo que sigas tirando, mañana tendrás que recogerlo. —Chilló a un nivel increíble. —De aquí vas al coro, ese potencial hay que desarrollarlo. —Gritó de nuevo de la rabia y se tiró de los pelos, pero debió dolerle y lo dejó enseguida para seguir tirando libros. Mirando su habitación de princesa cuya cama era una calabaza con un hermoso dosel, pensó en todas las niñas que estarían locas por tener algo así. Después de unos minutos Isis apretó los labios. —Basta, Virginia. —La niña por supuesto no le hizo ni caso. —¡Basta!

—¡Muérete! ¡Eres una zorra! ¡Tú no eres mi madre! ¡No tengo que hacerte caso! ¡Ni a ti ni a nadie!

Al escuchar esas palabras se dio cuenta del veneno que su madre le había metido dentro y si tuviera a esa guarra delante iba a dejarle las cosas bien claritas por hacer sufrir de esa manera a su hija. Porque era obvio que estaba sufriendo por no traicionarla.

—A tu padre sí que tienes que hacerle caso.

—¿Por qué? ¡Es malo! ¡Tan malo como tú! ¡No tengo que hacerle caso a nadie!

—¿Te lo ha dicho tu madre?

—¡Sí! —Tiró una preciosa muñeca de porcelana. De repente miró sorprendida al suelo al darse cuenta de lo que había hecho y la miró con los ojos llorosos. —¡Mira, por tu culpa! ¡He roto a Molly!

Suspiró acercándose. Se arrodilló ante ella y cogió la muñeca. —No llores. —Vio que le había roto la cabeza en dos pedazos. —Se puede arreglar.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. Esto es Nueva York. Seguro que arreglan de todo. Quedará como nueva —dijo acariciando sus rizos negros—. Se parece a ti.

Sorbió por la nariz mirando la muñeca. —No.

—Sí que se parece. Tiene unos rizos preciosos y mira… sus ojos son negros como los tuyos. Yo de pequeña no tuve una muñeca tan bonita —dijo arreglando su precioso vestido de terciopelo azul—. Una muñeca de princesa.

—Papá dice que soy su princesa —dijo entre sollozos totalmente agotada después de la rabieta.

—Claro que sí, porque lo eres. Debe quererte muchísimo.

—No, él no me quiere. —Furiosa fue hasta su cama y se subió tapándose con el edredón y dándole la espalda.

Dejó la muñeca con cuidado sobre el hermoso tocador y se acercó a ella suspirando. —Claro que te quiere. Te ha comprado todas estas cosas tan bonitas…

—Eso es solo dinero.

—Eso es cierto.

Ella la miró sobre su hombro. —Y tiene mucho. Mamá dice que es lo único que le importa. Yo no.

—¿Por eso quieres volver con tu mamá?

—Sí, porque ella me quiere. No como él.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Para fastidiarme.

Sonrió sin poder evitarlo. —No, no estoy para fastidiarte. Es que le preocupas a tu papá.

—¿Por qué?

—Porque haces cosas que no debe hacer una niña de tu edad.

—Por eso me lleva al médico. Es malo.

—No es malo, está preocupado por ti y eso es porque te quiere mucho. Le gustaría que fueras feliz y no pareces muy feliz.

—Soy feliz con mamá. Si tanto me quiere que deje que venga a por mí.

Era muy lista. —Pero es que tienes que aprender a ser feliz con él.

—¡No quiero! ¡Quiero a mi mamá! ¡Y tú eres mala! —gritó antes de darse la vuelta y taparse con las mantas cerrándose a ella totalmente. Apretó los labios apagando la lámpara de la mesilla y la niña gritó —¡No, quiero luz!

Encendió la lámpara de nuevo porque no quería presionarla y Virginia pareció relajarse bajo las mantas. —Buenas noches, mi niña bonita —dijo como decía su tía antes de dormir.

Se levantó lentamente y apagó la luz de la habitación arrimando la puerta sin cerrarla del todo. Se quedó allí de pie y esperó mirando la rendija al lado de Byford que no se había movido del pasillo. Él iba a decir algo, pero levantó la mano acallándole. Vio como la niña se bajaba de la cama e iba hasta su tocador. Con pena acarició la cabeza de la muñeca y sollozó. Le rompió el corazón viendo como dejaba la muñeca sobre el tocador de nuevo. Arrastrando los pies se subió a su cama tapándose del todo antes de llorar intentando no hacer ruido. Miró a Byford a los ojos y le hizo un gesto con la cabeza

para alejarse. Bajaron los escalones y fueron hacia el despacho. Él suspiró poniendo los brazos en jarras. —¿Y bien?

—Tiene un síndrome de alienación parental de manual. Tu mujer se ha empleado a fondo en ponerla en tu contra, de eso no hay duda.

—Eso me han dicho los psicólogos a los que la he llevado. Otros dicen que está deprimida por el cambio de casa, porque no ve a su madre y quieren medicarla.

—Está triste y confusa, eso es un mundo para una niña tan pequeña. No se siente segura a tu lado porque la han puesto en tu contra. —Miró a su alrededor. —Es obvio que trabajas mucho y eso confirma todo lo que su madre le ha dicho.

—¡Tengo responsabilidades! ¡Por mucho que la quiera no puedo dejarlas de lado!

—Y lo entiendo, de verdad… pero en este momento tu hija es lo más importante. Al verte trabajar, le ratificas que lo único que te interesa es el dinero.

—Joder…

—Y con cada niñera, con cada persona que se interpone en vuestra relación le confirmas también que no te importa. Seguro que su madre le ha dicho que la dejarías a cargo de una niñera cuando

ella la quiere tanto, cosas así. Por eso las rechaza para fastidiarte. Por eso tiró tu móvil por la ventana, porque es una herramienta de trabajo para ti. Está pidiendo a gritos tu atención, aunque no lo creas. Por mucho que grite que no te quiere eres su punto de referencia, eres su padre.

Él se volvió. —No puedo creer lo que está pasando. Si alguien jugaba con ella era yo, joder. Mi mujer siempre la ignoró. Pero desde que le pedí el divorcio hace dos años me ha hecho la vida imposible y ahora esto… —Agachó la cabeza como si estuviera agotado. —Hacía seis meses que no la veía. Tuve que ir al juzgado a reclamar mis visitas porque se negaba a que la viera y cuando me la entregó parecía otra.

—Se puede hacer mucho daño en el carácter de un niño en apenas unas semanas, imagínate en seis meses.

La miró a los ojos. —¿Qué tengo que hacer?

—Debes pasar más tiempo a su lado. No en la misma casa, a su lado. Aunque creas que no te hace caso no es así. Y debes ser firme con tus decisiones. Si algo está mal se recrimina como con cualquier otro niño. Debe aprender donde están los límites porque ahora no tiene ninguno.

—Muy bien.

—Mañana no se le recogerá la habitación y lo tiene que hacer ella. Si no lo hace, habrá consecuencias. Y por supuesto está castigada sin televisión ni videojuegos una semana por su comportamiento de hoy. Tiene que aprender que si la hace la va a pagar.

Él asintió. —Igual puedo pasar con ella dos horas por la mañana.

—No. No vamos a iniciar costumbres que luego no se llevarán a cabo. Dos horas para la cena y para prepararse para ir a dormir. Ese es el mejor momento y debe ser una costumbre que adoptes de ahora en adelante. Debe saber que estás ahí. Que cuando llegues del trabajo tendrá tu atención plenamente. Nada de trabajo ni llamadas que os interrumpan.

—Bien.

—Encárgate de que lleven esa muñeca a reparar. Debe quedar exacta y si no es así, ingéniate para encontrar otra exactamente igual. No debe notar la diferencia.

—Se la regaló su madre el día en que vino a casa.

—Me lo imaginaba. Debe ver que no estás en contra de tu ex y que solo quieres lo mejor para ella, ¿comprendes?

—Tengo que ser más listo que Marion.

—Exacto. No hables mal de su madre en su presencia. No la critiques, es lo que su madre espera y le habrá dicho a la niña que lo harías. —Él apretó los labios furioso. —Me imagino que ya lo habrás hecho.

—Joder, a veces es imposible no hacerlo. ¿Sabes lo que le ha dicho de mí?

—Burradas seguramente, pero si quieres ganar esta batalla, tendrás que tragarte toda la bilis. No hay otra manera.

—De acuerdo. —La miró a los ojos alterándole el pulso. —Has estado increíble. Normalmente las niñeras al oírla chillar salen corriendo.

—Por cierto, eso es talento —dijo divertida cogiendo su bolso—. Ni una soprano.

Sonrió divertido. —Los vecinos deben estar contentos. —Perdió la sonrisa. —Te ha mordido.

Hizo un gesto sin darle importancia. —Me habías dicho que tiene problemas en el colegio, ¿verdad?

—La directora ya me ha advertido de que como continúe con esa actitud agresiva en el próximo curso tendrá que echarla.

—¿Es un colegio nuevo?

—Cuando se inició el divorcio tuvo problemas en su colegio anterior y cuando se vino a vivir conmigo decidí que empezara de cero, pero eso lo ha empeorado todo.

—¿No vivíais en la ciudad antes del divorcio?

—Sí, pero vivíamos en la parte baja de la isla. En un ático en uno de los rascacielos cerca de la zona cero que se ha quedado mi mujer. Ahora va a un colegio aquí cerca para que cuando sea algo mayor pueda venir caminando.

Había pensado en todo y era evidente que adoraba a su hija. Estaba claro que estaba desesperado, así que sonrió. —No te preocupes. La situación mejorará.

—Sé que si se la devuelvo como Marion pretende, no la veré más. Dime que esto tiene solución porque odio ver como mi hija sufre de esta manera.

—Es muy pequeña. Afortunadamente esta situación es reversible. Si fuera más mayor ya no podría garantizarlo. En fase adolescente son más independientes y más cabezotas.

—Te aseguro que mi hija es cabezota. Cuando se le mete algo en la cabeza…

—Seguro que tiene a quien salir.

Miró a su hermana que se levantó del sofá después de haber recogido las palomitas. —¿Nos vamos? No se te ha resistido mucho. —Se acercó contenta.

—Se quedó hecha polvo destrozando su habitación. —Imber hizo una mueca. —Mañana volverá a la carga.

—¿Volverás mañana?

La manera en la que Byford lo preguntó le provocó un vuelco al corazón y sonrió intentando tranquilizarle. —Claro que sí. Intentaré que vuelvas a tener una relación sana con tu hija.

El alivio en sus ojos fue evidente. —No he pedido las hamburguesas. Si esperáis…

—No pasa nada —dijo su hermana yendo hacia la puerta y abriendo para salir—. Así damos una vuelta por la ciudad. Hace una noche preciosa.

—Sí, claro… Estáis de vacaciones.

Cuando se pasó la mano por su cabello negro tuvo la sensación de que no quería que se fueran. Sintió un nudo en la boca del estómago porque a pesar de ser un duro hombre de negocios que tenía muy mala leche, como había demostrado al teléfono cuando habló con él por primera vez, el tema de su hija le afectaba

muchísimo y parecía vulnerable. Eso la enterneció, pero sin saber por qué solo susurró —Buenas noches.

Él asintió. —Buenas noches.

Las gemelas fueron hasta el ascensor. Isis sintió su mirada en la espalda y cuando se abrieron las puertas entró viendo como cerraba la puerta de su casa. Se mordió el labio inferior preocupada.

—Uy, uy…

Fulminó a su hermana con la mirada. —¿Uy, uy qué?

—Que te gusta el borde.

—No es tan borde.

—Claro que lo es. Solo tienes que recordar lo prepotente que fue al teléfono y la reacción del portero. A ese no hay quien le rechiste.

Suspiró mirando las luces. —Está muy perdido. Su esposa…

—Una puta bruja.

Recordando el daño que la niña se hacía a sí misma apretó los labios. —¿Cómo alguien que se supone que debe protegerte por encima de todo puede envenenar tanto a una niña tan pequeña? Hay que ser retorcida.

Su hermana asintió. —Es una pena que no la tengamos delante, ¿verdad hermana?

Sus ojos mostraron que estaba furiosa. —Una auténtica pena.

Capítulo 3

La doncella le abrió la puerta y sonrió. —Buenos días. ¿Eres Amelia?

—Sí, señorita Thompson. El señor me ha informado.

—Perfecto. —Pasó hasta el salón y dejó su bolso en un aparador que había al lado de la pared. —¿La niña?

La mujer que debía tener cincuenta años más o menos miró hacia arriba. —No quiere desayunar. Pregunta por su muñeca y no sé qué decirle.

Suspiró para ir hacia las escaleras. —¿Qué desayuna?

—Tortitas con mucha miel.

Se detuvo en seco en la escalera. —¿Todos los días?

—Sí, señorita. Le he dicho al señor que no debería desayunarlas tan a menudo, pero es que sino la niña no prueba bocado.

—Una tostada con un huevo revuelto, zumo de naranja y algo de fruta.

Amelia sonrió. —Sí, señorita. Ya era hora de que viniera alguien a poner orden.

Iba a continuar subiendo, pero algo la detuvo y miró sus ojos castaños. —¿Ha trabajado para ella?

La doncella apretó los labios. —Sí, señorita. Normalmente no hablaría de ello, pero el señor me ha dicho que colabore en todo.

Bajó dos escalones intrigada. —¿Cómo es?

Amelia miró hacia arriba y se acercó para susurrar —A mí nunca me la dio, señorita.

Frunció el ceño. —¿Qué quieres decir? Y no me llames señorita. Soy Isis.

—Nombre de diosa egipcia —dijo con admiración—. Un vecino mío es egipcio, ¿sabes? Siempre me cuenta historias.

Hizo una mueca. —Mi madre era muy aficionada a la cultura egipcia. No sabes la lata que me dieron en el colegio con el nombrecito.

—¿Sabes que Isis resucitó a su esposo asesinado y le hizo regresar de la muerte?

Sonrió divertida. —Sí, lo sé.

—Claro que sí. Cómo no vas a saberlo. El jefe me ha dicho que eres profesora.

—¿Amelia?

—Oh, sí… La bruja. —Bajó la voz. —Menuda zorra. Me di cuenta enseguida de lo bicho que era.

—¿De veras?

—Cuando dormía en su casa antes de la boda era agradable, pero en cuanto le puso un anillo en el dedo cambió. Con él no, claro. Es muy lista, pero yo lo noté. Ya no era tan amable y enseguida empezó a mandar en un plan más déspota. Se quedó preñada enseguida y ahí empezaron los problemas de verdad porque en cuanto se aseguró su futuro salió a la luz la verdadera Marion Wellings. Salía cuando quería haciendo sentir culpable a su marido con eso de que trabajas demasiado cuando le conoció así. Mira como antes no protestaba. Y en cuanto la niña apareció, la dejó a cargo de las niñeras mientras iba al club con sus amigas y a galas para donar el dinero de su marido a manos llenas. —Se acercó aún más. —Hubo rumores de que se acostaba con su masajista y ahí el jefe ya no lo soportó más y la mandó a la mierda, pero mientras estaban separados hizo de las suyas para sangrarle todo lo que podía. Le negó visitar a la niña en muchas ocasiones y cuando al fin la recuperó después de soltar la mitad de su dinero se encuentra con una niña que le odia y que no solo es rebelde… —La miró angustiada. —Dicen que el mal puede pasar de padres a hijos y te

aseguro que cualquiera que la viera comportándose así lo creería, pero era una niña maravillosa, te lo aseguro. Y adoraba a su padre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me adoraba a mí. Esa no es mi niña.

Apretó los labios intentando contener la rabia que la recorría por el dolor que esa mujer había provocado. —Sí es tu niña, Amelia. Solo que ahora está muy confusa. Pero entre todos vamos a hacer que vuelva a ser la de siempre.

—Dios te oiga, niña. Porque el jefe lo está pasando muy mal y…

Sonrió. —Le aprecias mucho, ¿verdad?

—Puede que todos le vean como un tirano, pero es justo. Solo que es muy exigente porque se exige mucho a sí mismo.

—¿Se ha ido a trabajar?

Contestando a su pregunta apareció en lo alto de las escaleras mirando su móvil y ella sintió que su corazón pegaba un bote en su pecho por lo guapo que estaba con ese traje azul hecho a medida. Levantó la vista distraído y se detuvo en seco al verla. —Ah, ya estás aquí.

—Por supuesto. El hotel que sea por aquí cerca.

Sonrió divertido. —Mi secretaria se encargará hoy mismo. —Miró a su alrededor. —¿Y tu hermana?

—Levantarla a las siete de la mañana en vacaciones hubiera sido una crueldad, ¿no crees? —Subió las escaleras. —¿Se ha despertado durante la noche?

—Como un lirón hasta hace media hora.

—Perfecto. Entonces estará descansada. Vamos a agotarla un poco. Será mejor que te vayas cuanto antes para que no la tome contigo por no protegerla de mí. Hasta la tarde.

Él la observó ir hacia la puerta y abrirla antes de bajar los escalones a toda prisa. La niña estaba sentada en la cama con cara de estar a punto de tener un berrinche y los pelos revueltos. Estaba para comérsela y sonrió. —Buenos días.

—¿Dónde está mi muñeca? —gritó desde la cama con su naricilla arrugada como si algo oliera muy mal.

—Tu padre la va a enviar a reparar como te dije. La tendrás de vuelta en unos días. —Miró a su alrededor y era evidente que no había colocado nada. Por supuesto estaba acostumbrada a que fueran tras ella recogiendo lo que tiraba, pero eso se iba a acabar. Iba a intentar solucionar todos los temas que pudiera respecto a su educación. Entró en la habitación y puso los brazos en jarras. —Veo que no has recogido nada. Te lo advertí ayer, jovencita.

Se levantó de la cama. Caminando con sus puñitos apretados y el ceño fruncido atravesó la habitación para ir hacia la puerta. Sí que se había levantado con energía. Divertida la siguió para ver como bajaba las escaleras.

—¡Papá! —gritó exigente.

—Tu padre se ha ido a trabajar —dijo desde arriba—. Vuelve a subir que tienes que asearte y vestirte antes de desayunar. Luego colocaremos tu cuarto.

Sin hacerle ni caso atravesó el salón y empujó con fuerza una puerta que debía dar a la cocina. Nada, que no le hacía ni caso. Suspirando fue detrás de ella y al abrir la puerta escuchó como algo caía al suelo. Se la encontró ante Amelia con el plato del desayuno ante sus pies. La asistenta se agachó a recogerlo. —Enseguida te hago…

—No.

La miró sorprendida. —Pero…

—Virginia… Lo que acabas de hacer me acaba de demostrar que no tienes hambre. Puedes subir a tu habitación y empezar a recoger.

—¡Quiero tortitas!

—¿Ahora quieres tortitas?

—¡Sí!

—Pues no las vas a comer —dijo dejándola de piedra—. Ni tortitas, ni palomitas, ni dulces. ¡Estás castigada por tirar el desayuno al suelo! ¡Ahora empieza a recoger tu habitación si no quieres verme enfadada de veras! ¿Me has entendido?

Sus preciosos ojitos negros empezaron a llenarse de lágrimas de la frustración. —¡No!

—¿No? —Se agachó ante ella. —¿Cómo vas a comer tortitas si no has comido ese desayuno? Eso es que no tienes hambre.

—¡Quiero tortitas! ¡Eso no me gusta!

—Claro que te gusta, pero te gusta más lo otro. ¡Y no solo vas a comer lo que te apetece! Da la casualidad de que eso es más sano y es lo que vas a comer de ahora en adelante.

—¡Así que tengo que comer lo que tú quieras!

Con cada frase indicaba lo inteligente que era y como educadora no pudo menos que admirarla. —Exacto.

—¿Por qué? —le gritó a la cara.

—Porque es más sano, ¿no me has oído?

Chilló de la rabia e intentó pegarla, pero se apartó a tiempo cogiendo su muñeca. —Virginia… —Cogió su otra muñeca cuando intentó agarrarla del cabello. —Intentando pegarme no vas a

conseguir lo que quieres. ¿Quieres que nos llevemos bien? ¿Quieres comer tortitas el domingo? Pues vas a hacer lo que yo te diga.

—¡No! ¡Tú no me mandas! ¡Te odio!

—Hablas demasiado del odio cuando ni sabes lo que es realmente. —Se levantó y la niña empezó a pegarle patadas en las piernas. Pero descalza como estaba solo se hacía daño a sí misma y dejó de hacerlo enseguida para seguir su otra técnica. Chillar como si la estuvieran matando. Sin hacerle ni caso la cogió por la cintura y cargándola como un fardo la sacó de la cocina sin que dejara de chillar. Casi se le cae subiendo las escaleras porque no dejaba de patalear y se llevó un susto, pero consiguió agarrarla a tiempo para llevarla a su habitación. La tiró sobre la cama y la niña empezó a golpear el colchón con las piernas y los brazos. Se la quedó mirando cruzada de brazos esperando que se le pasara. Cuando empezó a flaquear reprimió la risa al ver como la miraba de reojo antes de continuar. Si creía que iba a cambiar de opinión estaba apañada. Tenía mucha paciencia. Sus años de aprendizaje había tenido. Debió dolerle la garganta porque dejó de chillar y poco a poco dejó de dar golpes al colchón. Sudaba y todo. Al mirar el reloj vio que había estado sus treinta minutos. Era una campeona.

Se quedó en silencio mirándola con inquina.

—¿Has terminado? Estupendo. Ahora podrás escucharme. Recoge tu habitación. Cuando lo hagas, te asearás y te vestirás. Después iremos al parque.

Los ojos de la niña brillaron y supo que la había pillado, pero Virginia dijo —No quiero ir al parque.

—Está claro que si no recoges no iremos —dijo como si le importara un pito—. Seguramente querrás leer un libro antes de la comida. Uff, pero hasta la comida quedan un montón de horas. Serán dos libros. —Cogió uno de ellos y miró la portada. —Leerás este. Es de princesas.

—¡No, quiero ir al parque!

—¿Pues qué haces que no empiezas a recoger? Cuando antes empieces antes nos vamos.

Mirándola con desconfianza se bajó de la cama y para Isis fue un triunfo ver como se agachaba y cogía una barbie con una pelota de colores. Se acercó a una caja y las tiró. Como si nada abrió el libro dejándola a su aire y se sentó en la silla del tocador. —Me encantan los cuentos de princesas.

—Ese no me gusta.

—¿De verdad? ¿Y cuál te gusta más?

—Mulan.

—Mulan no era princesa.

—Pero salvó China. —Se acercó a toda prisa a varios libros y empezó a dejarlos en la estantería de cualquier manera. Hizo una mueca. Tenía cinco años, tampoco podía pedir milagros.

—Una valiente, sin duda. ¿Y la siguiente que te gusta?

—Mérida. —La miró de reojo.

—Otra muchachita que era una valiente.

La miró sorprendida con una muñeca de trapo en la mano. —¿La conoces?

—Claro, he visto Brave. —Le guiñó un ojo. —Es pelirroja. He visto todas las pelis de Disney.

—¿De veras?

—¿Tú las has visto todas?

—Sí, papá me ha regalado todas. Menos…

—¿Frozen 2?

Sus preciosos ojos brillaron. —¿La has visto?

—Sí, es la mejor. —Dejó el libro sobre la mesa. —¿Y cómo es que no la has visto?

—Papá se enfadó conmigo cuando le rompí el ordenador y no quiso llevarme al cine —dijo agachando la mirada yendo hacia la

estantería para dejar la muñeca. Ella vio como tenía toda la colección de princesas Disney que fue colocando una por una.

—Ahora ya no la echan.

—No me importa.

Claro que le importaba, le importaba muchísimo. Era evidente que se había llevado un disgusto gordísimo por no poder verla. —¿Qué te parece si este sábado la compramos por internet y la vemos?

La miró con la sorpresa en la cara. —¿De veras?

—Pero me tienes que prometer que te vas a portar bien. Le diré a tu padre que la busque y la veremos los tres.

Apretó los labios. —Papá no la va a buscar.

—Claro que sí.

—¡No! ¡No lo hará! ¡No hace nada de lo que me gusta!

Uy, uy… —¿Y quién te llevaba al cine a ver las otras películas?

—¡Amelia y Doris!

Vaya. —¿Quién es Doris?

—¡Mi niñera! —Una niñera no aprobada por su padre, porque no estaba por allí. —¡Papá solo me compra cosas! ¡Nunca está conmigo!

—Ayer cuando llegué estaba aquí.

—¡Trabajando! ¡No me quiere! ¡Solo me ha quitado a mamá para hacernos daño!

—Y yo estoy aquí…

—¡Porque estoy de vacaciones y no sabe qué hacer conmigo! ¡Le oí!

Mierda. —No, cielo. No es así. —Se levantó y se acercó a ella que estaba a punto de llorar de nuevo. Se arrodilló para ponerse a su altura. —¿Sabes cómo me conoció tu padre?

Sorbió por la nariz y negó con la cabeza. Isis se quitó la goma del pelo y se abrió el cabello mostrando su herida. La niña la miró asombrada. —¿Te has caído?

—No, cielo. Me cayó encima el teléfono de tu padre. —Acarició su mejilla. —El que tiraste ayer por la ventana.

Una lágrima cayó por su mejilla y ella se la limpió con ternura. —¿Estás enfadada conmigo?

—No cielo, porque no querías hacerme daño a mí, ¿no es cierto? —Negó con la cabeza. —Querías que tu padre no trabajara.

La niña apretó los labios.

—¿Sabes qué? Vamos a hacer que papá pase más tiempo contigo. Pero no que esté aquí trabajando. Va a jugar contigo y todo eso que hacen padres e hijas.

—¿Si?

Se le rompió el corazón porque lo estaba deseando. Era increíble que con lo que se querían no se entendieran. —Pero eso ya lo hablaremos cuando llegue tu padre. Ahora nos vamos al parque. —La miró a los ojos. —¿Me das un abrazo? —Lo estaba deseando, pero se resistía. —Me lo debes.

—Vaaale… —La abrazó y divertida se lo devolvió besándola en la mejilla. La niña intentó apartarse y ella no se lo permitió dándole un montón de besos en el cuello que la hicieron reír.

—Hala, ya estamos en paz —dijo como si estuviera agotada—. Venga, al baño que se van los niños del parque y eso sería terrible.

Corrió entrando en su baño agitando los rizos de un lado a otro y la siguió sonriendo. Recogió un par de muñecas que aún faltaban por meter en la caja y se acercó a la puerta para ver cómo se quitaba el pijama. Se quedó con la boca abierta. Si la cama era para dejar sin habla, el baño era de ensueño. —Dios… —susurró pasmada viendo pintado en los azulejos a la Bestia que miraba hacia la Bella mostrándole una rosa. Un pétalo caía de ella y justo debajo estaba el espejo en forma de pétalo en donde ese momento se reflejaba la cara de la niña porque todo estaba a su altura. Miró divertida la bañera de garras tamaño infantil. ¡Ese hombre estaba loco! Madre

mía, la mujer que consiguiera su amor iba a ser la más afortunada de la tierra porque se notaba que era de lo más detallista.

Acarició la pintura del azulejo.

—¿Te gusta? Papá pagó a una deconadora.

—Decoradora.

—Eso. Pagó para que lo hicieran —dijo en braguitas antes de abrir el grifo de la ducha. Una ducha mini que era de ensueño porque la mampara era una urna como la que contenía la rosa en la película.

—¿Tu padre sabe pintar? —Se agachó quitándole las braguitas y ella se apoyó en su hombro para sacarlas por los pies.

—No.

—Pero quería que tuvieras algo especial aquí y se molestó en buscar a alguien que te lo hiciera porque él no sabía. —La niña entrecerró los ojos como si lo estuviera pensando. —Yo no sé hacer fotos y contraté un fotógrafo para la fiesta de cumpleaños de mis tías para que tuviéramos unas fotos lo más hermosas posibles. A veces no sabemos hacer cosas y tenemos que contratar a alguien que lo haga por nosotros porque queremos que salga perfecto, ¿entiendes? Papá quiso que vieras a la Bestia todos los días y

contrató a alguien para que fuera lo más real posible. —Soltó una risita. —Si lo hubiera hecho él hubiera sido un desastre, ¿no crees?

La niña asintió y se metió en la ducha. Fascinada vio cómo se mojaba el cabello y cogía el jabón del dispensador en forma de capullo de rosa. Se enjabonó y la miró de reojo. —Sé yo.

—Eso ya lo veo. Y me tienes de lo más impresionada. Muchos niños de tu edad no saben hacer nada solos todavía. Muy bien, Virginia.

—Gracias —dijo demostrando que era educada cuando quería. Isis recogió el pijama y las braguitas para echarlas a lavar—. Hablas como mi profe.

Sonrió divertida. —Es que soy profe. —Virginia abrió los ojos como platos. —Y directora… —Puso cara de maléfica antes de guiñarle un ojo. —¿Qué te parece?

La niña pareció pensarlo. —¿Estás de vacaciones?

—Sí, y pasaremos parte de mis vacaciones juntas.

—¿De verdad?

Al ver que se distraía se arrodilló al lado de la ducha y la cogió por el brazo atrayéndola para coger la esponja del soporte. Le echó jabón y empezó a enjabonarla. —¿Qué te parece?

—¿Estoy castigada?

—Claro que sí, señorita —dijo divertida—. Pegaste a mi hermana y me mordiste a mí.

Virginia hizo una mueca. —¿Le hice daño?

Sabía que se arrepentía, así que dijo —¿Sabes qué? Si cuando venga Imber le pides perdón, haremos un trato.

—¿Qué trato?

—Puede que te deje ver una hora la televisión antes de la cena.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Hecho? —Alargó la mano mirándola a los ojos y Virginia lo pensó antes de estrechársela. —Es un trato, señorita.

—Vale. —Isis cogió la alcachofa de la ducha y la aclaró. Se dejó hacer impaciente por ir al parque. Le estaba secando el cabello con la toalla cuando protestó. —Uy, que me haces daño…

—Perdona. —Cogió el peine y empezó a desenredarla con cuidado. —¿Qué tal en el cole?

La miró de reojo. —¿Por qué?

—Virginia…

—¡Mal!

Ella suspiró. —¿Por qué?

—¡Mi profesora es mala!

—¿Y eso?

—Le caigo mal y me castiga. —Agachó la cabeza mirándose los dedos y eso la extrañó porque no parecía a la defensiva. —Dice que soy tonta.

Se detuvo en seco. —¿Qué dices?

—Nada —dijo por lo bajo.

La cogió por los brazos para volverla y le levantó la barbilla. —Tú no eres tonta, ¿me has entendido?

La miró a los ojos. —No sé leer y se ríen de mí.

La madre que la parió. Como pillara a esa profesora le sacaba los ojos. —¿Cuántos años tienes?

—Cinco —susurró.

—¿Tus compañeros saben leer?

—Saben las letras. Yo me equivoco.

—Porque estás aprendiendo. No todo el mundo aprende al mismo ritmo. ¿En tu otro cole te pasaba lo mismo?

—No, allí todos sabíamos lo mismo.

—¿Ves? Es que en este cole van algo más adelantados. No pasa nada. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Voy a enseñarte para que cuando llegues al cole de nuevo les dejes a todos con la boca abierta.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—Claro que sí. Vas a ser la que mejor lea de la clase. —Siguió peinándola. —Hala, a vestirse.

La niña salió corriendo y sonrió. Pensando en esa profesora gruñó levantándose. Salió del baño después de recoger y se la encontró poniéndose unos pantalones rosas cortos. —Cielo, son muy bonitos. —Isis cogió una camiseta y se la mostró. Ella asintió y se la puso por la cabeza. Le sacó los rizos húmedos de detrás y le guiñó un ojo. —Preciosa.

Cogió unos tenis del armario y la niña se sentó en el suelo. Se los puso ella misma cerrando los velcros y se levantó sonriendo. —Ya, ya estoy.

—Pues vamos allá.

Capítulo 4

Se pasaron toda la mañana en el parque e Isis observó cómo se relacionaba con otros niños. No tenía un comportamiento agresivo con ellos, todo lo contrario. Aunque al principio le costó porque era algo tímida, pasada una hora tenía un montón de niños a su alrededor queriendo jugar con ella. La alivió bastante porque se dio cuenta de que su comportamiento en casa no afectaba a sus relaciones sociales todavía. Eso le hizo pensar en los problemas que tenía en el colegio y estaba segura de que era un tema de adaptación. Todo la había superado un poco. Se había topado con una profesora que no era nada comprensiva y que encima la machacaba en público porque decirle a una niña de cinco años que era tonta… Es que era para matarla. Esas cosas la fastidiaban especialmente trabajando en educación y no soportaba los profesores que pagaban sus frustraciones con los alumnos. Si no valía para enseñar, que se quedara en casa joder.

Virginia rio y le dio un beso en la mejilla a un niñito rubio que era para comérselo. —Mira con la niña, toda una conquistadora como su

padre… —Sorprendida por lo que había dicho carraspeó antes de gritar —¿Virginia?

La miró sorprendida. —Cielo, nos vamos a casa. —Frunció el ceño y durante un momento temió que le montara el numerito, pero se despidió con la mano de sus amiguitos. Se acercó a ella y se agachó dándole una botella de agua. La cogió con sus dos manitas y bebió sedienta. —¿Tienes hambre? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Sí. —Cogió su mano y caminaron fuera del parque.

—Te he visto.

—¿Qué? —La niña la miró de reojo.

—Has besado a ese niño.

Soltó una risita. —Sí.

—¿Qué dirá papá de eso?

Se encogió de hombros. —No sé.

—Eres muy joven para tener novio.

—¿Tú tienes novio?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—En su casa, en Montana.

—¿Eso está muy lejos?

—Pues sí.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque cierta niña de grandes ojos negros me tiró un móvil a la cabeza y eso ha provocado que alargue mis vacaciones aquí. —Eso le hizo recordar que en algún momento tenía que llamarle para darle la noticia. Hizo una mueca pensando en lo que diría. Bah, ya le convencería.

Virginia la miro algo enfurruñada. —No te lo tiraba a ti.

—¿Sabes lo que vamos a aprender de esto?

La niña negó con la cabeza. —Que a veces hacemos cosas que se nos escapan de las manos y aunque no queremos hacer daño lo hacemos. ¿Me entiendes?

—¿Cómo cuando rompí mi muñeca?

—Exacto. Te enfadaste y la rompiste. No era tu intención, pero te diste cuenta demasiado tarde. ¿Qué hemos aprendido de esto?

—¿Que no tengo que tirar cosas?

Se echó a reír y se agachó para abrazarla. —Exacto. ¿Ves cómo eres muy lista?

Virginia sonrió radiante. —¿Habrá espaguetis?

Se apartó para seguir caminando. —Pues no tengo ni idea, pero te comerás lo que haya como yo. Y le darás las gracias a Amelia por

haberlo hecho.

—¿Por qué si papá le paga por hacerlo?

—Sí, pero ella lo hace con mucho cariño y esa es la diferencia. —Se detuvieron ante el semáforo. —Te quiere mucho, ¿sabes? —La niña pasó el pie por la baldosa de la acera haciéndose la loca. —¿Tú la quieres?

—Sí —respondió con la boca pequeña.

—¿Y por qué no se lo demuestras?

Se encogió de hombros. —No sé.

—Bueno, no pasa nada. Cuando llegues le das un besito.

—Pero…

—¿Pero qué?

—Es que se puso de parte de papá.

La cogió en brazos para cruzar y la miró a los ojos. —Cielo, aquí no hay partes. Tus padres se divorciaron. ¿No hay más niños en tu cole a los que les ha pasado eso? Porque en mi cole hay muchos.

—Sí.

—¿Ves? Porque pasa mucho. Pero los dos serán siempre tus padres. Los dos te quieren con locura, aunque ellos no se lleven bien. Aquí no hay partes. En una pareja el amor a veces se acaba y

eso les ha pasado a ellos, pero el amor que sienten por ti es muy distinto.

—¿Por qué?

—Porque nada es más fuerte que el amor por un hijo. Tu papá haría cualquier cosa porque fueras feliz. Como la Bestia o como esa preciosa cama de calabaza. Sabe que te pirran esas cosas y por eso te las compra. —La niña la abrazó por el cuello e Isis sonrió. —Amelia también te quiere y como no has desayunado seguro que ha hecho algo que te encanta. ¿Cuál es tu comida favorita?

—¡Espaguetis con albóndigas!

—Pues huelo los espaguetis desde aquí.

Cuando vio la comida casi llora del alivio porque era precisamente lo que había hecho y le guiñó un ojo a la niña poniéndole el plato delante. Admirada Amelia vio cómo con la cuchara se ponía a comer hambrienta los espaguetis cortados y asombrada miró a Isis. Con la boca llena de tomate intentó coger el vasito de agua y bebió sedienta. Isis puso su plato sobre la mesa y le dijo —Cielo, come más despacio.

Virginia se metió la cuchara en la boca. —¿Qué vamos a hacer luego?

—Vas a dormir la siesta.

La miró con los ojos como platos como si eso no se lo esperara. Sonrió divertida enrollando los espaguetis. —Así podrás jugar con tu padre cuando llegue. Pero antes leeremos un poco.

—Pero…

En ese momento llamaron a la puerta y Amelia aún con la boca abierta fue a abrir. Su hermana apareció en la cocina con cuatro bolsas en la mano y sonrió encantada. —Espaguetis, mi plato favorito.

La niña se bajó de la silla a toda prisa poniéndose ante ella y Imber frunció el ceño. —¿Qué pasa, enana? ¿Quieres otro round?

—¿Me perdonas?

Su hermana dejó caer las bolsas de la impresión viendo su boquita llena de tomate y esos ojos que esperaban impacientes su respuesta. —Sí, claro.

Virginia sonrió antes de volver a su sitio e Isis dijo —Muy bien. Después de la siesta leeremos un poco y luego verás los dibujos hasta que papá llegue a casa.

Contenta siguió comiendo y su hermana miró asombrada a Amelia que estaba al borde de las lágrimas de la emoción. —Ven, siéntate Imber. ¿Qué has estado haciendo por la ciudad aparte de fundir la tarjeta de crédito? —preguntó sin quitarle ojo a la niña que

se metía una cucharada de espaguetis en la boca que no se comería ni ella—. Cielo, más despacio.

Su hermana se dejó caer en la silla. —Eres la mejor. —Le hizo un gesto a su hermana para que cambiara de tema. —He aprendido algo. A no salir de compras con tacones. —Se echó a reír y todas miraron sus zapatos. Imber levantó un pie mostrando sus zapatillas nuevas. —¿Os gustan?

Hablando con su hermana supervisó la comida de la niña y cuando de postre pidió un helado asintió a Amelia que se lo sacó enseguida del frigorífico. Virginia encantada rechupeteó el helado poniéndose perdida y cuando terminó Isis la limpió con la servilleta. —Ahora a dormir un ratito. —La besó en la sien y la bajó de la silla.

La niña se acercó a Amelia y dijo —Gracias, estaban muy buenos.

Amelia no salía de su estupor y respondió —De nada, cielo.

Salió corriendo antes de que Amelia se echara a llorar a moco tendido e Isis puso los ojos en blanco. —Amelia…

—Gracias, gracias.

—Queda mucho por hacer.

—Ya has hecho milagros, te lo juro.

—Los milagros no existen. —Se levantó mientras su hermana la miraba divertida. —Vengo enseguida.

—No te fías, ¿eh?

—Es muy cabezota y demasiado lista.

Subió hacia su habitación sin hacer ruido y al abrir la puerta lentamente la vio jugando con las muñecas en el suelo al lado de la estantería. —¿Es que eres tonta? ¡Solo quiere hacerme daño llevándote con él! ¡No le creas! ¡No creas a nadie! Solo a mí, ¿me has entendido?

—Pero mamá…

Una de las muñecas golpeó a la otra y a Isis se le cortó el aliento dando un paso hacia ella. —¡No me repliques! ¡Harás lo que yo te diga! Si no me haces caso dejaré de quererte, ¿me oyes? ¡Y ya no te querrá nadie!

Hizo que la otra muñeca llorara y de golpe miró sobre su hombro tirando las muñecas. Asustada se levantó para correr hacia la cama subiéndose con deportivas y todo.

Isis forzó una sonrisa cogiendo las muñecas y dejándolas en su sitio. —Al parecer te has distraído un poco.

—No estaban en su sitio. Querían jugar.

—Ya jugaréis más tarde —dijo con cariño sentándose en la cama a su lado. Le quitó las deportivas tirándolas al suelo antes de mirarla —. Tienes mucho tiempo.

Preocupada se apretó los dedos y susurró —Solo estaba jugando.

—Lo sé. No es nada malo, pero ahora hay que dormir un poco.

—Nunca duermo la siesta. Desde la guarde.

—Estamos en verano, y ahora vas a aprovechar porque te acuestas un poco más tarde.

—¿Hoy puedo acostarme más tarde?

—Si duermes la siesta puedes acostarte a las diez. —Se agachó y la besó en la frente. —Ahora cierra esos ojitos. —Acarició su brazo y la niña fue cerrando los ojos poco a poco. Había sido una mañana intensa y no le costó dormirse. Sentada a su lado miró la estantería y apretó los labios. Esa zorra…

Se levantó saliendo de la habitación en silencio y arrimó la puerta sin llegar a cerrarla. Bajó los escalones y su hermana que estaba leyendo una revista la miró. —¿Qué pasa?

—Nada.

—No me digas nada que parece que quieres matar a alguien.

Tomó aire pasándose la mano por la frente porque eso sí que no se lo esperaba. —Hermana, creo que vas a pasar más tiempo sola de lo que pensaba al principio. —Imber frunció el ceño sin comprender. —Necesita más atención de lo que creía.

La puerta se abrió a las cinco y media y la niña que estaba dibujando en la mesa del salón se tensó cuando vio de reojo que era su padre. —Hola, princesa.

La niña no respondió calcando el papel hasta romperlo y lo tiró a un lado antes de coger otro. Byford apretó los labios dejando el maletín al lado de la puerta del despacho y se volvió hacia Isis que sonrió sentada en el sofá. —¿Cómo ha ido el día?

—Muy bien, ¿y el tuyo?

—Trabajando —dijo mirando de nuevo a su hija como si temiera que se pusiera a chillar en cualquier momento.

—Nosotras lo hemos pasado muy bien, ¿verdad Virginia? —La niña no contestó e Isis miró hacia ella por encima de su hombro. —Cielo, ven aquí. Enséñame esos dibujos.

Sorprendiendo a su padre se bajó de la silla mirándole de reojo y se acercó a Isis que los admiró. —Eres una artista. ¿Me los regalas para que tenga un recuerdo tuyo?

Los ojos de la niña brillaron de la ilusión. —¿Te gustan?

—Tienes mucho talento. Ahora ve a lavarte las manos que vamos a cenar. Es un poco temprano, pero así después no interrumpimos el juego por la cena.

Byford asombrado observó como corría hasta las escaleras e Isis se levantó recogiendo de al lado de la mesa el dibujo que había roto. Era la familia que había pedido que dibujara. Su madre estaba a un lado y Byford al otro. Virginia estaba en el medio, pero era obvio la distancia que había entre sus padres y ella. Se sentía sola y se dio cuenta de que no se había puesto boca. Eso no era todo, vestía igual que su madre mientras que a su padre le había tachado tanto la cabeza que había roto la hoja. Byford viendo el dibujo tras ella apretó los labios. —Veo que has avanzado mucho.

—Después de la cena hablamos —dijo en voz baja mirándole a los ojos. Esa frase le tensó e iba a decir algo, pero ella le interrumpió —. ¿Sabes que hay carne asada de cena?

Dándose cuenta de que la niña bajaba las escaleras sonrió. —Es estupendo. A Virginia le gusta mucho, ¿no es cierto, hija?

La niña se encogió de hombros y fue hasta la cocina. Él suspiró quitándose la chaqueta del traje. —Debes tener paciencia. Sigue con esa actitud. Es la correcta.

Asintió siguiéndola a la cocina y la niña ya estaba sentada en su silla esperando. —¿Tienes hambre, cielo?

—Sí.

Con la mirada le indicó a Byford que se sentara y él lo hizo al lado de su hija. —¿Qué habéis hecho hoy?

—Uy, lo hemos pasado muy bien. Virginia, cuéntale a tu padre todo lo que has hecho.

Él sonrió a la niña mientras ella sacaba la bandeja del horno. —Hemos ido al parque —dijo con desgana.

—Sí, ha jugado con muchos niños.

—Sí. —Pasó su dedito por el mantelillo sin mirar a su padre.

—Eso está muy bien. Te ha dado algo el sol.

Puso la bandeja sobre la mesa haciendo una mueca. —Se me olvidó echarle el protector solar. Mañana se lo pondré, ya lo tengo en el bolso. ¿Cortas la carne?

Él cogió el cuchillo para empezar a cortar la carne mientras ella ponía en la mesa un cuenco de verduras cocidas y puré de patatas.

La niña puso morritos al ver las verduras. —Cielo, solo unas pocas. Con puré ni lo notarás. Eso es lo que hacía yo cuando era pequeña. —Le guiñó un ojo. —Es un truco muy bueno.

—No me gustan…

Su padre puso el pedazo de carne sobre su plato y ella empezó a cortarlo como si nada antes de coger un poco de puré y echarlo a un lado para hacer lo mismo con las verduras. Sin darle importancia se

sentó en su sitio. —¿Sabes Byford? Esta tarde hemos leído un poco y Virginia me ha sorprendido mucho.

—Su profesora…

—Bajo mi punto de vista su profesora pide un nivel muy alto para su edad.

Él le sirvió la carne. —Si tú lo crees.

—Lo creo. —Sonrió a la niña. —Se sabe las letras muy bien.

—Solo tengo que aprender a unirlas —dijo la niña espontáneamente.

—Exacto. Dentro de un mes lo harás estupendamente.

Byford sonrió satisfecho. —Eso está muy bien.

—Oh, por cierto. Tienes que comprar Frozen 2 para este sábado. —Su hija detuvo la cuchara en alto mirando a su padre.

—Frozen 2, ¿eh?

—Seguro que hay algún sitio de esos en internet donde la venden. Eso si no la venden ya en DVD.

—La buscaré. Puede que la vendan en los canales de pago de la televisión. Venden muchas películas.

—Seguro que a la niña le gustaría más tener el DVD, pero si todavía no lo hay nos apañaremos. ¿Verdad Virginia?

La niña sonrió asombrando a su padre. —Sí.

—Estupendo. Ya tenemos plan para el sábado por la tarde y por la mañana podemos ir al zoo o al parque.

—¡Sí! ¿Y comeremos perritos?

—Claro. No se puede ir al zoo y no comer perritos. —Su padre la miraba fascinado y le dio una patada en el tobillo.

Él gimió y la fulminó con la mirada antes de disimular. —Perritos. Lo estoy deseando.

—Y hablando de perritos…

Los Wellings la miraron cada uno con una expresión. —Creo que a Virginia le vendría estupendamente tener uno para saber lo que es la responsabilidad.

La niña chilló de la alegría y saltó de la silla para abrazar su cintura mientras su padre se había quedado de piedra. Rio acariciando su espalda. —Espera cielo, que tu padre aún no ha dicho nada.

—¿No crees que es un poco pequeña?

Virginia se tensó. —No lo creo. Yo tuve uno a su edad. De hecho, éramos más pequeñas.

—Hay que sacarlo todos los días. —Miró a su hija. —¿Lo harás tú?

—Sí, papá.

Sabía que estaba mintiendo como una bellaca, pero Isis le indicó con la mirada que dijera que sí. Gruñó entrecerrando los ojos y a Isis no le extrañaba nada que se resistiera porque tendría que encargarse él. —¿Sabes qué? ¿Por qué no lo piensas esta noche y nos lo dices mañana? —Miró a Virginia que estaba desilusionada. —Es una decisión muy importante. Será un nuevo miembro en la familia y debéis estar muy seguros de que queréis aumentarla. —La niña lo pensó. —Habrá que cuidarlo, jugar con él, darle de comer, sacarle todos los días… Podríais repartiros las tareas.

—¡Yo le bañaré y le daré de comer! ¡Y de beber! ¡Y jugaré con él!

Byford sonrió divertido. —Mira que lista. Así que yo tendré que sacarle.

—Bueno, ella va a hacer todo lo demás. Porque promete hacerlo, ¿verdad Virginia?

—Sí. —Dio saltitos moviendo sus rizos morenos.

Ambas le miraron. —Virginia cena —dijo su padre.

A toda prisa fue a su sitio y se metió la cuchara en la boca. Él entrecerró los ojos mirándola e Isis sonrió porque lo había pillado. —Muy lista.

—Gracias.

—¿Lo pensarás, papá?

—Te daré mi respuesta mañana. Como ha dicho Isis es una decisión muy importante. Ahora cuéntame qué has hecho después de ir al parque.

La niña empezó a hablar de la siesta que le habían obligado a tomarse. Divertida intervino un par de veces, pero dejó casi todo el peso de la conversación en Byford. Poco a poco fue fluyendo de manera natural y aunque al principio parecía que Virginia contestaba como si le estuvieran sacando las palabras de la boca, al final se relajó.

—Así que has visto los dibujos una hora. Me alegro de que te hayas disculpado con Imber, eso está muy bien.

La niña sonrió. —¿Mañana iremos al parque de nuevo?

—Claro que sí. —Miró su plato y vio que se había comido las verduras.

—¿Puedo comer un helado?

Byford miró a Isis que se lo pensó. —Hoy ya te has comido uno.

—Ah, entonces no —dijo su padre—. Puedes comer un yogurt de fresa.

—Vale.

Asombrado parpadeó antes de levantarse a por él a toda pastilla. Divertida vio como se lo ponía delante. La niña lo comió en silencio.

—¿Y cómo te ha ido el día a ti? —Isis le animó a que le contestara.

—Pues he tenido un par de reuniones muy importantes y he cerrado un par de negocios.

—¿En qué trabajas exactamente?

—Soy el dueño de un holding de empresas. Hacemos de todo.

—Tu móvil lo ha hecho papá —dijo la niña chupando la cucharilla.

—¿No me digas? Pero si no lleva tu nombre.

—Es una de mis empresas.

—Impresionante. Entonces lo de la televisión…

Él se echó a reír. —Tranquila, mañana traerán otra.

—Uff, es un alivio. ¿Y eso de los negocios te viene de familia?

—Sí, heredé tres empresas de mi padre y lo demás ha ido surgiendo.

—Virginia cuando seas mayor vas a tener mucha responsabilidad. —La miró como si no la comprendiera. —El día de mañana tendrás que dirigir la empresa de tu padre.

—¿Si? —Pareció pensarlo y negó con la cabeza. —No, yo quiero ser policía.

Se echaron a reír por lo convencida que estaba. —Policía, ¿eh? —dijo su padre—. Menudo peligro con una pistola.

Sus ojitos brillaron de la ilusión. —Una pistola para matar a los malos.

—Bueno, bueno… Será mejor que los detengas —dijo ella levantándose para recoger los platos—. ¿Quieres tarta de manzana?

Él negó con la cabeza. —Nunca como postre.

—Yo tampoco —dijo sorprendida por lo bien que conectaban.

La miró a los ojos y le dio un vuelco el estómago. Inquieta por lo que sentía a su lado se volvió dejando los platos en el fregadero.

—Papá, yo quiero ser policía.

—Muy bien, hija. Serás lo que tú quieras.

—Virginia, ¿qué tal si subes a la habitación y eliges un juego? Jugaremos en el salón.

Emocionada corrió fuera de la cocina y él se levantó cogiendo la bandeja. —¿Un perrito?

Miró hacia la puerta y susurró —Tiene que crear un vínculo con esta casa. Y tu ex los odia. Es algo único que solo ocurre aquí, ¿entiendes?

Byford asintió. —Entiendo.

—¡Ya! —gritó impaciente la niña desde el salón.

—Sí que ha sido rápida. Veamos lo que nos tiene preparados. —Salieron y la niña les mostró el tablero de un parchís de toda la vida.

Se echó a reír frotándose las manos. —Estáis perdidos.

—¿Eso crees? ¿Qué tal si le demostramos como se juega, hija?

—¡Te las voy a comer todas!

Capítulo 5

Pasaron unas horas muy divertidas porque Virginia se emocionaba cada vez que tiraba el dado y era un gusto verla comer fichas. A veces hacía alguna trampa al igual que su padre y eso lo hizo aún más divertido. Cuando le pegaron una paliza de muerte se rindió levantando las manos. —Ya está bien. Me rindo.

—¿Jugamos otra?

Byford miró su reloj. —Hija son las diez.

—Va…

—Mañana jugaremos de nuevo.

Le miró a los ojos. —¿De verdad?

—Claro que sí, después del trabajo.

Sus ojos reflejaban que no se lo creía del todo, pero aun así no perdió la ilusión.

—Cielo, vete a ponerte el pijama.

La niña recogió su juego y fue hasta las escaleras. Cuando desapareció Byford apretó los labios. —Joder, no sé cómo darte las

gracias. No tengo ni idea de cómo lo has hecho, pero no parece la niña de ayer. De hecho parece feliz y…

—No te emociones, Byford —dijo levantándose—. Vuelvo enseguida y lo hablamos.

Esas palabras le tensaron y la observó subir la escalera. —Me estás asustando Isis…

Desde arriba le miró a los ojos no queriendo preocuparle, pero era un tema que le iba a doler, de eso no tenía ninguna duda. Solo había que verle. —Ahora hablamos.

—Joder…

Entró en la habitación de la niña y sonrió porque ya se había puesto la parte de abajo del pijama. —Ha jugado conmigo.

—Claro que sí. —Se arrodilló ante ella y le metió la parte de arriba del pijama por la cabeza. —Solo tenéis que hablar tranquilamente para entenderos. Él te quiere mucho. ¿Ves cómo está pensando lo del perrito? Y lo hemos pasado bien en la cena y jugando, ¿no? —La niña asintió. —A papá le gusta pasar el tiempo contigo, pero si estás enfadada cree que no quieres estar con él y si él está enfadado tú crees que no quiere estar contigo, pero no es así.

—¿Irá también al zoo?

—Claro que sí. Y seguro que se le ocurre alguna idea para el domingo. —Abrió los ojos como platos. —Igual podemos ir a la playa. O a montar en bici.

—¡Sí!

—Ya veremos qué ocurre. De momento tienes que descansar para que mañana en el parque lo pases muy bien. —La cogió en brazos y la tumbó sobre la cama para arroparla. —Ahora cierra esos preciosos ojitos, mi niña.

—Buenas noches, mi princesa. —Ambas miraron a Byford que estaba con el hombro apoyado en el marco de la puerta.

La niña bostezó. —Buenas noches, papá.

Él sonrió mientras Isis se agachaba y daba un beso en la mejilla a la niña. Se levantó y le hizo un gesto para que él se acercara, pero parecía temeroso de la reacción de su hija. Le hizo un gesto de nuevo fulminándole con la mirada y él se acercó.

Virginia le dijo —No tengo mi muñeca.

—Te la arreglarán enseguida. —Cogió otra de sus muñecas de la estantería y se la mostró. La niña alargó las manos para cogerla pegándola a ella. —Que tengas dulces sueños, princesa. —Se agachó y la besó en la frente.

—Buenas noches… —Se le cerraron los ojitos, aunque intentó resistirse y cuando les miró de nuevo Isis encendió la lamparita de al lado de la cama para que no se asustara durante la noche.

Salieron de la habitación lentamente y arrimaron la puerta. Bajando las escaleras miró sobre su hombro. —¿Estás bien?

—No le daba un beso a mi hija desde hace un año. ¿Cómo crees que me siento?

—Feliz, supongo.

—Parece la de antes. Casi la de antes… No sé cómo agradecértelo. —Al ver su expresión seria apretó los labios. —¿Tan malo es?

—Mucho. No me lo esperaba, la verdad. Pero debes saberlo para estar preparado. Me habías comentado que te cedió la custodia, ¿no?

Puso los brazos en jarras. —Sí, yo tengo la custodia después de un largo litigio y un acuerdo que le vino de perlas, pero ella puede visitarla dos fines de semana al mes. Aunque ahora que ha conseguido lo que quiere solo la ha visto una hora hace tres semanas.

—Suficiente. —Suspiró sentándose en el sofá. Cansada de repente se pasó la mano por los ojos.

—¿Suficiente para qué? ¿Para seguir envenenándola?

—Sí. —Levantó la vista hacia él. —Y para amenazarla. Creo que tu hija ha sufrido maltrato.

Byford palideció. —¿Qué coño estás diciendo?

—Maltrato psicológico seguro —dijo cogiendo los dibujos y dejándolos sobre la mesa de centro. —Físicos… creo que también. Y no me refiero a agarrones en una discusión. Me refiero a tortazos, amenazas, ese tipo de cosas. La amenazaba con que si no hacía lo que ella deseaba, nadie la querría porque ella dejaría de hacerlo, ¿comprendes?

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó con ganas de matar a alguien.

—Los niños suelen expresarse en sus juegos, en sus dibujos. —Se los mostró. —Aunque tienen color y eso es muy bueno, te lo aseguro, ella está apartada de vosotros. —Señaló un dibujo que le había pedido de su casa. Había dos y en ninguna de las dos era feliz porque ella estaba en el medio. —Se siente dividida. Cree que tú no la quieres y teme perder a la única persona que cree que lo hace.

Byford miró los dibujos fijamente. —Esa hija de… Por eso me rechazaba.

—Exacto.

Juró por lo bajo volviéndose y llevándose las manos a la cabeza. —Lo he hecho todo mal, ¿verdad? No le he dado seguridad a mi hija.

Apretó los labios porque ahora se sentía culpable y él juró por lo bajo de nuevo yendo hasta el mueble bar. —No es culpa tuya.

—¡Claro que sí! ¡No he sabido ver lo que estaba pasando! ¡Es mi hija! ¡Debí haberme dado cuenta! —Bebió su whisky de golpe. —¡Debí saber cómo ayudarla! Llevo meses así y llegas tú y en un día…

—Flagelarse no es la solución.

Él gruñó. —Joder, no me trates como si fuera un estúpido.

—Es que estás siendo un estúpido, Byford. —Eso sí que le sorprendió. —La llevaste a especialistas, pediste ayuda. Te preocupaste y has intentado ayudarla. Pero no has sabido cómo. Por algo estoy aquí, ¿no? Y eso que no me soportabas, pero te tragaste tu orgullo para pedirme ayuda. ¡Y no bebas más! Ven aquí.

Él suspiró dejando su vaso y sonrió. —¿Sabes que eres muy mandona?

—Seguro que tus tres mil empleados piensan lo mismo de ti.

—Y cosas peores, te lo aseguro. —Sonrió mientras se sentaba a su lado lo que la puso aún más nerviosa. —¿Qué tengo que hacer ahora?

Isis céntrate. —Necesita sentirse segura, saber que la quieres y que la proteges. Debe crear aquí su hogar. ¿Por qué crees que habla conmigo?

—Ni idea, te lo aseguro. Todavía estoy demasiado impresionado con la situación.

—Porque he hablado con ella. Me he interesado por lo que le gusta, por sus amigos, la escuela… He pasado tiempo a su lado. Debe saber que si te necesita siempre estarás ahí incluso por encima de tu trabajo. Es tu trabajo lo que tu mujer ha utilizado para atacarte, ¿comprendes? Ella debe entender que es importante. No estaría de más que un día la llevaras al trabajo, que viera a tus empleados… Tiene que comprender que es lo que hace que no pases más tiempo con ella. Que no solo es por dinero.

Él asintió. —Pero tengo viajes, cenas de negocios…

—Muy bien, pero si un día tienes una cena de negocios tendrás que compensarla con ir al cine en el fin de semana o cosas así. —El olor de su after shave volvió a llegar a su nariz y tomó aire pensando que ese olor llevaba volviéndola loca desde hacía tres horas. Las malditas mariposas que sentía en el estómago no la dejaban ni respirar con normalidad y su after shave no ayudaba nada.

—¿Habrá retroceso?

Intentando centrarse respondió —Por supuesto que lo habrá. Un día cualquier tema provocará una discusión y debes estar al tanto. Durante estos días verás cómo me comporto con ella y aprenderás a cómo afrontarlo. Eh, yo tampoco acierto siempre, pero si nos funciona tendrás por donde guiarte cuando tengas que hacerlo solo.

La miró a los ojos. —¿No quieres quedarte en Nueva York? Me vendría muy bien tu consejo cuando cumpla quince años.

Se le cortó el aliento y sin poder evitarlo miró sus labios que se tensaron bajo su mirada. Avergonzada bajó la vista. —Una idea tentadora.

—Aquí te ganarías muy bien la vida. Hay colegios que se matarían por profesionales como tú.

—Gracias, pero estoy muy bien con mis niños.

—Son afortunados.

Su voz ronca hizo que levantara la vista hasta sus ojos y casi pegó un brinco apartándose de él. —Tengo que irme. Mi hermana me espera y…

Él se levantó mirándola de una manera que la puso aún más nerviosa haciendo que se tropezara con la alfombra. Roja como un tomate consiguió llegar hasta su bolso. —Bueno, pues hasta mañana.

—¿Qué debo hacer? —Le miró sin comprender. —Respecto a mi ex.

—Volverá a hacerlo y tu obligación como padre es protegerla por encima de todo.

—No tengo pruebas.

—Pues tendrás que conseguirlas, Byford. Porque puede que llegue un momento en que le haga un daño irreparable. Todavía estamos a tiempo.

Byford asintió realmente tenso. —Bien.

Forzó una sonrisa yendo hasta el hall y él la siguió sonrojándola de nuevo. —Mañana seguiremos hablando si quieres.

—Por cierto… —Él desapareció en el despacho y con curiosidad estiró el cuello para ver que regresaba con algo en la mano. Le entregó un sobre de cartón y ella la abrió para encontrarse con dos tarjetas de un hotel de cinco estrellas.

—El hotel Sherry está dando la vuelta a la esquina en dirección oeste. Es un hotel de lujo. Cualquier cosa que necesitéis será cargada a mi cuenta.

—Mi hermana se va a volver loca de la alegría.

—Espero que tú también lo disfrutes.

—Gracias.

—Joder, no me des las gracias. Gracias a ti.

Sonrojada de gusto abrió la puerta. —Hasta mañana.

—Que descanses.

Sintiendo las malditas mariposas fue hasta el ascensor sabiéndose observada. —Recuerda el perrito —dijo algo nerviosa entrando en el ascensor—. Piénsalo.

—Lo pensaré.

Sonrió deseando que se cerraran las puertas, pero parecía que tardaban una eternidad. —Adiós. —Mientras se iban cerrando las puertas recordó algo y gritó —¡Qué sea blanco! ¡Como Bolt!

Se mordió el labio inferior porque no sabía si la había escuchado. Suspiró mirando las luces y cuando le pareció sentir su olor de nuevo se pasó la mano por la nariz. ¿Es que estaba mal de la cabeza? ¡Estaba comprometida! Lo que le ocurría es que se estaba dejando influenciar por la atmósfera. En su casa, con su hija… Parecían una familia cualquiera, pero no. Isis deja de imaginarte cosas. Estás aquí solo para ayudarles, eso es todo. Ni ella es tu hija y él no es tu amigo ni tu amante ni nada. El calor que sintió en el pecho al pensar en cómo sería de amante la sonrojó de nuevo y asombrada bajó la vista hasta sus pechos que se endurecieron con fuerza. —Madre

mía, qué necesitada estás. Esto te pasa por llegar virgen a esta edad.

Alguien carraspeó y levantó la cabeza para ver al portero ante ella. —Buenas noches, señorita.

—Buenas noches —farfulló antes de casi salir corriendo. Estupendo, ya no podría mirar a ese hombre a la cara jamás en la vida. Menos mal que solo se quedaba un mes.

La mañana fue de lo más intensa porque la niña se había levantado con el pie izquierdo y todo empezó porque se quería poner un vestido lleno de lazos que le había comprado su madre en lugar de ropa cómoda para ir al parque. Por un momento dudó en si permitírselo, pero se dio cuenta de que si cedía en eso le buscaría las cosquillas por otro lado, así que discutieron el asunto. Intentó que lo entendiera, pero se negaba en redondo, así que no le quedó más remedio que decirle que no iban al parque. Eso la hizo recular tan rápidamente que se vistió como un rayo con unos pantaloncitos y una camiseta. Y así estuvo todo el día. Midiendo hasta donde llegaba. Y era agotador discutir por todo.

Su hermana llegó para la comida y se quedó la tarde con ellas, lo que fue un alivio porque ya le dolía la cabeza de la tensión y era porque había dormido fatal. Observando como ante la mesa de centro jugaban a unas cartas infantiles de princesas se dio cuenta de que la niña después de la siesta estaba más relajada. Igual es que no había dormido bien como ella. Entrecerró los ojos. Seguro que no había pensado en lo mismo que ella porque no había podido dejar de suspirar por Byford durante toda la noche. De hecho lo poco que había dormido había soñado con él. Se mordió el labio inferior. Aquello no era normal. ¡Estaba comprometida! Pero es que jamás había sentido que su corazón saltara en su pecho por un hombre. Y un hombre como ese… Por Dios, ¿es que estaba loca? ¡Estaba allí para encontrar su vestido de novia!

Su hermana la miró de reojo. —¿En qué piensas?

Virginia levantó la vista hacia ella. —Tienes la nariz arrugada.

—¿De veras? —Intentó sonreír. —Es que estaba pensando que todavía no he mirado ningún vestido de novia.

Imber levantó una ceja y sonrió a la niña como si compartiera un secreto. —Es que no tiene mucho interés en casarse con él. No le quiere.

—¡No mientas!

Su hermana chasqueó la lengua dejando una carta sobre la mesa. —Lo que yo te diga.

—¿Y por qué vas a casarte con él? ¿Tiene mucho dinero?

Asombradas miraron a Virginia. —Claro que no —dijo Imber—. Mi hermana jamás se casaría por dinero.

Virginia tiró una carta y sonrió. —¡Gané!

Imber gruñó. —Haces trampas, ¿no?

—No. —Se levantó del suelo y se acercó a Isis que acarició sus rizos. —¿Entonces por qué te casas? ¿Le quieres mucho?

La cogió por la cintura y la sentó sobre sus rodillas. —Sí que le quiero.

—Sí, pero no como debes amar a un marido —dijo su hermana mirando su móvil.

—¿Quieres dejarlo? ¡Sí quiero a Son! Será un buen marido, un buen padre… Vamos, lo tiene todo. No puedo pedir más.

—¿Por qué? —Miró a la niña sin comprender. —¿Por qué no puedes pedir más?

—Porque es perfecto para mí.

La niña levantó el dedo y tocó su entrecejo fruncido. —Pues parece que estás enfadada cuando hablas de él. Las princesas cantan cuando encuentran a su príncipe.

Puso los ojos en blanco mientras su hermana se reía a carcajadas. —La vida no es un cuento. Hay que pensar en otras cosas.

—¿Si? ¿En qué? ¿En si es rico?

¿Pero cómo habían llegado a esa conversación?

—Cielo, el dinero no da la felicidad. Puedes tener mucho y ser terriblemente desdichado.

—Eso es cierto —dijo su hermana—. Bueno, me piro.

—¿A dónde vas? —preguntó asombrada.

—He quedado.

—¿Con quién? ¿No tendrás una cita?

—Hay un grupo en internet de gente soltera de vacaciones que sale por la ciudad. He quedado.

Jadeó levantándose de golpe con la niña en brazos. —¿Te vas de fiesta con desconocidos?

—Bueno, tú estás ocupada. Y soy joven, tengo que disfrutar de la vida.

—¡Así que me metes en esto y ahora pasas de mí!

Imber soltó una risita cogiendo su bolso y acercándose para besarla en la punta de la nariz antes de besar a la niña que rio. —Lo siento, pero tú tienes obligaciones.

—Imber, no me gusta que salgas con desconocidos. Esto no es como estar en casa.

—Gracias a Dios. Y vamos a quedar en un bar. No va a pasar nada. Si veo algo raro me piro y llamo a un taxi.

—Bueno, pero aun así ten cuidado. Mándame por mensaje donde estás en todo momento.

—No me esperes despierta —dijo con picardía.

—No tiene gracia —dijo siguiéndola—. Mejor te quedas en casa que…

—¡Ciao!

—¡Imber!

Virginia soltó una risita y la miró a los ojos. —Ella no te hace mucho caso. ¿Por qué tengo que hacerte caso yo?

Sí que era lista, la pequeñaja. —¿Porque si tú no me haces caso no probarás un helado nunca más?

La niña abrió los ojos como platos. —Eso es mucho tiempo, ¿no?

Se echó a reír y la besó en el cuello haciendo que se partiera de la risa. Amelia salió de la cocina sonriendo ya lista para irse. —La cena está en el horno.

—¿Qué hay? ¿Qué hay? ¡Verduras no! —exclamó la niña mientras la dejaba en el suelo.

—Pues lo siento señorita, porque hay zanahorias y pescado al horno con patatas.

La niña sacó la lengua con cara de asco y cuando Isis la advirtió con la mirada dijo a toda prisa —Pero luego como helado.

—Solo si te lo comes todo y porque hoy no te has comido ninguno.

Virginia sonrió radiante cuando escucharon un ruidito. Las tres miraron hacia el hall y de repente apareció un perrito blanco monísimo tan parecido al de los dibujos que Isis se quedó con la boca abierta.

Virginia chilló de la alegría y corrió hacia él pero el perrito salió pitando por donde había venido. —Cielo, le asustas —dijo al ver su cara de decepción—. No te conoce. Debes acercarte con cuidado.

El perrito asomó la cabeza y Virginia de rodillas ante él extendió la mano. —Eso es —dijo su padre apareciendo en ese momento.

Hala, otro bote de su corazón. Sin poder evitarlo se lo comió con los ojos mientras él observaba a su hija que acariciaba el lomo del perrito y cuando Byford sonrió se dijo que tenía que salir de allí cuanto antes o terminaría con marcapasos antes de los treinta. Él la miró y se sonrojó apartando la cara como un resorte.

—¿Cómo se llama, papá?

—Tendrás que ponerle nombre. Es tuyo.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¡Príncipe!

—Como no —dijo ella por lo bajo haciendo reír a Amelia.

Virginia lo cogió con cuidado y Byford dijo —Igual tiene sed. ¿Qué tal si pruebas a si quiere beber algo?

El perrito lamió la cara de la niña haciéndola reír y todos la observaron mientras iba hacia la cocina con Amelia que dijo —Que cachorro tan bonito. ¿Lo cuidarás?

—Sí, tengo que darle de comer, de beber y bañarlo. Y tengo que jugar con él.

—Uy, esas son muchas cosas.

—Yo puedo. Papá me deja.

Byford se acercó sonriendo mientras se quitaba la chaqueta del traje. —¿Qué tal el día? —Hizo una mueca sentándose en el sofá y él apretó los labios tirando de su corbata. —Mal, ¿eh?

—Podía haber sido mejor. Creo que estaba cansada.

—Como tú. —Se sentó a su lado dejando la corbata sobre el sofá y su pierna rozó la suya haciendo que algo subiera por su vientre y esa sensación aumentó por como arremangaba las mangas de la camisa hasta los codos mostrando el vello negro de sus antebrazos.

—No, estoy bien —dijo a toda prisa levantándose—. ¿Has traído las cositas del perro? Comida…

La miró fijamente. —Isis, ¿ocurre algo?

Hizo que no entendía la pregunta —¿Algo?

—Es que tengo la sensación de que cada vez que me acerco a ti quieres salir corriendo.

Se sonrojó con fuerza. —¿Eso crees? Igual es porque estoy comprometida y tengo la costumbre de mantener la distancia con los hombres. Sí, igual es eso.

—¿Es celoso? —preguntó mirándola intensamente y su estómago se encogió por esos ojos verdes.

—¿Celoso? ¿Son? No, claro que no.

—¿Acaso no te quiere?

—Claro que me quiere —contestó asombrada—. ¡Nos vamos a casar!

—Muchas veces la gente se casa por los motivos equivocados.

¿Cómo habían vuelto de nuevo a esa conversación? —Nos queremos mucho, ¿eso no es suficiente?

Entrecerró los ojos. —Parece que intentas justificarte.

Jadeó asombrada. —¿Qué tendría que justificar?

—No lo sé, dímelo tú.

Puso los brazos en jarras. Era evidente de donde había sacado la niña su inteligencia. —¿Has traído las cosas del perro o no?

En ese momento salió la niña con el perrito detrás y se echó a reír cuando la siguió por todo el salón. —Pues no. No me ha dado tiempo. Virginia… —La niña corrió hacia él haciéndole sonreír. —Princesa, ¿qué te parece si vamos a comprarle a Príncipe todo lo que necesita?

—Sí, vamos.

—Oh, pues entonces yo me voy y…

Ambos la miraron como si hubiera dicho algo inconcebible. —¿No vienes? —preguntó la niña poniendo morritos.

Byford la cogió en brazos. —Sí, hija. Sí que viene. ¿Verdad que sí?

Dio un paso hacia ella mientras los dos le insistían con la mirada. —Pero es que Imber…

—Se ha ido de juerga, papá.

—¿No me digas, hija?

—Sí, y ha quedado con desconocidos.

—Qué interesante. —Dio otro paso hacia ella mosqueado. —¿Pero tú no ibas a casarte?

—Sí, pero…

—¿Y no era celoso? No creo que le guste mucho que salgas por ahí de picos pardos.

—¡Yo no voy de picos pardos!

Padre e hija sonrieron. —Perfecto, pues vamos a la tienda de animales. —Asombrada vio como dejaba a la niña en el suelo. —Vamos cielo, coge a Príncipe y que no se te escape en la calle.

—No, papá.

Resignada les siguió cogiendo su bolso. En el ascensor forzó una sonrisa y la mantuvo durante hora y media mientras ellos de lo más entretenidos elegían mil cosas para el cachorro, que sentado a su lado miraba hacia un lado y al otro viendo como Virginia cogía cosas de las estanterías con el asesoramiento del dependiente que era un cara de primera. En su pueblo los perros bebían de una lata, pero al parecer los de ciudad hasta tenían camas de terciopelo azul. Byford sonrió. —¿Qué opinas?

—Mejor no te lo cuento. Esa cama cuesta quinientos pavos.

—Es que no quiero que se suba a la cama de la niña.

Miró al perrito a su lado. —¿Crees que puede llegar hasta allí?

—No, claro que no, pero ella le subi…—Isis levantó una ceja y Byford suspiró pasándose la mano por la nuca. —Que le va a subir igual.

—Exacto.

—¡Papá, mira que vestiditos!

Byford se volvió. —Hija, vestiditos no.

—Mis amigas tienen vestiditos para sus perritos.

—Pero es que Príncipe es un macho. —Su hija lo pensó antes de volverse y girarse de nuevo con una percha en la mano que llevaba lo que parecía un disfraz de militar en mini. Isis no salía de su asombro y cuando Byford vio su cara de horror carraspeó. —Mejor esperamos a que crezca un poco.

—Sí, cielo —dijo el dependiente temiendo bronca—. Cuando crezca puedes comprarle lo que quieras y así te servirán para mucho tiempo. Además hace calor.

Virginia pareció pensarlo y de repente se volvió mostrando lo que parecía un bañador con barras y estrellas. —La leche —dijo Isis sin poder evitarlo.

Byford reprimió la risa.

—Para la playa —dijo la niña ilusionada.

—Está claro que ha salido a ti —dijo ella acercándose con el perrito siguiéndola. Cogió el bañador y lo dejó en su sitio—. Bueno, ya está bien por hoy.

—Pero…

La advirtió con la mirada. —Virginia, ya está bien.

Miró decepcionada a su padre que sacó la tarjeta de crédito. —Cóbreme.

—Enseguida, señor —dijo el dependiente cogiendo la tarjeta.

Isis regresó a su lado. —Creo que tengo que dejarte claros los límites.

—¿Por qué no me haces un dossier?

—Muy gracioso.

—Papá, ¿vamos a comer una pizza?

Isis negó con la cabeza. —Amelia nos ha hecho la cena.

—Porfi…

—Quieres comer pizza porque sabes que hay pescado.

Byford carraspeó. —Pues voto por la pizza.

—¡Sí! —chilló la niña de la alegría mientras Isis fulminaba a Byford con la mirada.

Este sonrió con picardía y acercándose susurró —Odio el pescado.

—Me importa un pito.

—¿A ti te gusta?

—Yo como de todo.

La miró fijamente. —Interesante.

Se puso como un tomate y él elevó su ceja. ¿Estaban pensando lo mismo? ¿Lo había dicho con segundas? No, no podía ser. ¿Tenía la mente tan calenturienta que ya se imaginaba cosas?

—Pues sí.

—Estoy deseando verlo —dijo con voz ronca.

Separó los labios de la impresión y él miró su boca haciendo que casi se le saliera el corazón del pecho. Roja como un tomate farfulló —¿Me estás tirando los tejos?

—¿Hay algo de malo en ello?

Eso sí que la dejó de piedra. —Tengo novio —dijo casi sin aliento.

—¿Y? No veo un anillo en tu dedo.

—¡Cómo si lo tuviera! —Él sonrió con picardía y se volvió para firmar el ticket de la compra. —Hablo en serio.

—Eso ya lo veo, nena.

Miró de reojo a la niña que jugaba con su cachorro. —No me llames así —dijo entre dientes—. Vas a confundirla.

—Como sabes es muy lista. —Cogió las bolsas. —No se va a sorprender.

¿No? Pues ella no salía de su asombro. Solo pensar en acostarse con ese hombre le alteraba la sangre de una manera que la dejaba sin respiración y cuando él se aproximó peligrosamente no pudo

reaccionar. Se acercó a su oído y susurró —Vas a acabar en mi cama, preciosa. Y lo sabes muy bien. Te atraigo, así que no intentes negarlo. Acéptalo y aprovechemos el tiempo que estés aquí. —Se apartó para mirarla a los ojos. —Él no se va a enterar.

Eso la espabiló. —No te pego un bofetón porque la niña está delante.

Rio alejándose y le dijo algo a la niña que cogió a su perrito para salir de la tienda. Se quedó allí de pie sin saber qué hacer, pero la niña volvió a entrar en la tienda y se acercó a ella para cogerla de la mano. —Vamos, que tengo hambre…

Resignada le siguió sintiendo que se estaba metiendo en un lío de primera. Eso le recordó que su novio no la había llamado ni una sola vez desde que habían llegado a Nueva York.

Capítulo 6

Casi no probó bocado por el nudo que tenía en la boca del estómago mientras ellos hablando del cachorro no dejaban de engullir pizza. Cuando la niña iba a coger el segundo pedazo dudó que se lo comiera, pero allá que fue. Y cuando pidió un helado no pudo negarse porque se lo había prometido. Esperaba que no le doliera el estómago de noche.

De la que regresaban a casa Byford la miró de reojo. —Estás muy callada.

—Estás complicando las cosas.

—No le quieres.

Asombrada jadeó. —Claro que sí.

—Si le quisieras de verdad no me desearías a mí.

—Eres un poco creído, ¿no crees?

—Nena, si me comes con los ojos.

—Menuda mentira —protestó mientras se sonrojaba intensamente.

—Estás deseándolo.

—Serás idiota.

—Y apuesto a que no has pensado en él desde que me has conocido.

—¡Deja de decir estupideces! ¡Pienso mucho en Son!

—¿Y qué ha dicho de que te quedes? Porque si fueras mi mujer, me mosquearía muchísimo que alargaras un mes más tus vacaciones sin tenerme en cuenta. ¿O acaso le has tenido en cuenta? Yo creo que no.

Se quedó sin habla y él sonrió irónico entrando en el portal. —Hija ten cuidado en el ascensor que no se cierren las puertas sin que te hayas asegurado de que ha entrado el perro.

—Sí, papá.

Aún sin saber qué replicarle entró tras ellos en el ascensor y Byford pulsó el botón. La miró fijamente como si fuera su objetivo y nerviosa miró a todos lados menos a él. Virginia miraba a uno y luego a otro arrugando su naricilla. —¿Estás enfadada con papá?

—No —respondió sorprendida—. ¿Por qué crees eso? —Virginia señaló su ceño fruncido y gimió por lo bajo forzando una sonrisa. —Estaba pensando.

—Ah, ¿y piensas algo que te enfada?

Byford rio por lo bajo y ella le fulminó con la mirada. —Estaba pensando que esta noche te va a acostar tu padre. —Él perdió la sonrisa de golpe. —Es que tengo que hacer una llamada importante.

—Isis…

Amplió su sonrisa. —Sí, y te leerá un cuento. Elige uno bien largo porque seguro que a tu padre le encanta.

—¡Ya sé cual! —dijo excitada.

Las puertas se abrieron y se agachó para besar a la niña en la mejilla. —Buenas noches.

—Buenas noches, Isis. Vamos papá, tengo que ir al baño.

Corrió con el perro hasta la puerta y él gruñó. —No creas que esto te libra. Solo lo estás retrasando.

—Sigue diciendo esas cosas y me largo. Tú verás.

Él se tensó. —Me has sorprendido, nena. No te creía cobarde.

Apretó los puños viendo como salía e iba hacia la puerta sonriendo a su hija. Las puertas se cerraron de nuevo y gimió cubriéndose la cara con las manos. Dios, en qué lío se estaba metiendo. Y lo que era peor, estaba deseando meterse en él.

Sentada en su cama en la habitación de lujo que Byford les había proporcionado, miraba las luces de la ciudad cuando se escuchó como se abría la puerta. No se movió y su hermana se acercó a su espalda. —¿Aún estás despierta?

—He llamado a Son.

—¿Te ha echado la bronca por quedarnos? —preguntó quitándose el bolso en bandolera.

—No. De hecho parecía aliviado.

Su hermana apretó los labios sentándose a su lado. —Seguro que son imaginaciones tuyas.

—No… —Negó con la cabeza. —Parecía… —Se giró para mirarla a los ojos. —Ni me ha preguntado la razón. Le he dicho que he alargado las vacaciones a causa de Virginia y me ha dicho que hago muy bien, que necesito descansar. Le importaba poco que no volviera.

—Pero eso no puede ser.

—¿Y si tienes razón? ¿Y si no nos queremos?

—Tienes dudas.

Se pasó las manos por la cara apartando la melena. —Se me ha insinuado.

—¿Quién?

—Byford —respondió asustada.

Su hermana dejó caer la mandíbula del asombro.

—Bueno, aunque decir que se ha insinuado es decir poco porque lo ha dejado bien clarito. Me quiere en su cama.

—Leche con el yupi. ¿Y qué le has dicho?

—¡He salido corriendo, Imber!

Su hermana se la quedó mirando y se mordió el labio inferior antes de decir a toda prisa —Me hice pasar por ti. —Sin comprender entrecerró los ojos mientras Imber parecía asustada—. Con Son.

—Disculpa, pero no te entiendo.

Sus ojos la miraron arrepentida. —Me acosté con Son y él creía que eras tú. —Se quedó en shock e Imber gimió. —Lo siento, lo siento, pero no sé qué pasó.

—¿Qué pasó? ¡Qué te acostaste con mi novio! ¡Eso pasó! —Se levantó sin dar crédito. —¡Eres mi hermana!

—Quería comprobar cómo era contigo, así que iba a gastarle una broma.

—¡Pues menuda broma!

—Se nos fue de las manos. ¡Ni sé cómo ocurrió! Antes de darme cuenta había pasado, te lo juro. —De repente se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos.

—¡Deja de llorar! ¡De esto no vas a hacerte la víctima! Por eso insististe tanto en que nos fuéramos, ¿verdad? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Cree aún que se ha acostado conmigo?

Su hermana lloró más fuerte. No se lo podía creer. Se volvió llevándose las manos a la cabeza. ¿Pero cómo Son no se había dado cuenta? ¡Vale que eran gemelas idénticas, pero él debía haberse dado cuenta! Y lo que había hecho su hermana… Aún no se lo podía creer. Se volvió para ver como lloraba avergonzada. —¿Cuándo ocurrió esto?

—El jueves antes de irnos. Me lo encontré en el pueblo y me llevó a casa. Pero cuando me besó en la camioneta… —Se sonrojó con fuerza.

—¡Dios mío, estás enamorada de él!

—¡No!

—¡A mí no me mientas! Por eso dejaste que te besara. ¡Te morías por hacerlo!

Imber se echó a llorar de nuevo y se tumbó en la cama tapándose la cara con las manos.

Pálida susurró —Dios mío…

—Él te quiere a ti. Creía que eras tú. Todo el tiempo me llamó por tu nombre.

—¿Cómo se va a imaginar que la loca de mi hermana se iba a hacer pasar por mí? —gritó perdiendo los nervios por su traición—. Por eso me viniste con el viaje, ¿no? ¡Para alejarme de él e intentar que me olvidara de la boda!

—No, no fue así. Iba a decírtelo, te lo juro. Quería que lo supieras.

—¿En qué estabas pensando?

—No lo sé —respondió angustiada.

—¿Crees que no va a enterarse en la noche de bodas? Cuando sienta que soy virgen… Dios mío, tengo que suspender la boda. Tengo que hablar con él. —Entrecerró los ojos recordando su última cita. —No…

Su hermana la miró con los ojos rojos de tanto llorar. —¿No?

—Por eso está distante. Se huele algo.

—¿Eso crees? —preguntó su hermana esperanzada.

La miró asombrada. —¡Tendrás cara! ¡Quieres robarme el novio!

—Robarte, robarte… Esa es una palabra muy fuerte. ¡Y a ti te gusta Byford! ¡No sé a qué vienen tantas quejas! —La señaló con el dedo. —¡Ni siquiera has mirado el vestido de novia y es a lo que veníamos!

Se sonrojó porque era cierto. —He estado ocupada con la niña.

—¡No me cuentes historias! ¡No estás enamorada de él, reconócelo!

—¿Me estás echando la bronca? ¿Te acuestas con mi novio y encima te encabronas?

El labio inferior de su hermana tembló con fuerza y sollozó antes de tumbarse de nuevo para cubrirse con la almohada. Suspiró porque jamás había podido ver como lloraba y se sentó a su lado. —¿Estuvo bien?

—¿Qué? —preguntó bajo la almohada.

—¿Es buen amante?

Apartó la almohada para mirarla asombrada. —No sé.

—¿Disfrutaste?

—Como nunca.

—Qué cara tienes.

Hizo una mueca. —Lo siento.

Suspiró sin saber qué hacer. —Sé que lo sientes. —Pensó en ello. —Pero tiene que intuir algo.

—¿Por qué?

—Porque el viernes antes de irnos me metió mano y le corté en seco diciéndole que estaba muy juguetón esa noche. Por eso.

Gimió cerrando los ojos. —Qué vergüenza.

—Pues sí.

Apretó los labios porque no se sentía realmente furiosa. Sorprendida sí, traicionada por su hermana también, ¿pero dolida por lo que había hecho Son? No, no estaba celosa como se suponía que tenía que estar. De hecho en ese momento debería estar tirando de los pelos a su hermana por lo que había hecho, pero nada. Ahí se dio cuenta de que no podía casarse con él. No porque se hubiera acostado con su hermana, sino porque ni él la quería lo suficiente como para reconocer la diferencia y ella no le quería lo suficiente como para que le importara lo que habían hecho.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó su hermana casi con miedo.

—Suspender la boda.

Su hermana suspiró aliviada. —Lo siento.

—No lo sientas. No era la persona adecuada para mí. Tenías razón.

—No quería hacerte daño.

Miró sus ojos. —¿Le quieres?

—Siento algo aquí cuando está a mi lado —dijo llevándose la mano al pecho—. Y desearía estar con él continuamente. Cuando me tocó fue como estar en el cielo. —Sus ojos brillaron a pesar de estar enrojecidos. —Y cuando sonríe…

Sintió un nudo en la garganta porque eso era lo que sentía cuando Byford estaba a su lado. —Ay, Dios mío…

Su hermana la miró sin comprender. —¿Qué?

—¡Qué me siento así con Byford!

—¿De veras? —preguntó encantada arrodillándose en la cama—. Es fantástico.

—¡Cómo va a ser fantástico! ¿No ves donde estamos?

Las hermanas se miraron a los ojos. —Pensemos.

—Imber, ¿pensar en qué? ¡Tengo mi vida allí y él solo quiere una aventura! ¡Cree que tengo novio!

—Es que tienes novio. Hasta que no le dejes lo tienes.

—Eso. —Se pasó la mano por la nuca. Pensar en tener una aventura con él la ponía mucho más nerviosa que su novio le pusiera los cuernos y su hermana sonrió maliciosa. —¿Qué?

—Estás cagada.

—¡Pues sí! Mira qué panorama. —Gimió dejándose caer en la cama.

—Pensemos. Byford está divorciado de una bruja que os hará la vida imposible todo lo que pueda. Vive en Nueva York y tiene una hija. Tú tienes tu vida en casa y allí está toda tu familia. A las tías no les va a gustar nada…

Levantó la cabeza del colchón. —Hablas como si fuera a haber algo en el futuro y no es así.

—Le gustas. Mucho. Lo suficiente para decirte que quiere acostarse contigo.

—Eso es atracción física. —Se puso de costado y apoyó la cabeza sobre una mano. —¿Crees que con su experiencia quiere repetir? Ese no se casa más en la vida.

Imber hizo una mueca. —Son tampoco querrá casarse. Después de que tenga que suspender la boda no va a darme una oportunidad.

Eso también era posible. Son tenía mucho orgullo. De hecho era conocido por eso en todo el contorno. Cuando alguien se la hacía, ya tenía una cruz grabada en la frente de por vida y ya podía correr porque Son era de los que se vengaban.

—Quizás se huela algo, pero no puede estar seguro. —Imber entrecerró los ojos. —Si yo no digo nada, no.

—¿Eso crees? —preguntó esperanzada.

Pensando en ello se sentó en la cama ante su hermana que hizo lo mismo. Sentadas al estilo indio se miraron a los ojos. —Tienes que volver antes de que yo regrese.

—¿Qué dices?

—Tienes un mes para enamorarle y que sea él quien suspenda la boda.

—¿Pero cómo voy a hacer eso?

—¡Pues arréglate como quieras! ¿Quieres casarte con él? —Asintió vehemente. —Pues al lío. Así no te tendrá rencor al saber que has sido tú la que se ha acostado con él y que le has engañado. Te tratará como siempre. Creo. A no ser que se lo huela y huya de ti como de la peste, que también puede ser. En ese caso tendrás que insistir. Tiene que acostarse contigo sabiendo quién eres. Eso hará que suspenda la boda porque si Son tiene algo es que es un hombre como Dios manda.

—Y su orgullo no saldrá herido.

—Exacto. No saldrá herido ni por ti por haberle tomado el pelo, ni por mí al suspender la boda ante todos.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Pues todavía no lo sé.

Su hermana la miró asustada. —Creo que esto va a separarnos.

Se agarraron de las manos. —Nada me separaría de ti. Somos una, ¿recuerdas?

—Si no lo logro me mudaré aquí. Así le pierdo de vista.

—Pues como fracasemos las dos a ver a donde vamos.

Imber se echó a reír. —Así que ya te has decidido.

—Ya veremos cómo surgen las cosas.

En ese momento sonó su teléfono y sorprendida saltó de la cama. Frunció el entrecejo cuando no reconoció el número y descolgó a toda prisa. —¿Diga?

—¡Tienes que venir a casa! ¡Virginia está enferma!

Lo sabía, pero sin saber por qué preguntó encantada —¿Enferma? Pobrecita.

—¡Y el perro se está meando por todas las esquinas!

Muy romántico todo. —Hay que educarlo.

—¿Papi?

—Enseguida viene, cielo.

—Tengo sed.

Temiendo que se recuperara y que ya no la necesitaran gritó —¡Ahora voy! —Colgó mirando a su hermana con los ojos como platos —. ¿Qué hago?

—Déjate el cabello suelto y échate perfume. Y si no te pones ropa interior mejor. Por las prisas.

—¿Eso no es ir muy al grano?

—Solo tenemos un mes. Tranquila, es fácil. Ellos lo hacen casi todo.

—¿De veras? —preguntó de los nervios.

—De veras. Tú relájate y disfruta.

—Eso si está de humor porque ahora está de los nervios.

—Pon las cosas en orden y ya verás cómo se relaja.

Corrió hacia el baño. —¡Voy a ducharme!

—¡Y depílate las ingles! A mí me pilló desprevenida y me moría de la vergüenza. —Hizo una mueca. —Aunque luego lo pasamos por alto.

—¿Qué? —gritó su hermana bajo el agua.

—¡Nada! Ya te darás cuenta. —dijo antes de levantar la voz—. ¡Échate crema en los talones!

Casi una hora después llamó a la puerta y pensó que necesitaría una llave. La puerta se abrió de golpe. Él miró sus piernas desnudas hasta llegar a su pantaloncito corto y sus ojos subieron por su camiseta verde de tirantes que mostraban claramente que no llevaba sujetador. De hecho fue demasiado evidente cuando sus pechos se endurecieron con fuerza y él levantó la vista hasta su rostro rodeado por sus gruesos rizos pelirrojos. Carraspeó dando un paso atrás para dejarla pasar.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha vomitado varias veces.

—Demasiada pizza. —Dejó su bolso sobre la mesa del hall y entró en el salón para encontrarse a la niña viendo los dibujos en la televisión mientras comía helado.

Giró la cabeza hacia Byford como si no se lo creyera. —Estaba llorando, ¿qué iba a hacer? —dijo por lo bajo.

—¿Meterla en la cama? ¡Eres muy blando!

—Joder, es que odio verla sufrir.

Gruñó yendo hacia la niña y esta mirándola con desconfianza se metió toda la cuchara en la boca antes de que Isis cogiera el bol para dejarlo sobre la mesa. —Jo.

—¿Cómo que jo, señorita? —La cogió en brazos con cuchara y todo para ir hacia la escalera. La besó en la frente y se detuvo para pasar la mano por ella. —Byford, tiene fiebre.

—¿Qué?

—Trae un termómetro.

—Está en su habitación.

Subió con ella en brazos y Virginia se abrazó a su cuello. —Tengo sueño.

—Claro que tienes sueño, porque deberías estar durmiendo desde hace dos horas.

—¿Príncipe?

Ella miró hacia atrás. —¿Dónde está el perro?

—En su cama. Durmiendo.

Al entrar en la habitación se dio cuenta de que cuando hablaba de su cama se refería a la calabaza de la niña porque la suya estaba vacía. Mordiéndose la lengua tumbó a la niña en la cama y se sentó a su lado para pasarle la mano por la frente de nuevo. Byford se acercó de inmediato. —¿Crees que es mucho?

—No, unas décimas. —Encendió el termómetro y se lo puso al oído. La niña alargó la mano y Príncipe pasó entre sus piernas para acercarse a su mano y la lamió. El termómetro pitó y vieron que tenía treinta y ocho. —¿Te duele la tripa?

La niña negó con la cabeza.

—Voy a llamar al médico —dijo Byford preocupado.

—A veces pasan estas cosas. Si mañana tiene fiebre después de darle el jarabe la llevaremos. Trae el jarabe.

—¿Qué jarabe?

Le miró asombrada. —¿No tienes jarabe para la fiebre?

—Nunca se ha puesto enferma desde que está conmigo —contestó de los nervios.

—¿Y antes?

—Teníamos una niñera interna que sabía de esas cosas. Era enfermera titulada.

—Entiendo. Vete a la farmacia y pídelo.

Él sacó el móvil y se lo puso al oído. —¿Doctor Anderson? Mi hija tiene fiebre. —Puso los ojos en blanco y siguió hablando como si no existiera. Increíble. —¿Un jarabe? —Ella le miró como si fuera idiota y Byford gruñó yendo hacia la puerta. —¿Me dice su nombre?

Suspiró y la niña soltó una risita. —Es tan cabezota como tú. —Se agachó y la besó en el cuello haciéndola reír. Príncipe ladró y ambas le miraron. —Hala, a dormir. —El perrito inclinó la cabeza a un lado. —Túmbate. —El cachorro lo hizo para sorpresa de ambas.

Virginia aplaudió. —Muy bien. —La miró a los ojos. —¿Vamos a hacer que aprenda?

—Claro que sí. Colaboraremos todos. Ya verás, los perros son muy listos. Aprenderá enseguida.

—¿Me lees un cuento? Papá no pudo.

—Ah no, señorita. Ya es muy tarde. —Le puso la muñeca en el brazo y apagó la luz dejando la lamparilla de noche antes de

tumbarse a su lado.

Virginia cogió un mechón de su cabello aún húmedo y lo acarició. —Mamá es rubia. No conozco a nadie que tenga el pelo como tú. Anni es pelirroja, pero lo tiene mucho más claro y no tiene pecas. —Levantó la manita y tocó su mejilla.

—Yo las odiaba.

—¿Por qué? Son bonitas.

Sonrió. —Tú sí que eres bonita.

—¿Si? —preguntó ilusionada poniéndose de costado. El perro saltó y se puso entre ellas subiendo poco a poco hasta colocarse bajo sus caras—. Soy igual que papá. Mamá me lo dice siempre.

—Y tiene razón. ¿Tienes primos?

—No.

—¿Y abuelos?

—La abuela Evelyn.

—¿Es la madre de tu padre o de tu madre?

—La de papá. Pero vive en Atlanta. ¿Sabes dónde está?

—Sí, aunque nunca he estado allí.

—Vive allí con Mathew. No se lleva bien con papá. Nadie se lleva bien con papá excepto tú.

—¿Por qué dices eso?

—Todos se van de su vida.

—Tú estás aquí.

—Mamá vendrá a buscarme, me lo dijo. —Puso la manita bajo la mejilla. —Conseguirá llevarme. Siempre consigue lo que quiere.

Pues eso no lo iba a conseguir. —De momento estás aquí. Y tu papá está encantado de que lo estés.

—Doris me ha dicho que espere a mamá.

Se quedó de piedra, pero no lo demostró. —¿Y dónde te lo ha dicho?

—En la piscina.

—¿Piscina?

—Voy a la piscina los lunes y ella siempre está allí. Me lleva caramelos. —La miró asustada. —No le digas nada a papá, no le gusta Doris.

¿Por qué será? Sonrió sin darle importancia. —Así que Doris te ha dicho que esperes a mamá. ¿Y que más te ha dicho?

—Que sea mala, que así volveré a casa con mis amigos y con mamá. Que mamá me quiere mucho y que no puede ir a la piscina porque papá se enfada.

Sería bruja. —¿Ella es la que te dice que seas mala con las niñeras?

—Sí. Pero ya me lo había dicho mamá. Ella me lo recuerda —dijo de corrillo como si se lo hubiera aprendido.

—¿Y por qué?

—Porque papá trabaja.

Así que querían ponerle los nervios por no poder cuidar a la niña sin desatender sus obligaciones y esperaban que se diera por vencido. —No tienes que hacer cosas que no quieras.

—Pues tú me obligas a todo.

Rio divertida. —¿Soy mandona?

—Sí.

—Es que soy directora. Mando continuamente, pero siempre hago lo que creo que es lo mejor para ti.

—¿Y mamá no hace lo que es mejor para mí?

Joder con la pregunta. —Creo que tu mamá piensa que es lo mejor pero no se está dando cuenta de que te está haciendo daño. —La niña agachó la mirada. —Porque te hace daño, ¿no es cierto?

—Papá no es malo.

—Lo sé.

—Mamá dice que él no me quiere, pero…

Esperó a que continuara, pero no lo hizo y ella le levantó la barbilla con suavidad. —Eso no es cierto y lo sabes. Haría lo que

fuera por ti. Por eso quiere que vivas con él. Si no te quisiera te llevaría con tu madre, ¿no?

—Mamá dice que lo hace por fastidiarla.

—¿Y crees que es así?

—No sé. Parece que la odia.

Apretó los labios porque estaba asustada y aquella situación no la hacía sentirse segura en absoluto. Acarició su mejilla y su corazón decía que la mintiera sobre si la odiaba o no, pero la niña no era tonta. —¿Por qué crees que la odia?

—Mamá a veces se porta mal.

—¿Qué es lo que hace?

La miró asustada. —Estoy cansada.

No quería presionarla, así que sonrió. —Pues duerme, cielo. Y que sueñes con princesas.

Los ojitos de la niña se fueron cerrando y apenas unos minutos después escuchó como Byford se acercaba a la cama. Ella le miró sobre su hombro y vio que estaba muy tenso. En silencio se levantó y cogió la bolsa de papel de su mano rozando sus dedos. Sintió como el vello de su nuca se erizaba por su contacto y le miró a los ojos casi sin respiración.

—Te espero abajo.

Ella asintió mientras se alejaba. Le dio la cucharada de jarabe a la niña y salió de la habitación arrimando la puerta. Sorprendida vio que la única luz que estaba encendida era la de la habitación del fondo. Preocupada fue hasta allí y se encontró a Byford sentado en la cama con los codos apoyados sobre sus rodillas. Parecía hundido.

—No has tardado nada.

—La farmacia de la esquina estaba de guardia.

—Estamos avanzando mucho. No te pongas así.

Él levantó la vista. —¿Eso crees?

—Se está abriendo, eso es muy bueno.

—Se está abriendo a ti.

—Es que me cree neutral.

La miró a los ojos. —¿Y lo eres?

Se acercó sin poder evitarlo y se colocó ante él. Byford la agarró por la cinturilla de sus pantalones y la acercó hasta colocarla entre sus piernas. Sintió como el deseo la recorría y más cuando pasó sus manos por la parte de atrás de sus muslos haciendo que suspirara de placer antes de que la mirara como si la deseara muchísimo. —Dime que quieres esto.

—Sí —susurró sin poder evitarlo.

Sus manos subieron por sus caderas y cogieron el bajo de su camiseta elevándosela para mostrar sus pechos desnudos. Él se levantó sacándosela por la cabeza y la tiró al suelo mientras sus rizos caían sobre sus hombros. Isis tembló por como la miraba, como si fuera la mujer más hermosa de la tierra y se sintió así sonrojándose de excitación. Byford bajó la mirada a sus pechos y acarició con el dorso del índice su pezón endurecido, provocando que su sangre hirviera de necesidad. —Eres preciosa, nena —dijo con voz ronca.

Acarició la delicada piel de su seno tan suavemente que la volvió loca y subiendo por su pecho llegó hasta su cuello, cogiéndola por la nuca de repente para pegarla a su cuerpo. Le robó el aliento y se miraron a los ojos antes de que atrapara su boca con pasión. Isis tembló cuando acarició su paladar y su necesidad aumentó enredando su lengua con la suya para saborearle. Byford inclinó su cabeza para entrar en su boca aún más y se devoraron el uno al otro. Su otra mano llegó a su cadera y la pegó a su pelvis haciendo que gimiera de placer al sentir su miembro endurecido a través de sus pantalones. Sintió una necesidad imperiosa por tocarle y llevó las manos a su pecho. Al tocar sus duros pectorales perdió el norte totalmente e impaciente intentó abrir los botones de su camisa.

Byford apartó su boca para besar su cuello e Isis gimió al sentir como mordisqueaba él lóbulo de su oreja. —Te noto ansiosa, nena —dijo a su oído con la voz ronca—. ¿No te van los preliminares?

Le agarró por el cuello y muerta de deseo reclamó su boca, cuando de tanto tirar su camisa ésta se rompió. Él gimió en su boca y la cogió por la cintura girándola para tumbarla en la cama. Sus manos fueron a parar a sus pantalones y tiró de ellos con fuerza, pero ella ni se dio cuenta impresionada con lo que sus besos le hacían sentir. Byford se apartó de ella con la respiración agitada y mirándola a los ojos susurró —Joder Isis, va a ser mucho mejor de lo que creía. —Se quitó la camisa por la cabeza tirándola a un lado antes de llevar sus manos a su cinturón de cuero. A Isis se le secó la boca viendo como bajaba la cremallera y cuando arrastró sus pantalones con su ropa interior creyó que se moría de la impresión por su sexo erecto ante ella. Sin darse cuenta pasó su lengua por su labio inferior y él gruñó antes de sujetarla por la nuca para apoderarse de sus labios. Cuando su piel rozó la suya gritó en su boca por el estremecimiento que la recorrió y gimoteó de necesidad al sentir su sexo rozando el suyo. Byford besó su cuello amasando uno de sus pechos y cuando sus labios descendieron hasta él lo elevó pasando la lengua por su endurecido pezón. Isis creyó que su

vientre se rompía y cuando volvió a hacerlo gritó de placer. Byford le tapó la boca y se miraron a los ojos. —Nena… me encanta ver cómo te gusta… —Entró en ella lentamente e Isis cerró los ojos por el placer que experimentó. —Joder, estás muy estrecha… —Apartó su mano para apoyarla sobre el colchón y ella intentando aferrarse a algo arañó su pectoral, pero él ni se dio cuenta al llegar a la barrera de su virginidad. —Hostia… —Sin ser consciente de nada más que de su cuerpo, Isis movió su pelvis rodeando sus caderas con las piernas y Byford gruñó moviéndose con contundencia para entrar en ella totalmente. Sin aliento clavó las uñas en su pecho y Byford cogió sus muñecas colocándolas sobre su cabeza antes de agacharse y meterse un pezón en su boca. Gritó de placer y cuando se movió lentamente para salir de su ser, su interior apretó su miembro. Él juró por lo bajo —Nena, relájate o me correré antes de… —Entró en ella de nuevo e Isis abrió los ojos como platos estremeciéndose porque todo su cuerpo estalló de placer. Parpadeó sorprendido. —¿Te has corrido?

Isis sonrió atontada y cuando se movió de nuevo se estremeció otra vez suspirando. Byford entrecerró los ojos y pacientemente esperó. Cuando ella elevó los párpados con una sonrisa de oreja a oreja susurró —Ha estado muy bien.

—¿No me digas? —Entró en ella con contundencia e Isis al sentir un placer mucho más intenso abrió los ojos como platos antes de que él repitiera el movimiento. Todo su cuerpo se fue tensando poco a poco y frustrada porque no podía tocarle apretó los puños clavándose las uñas. Él besó su cuello antes de invadirla de nuevo y no le dio tregua hasta que cada célula de su cuerpo gritaba por liberarse. Gimoteó de necesidad y Byford la miró a los ojos. —¿Quieres correrte? —Entró en su cuerpo con tal contundencia que todo explotó a su alrededor provocando que Byford se tensara con fuerza derramándose en ella antes de dejarse caer a su lado.

Capítulo 7

Un movimiento a su lado la hizo sobresaltarse despertándose y al abrir los ojos vio un duro trasero que se alejaba hacia el baño. —Nena, son las siete. —Encendió la luz del baño y ella dejó caer la mandíbula porque tenía un cuerpo como para sacarle una foto y ponerla en un museo. Él salió de su vista. —¿Vamos al parque de picnic?

Confundida se sentó. —¿Qué?

—Es cuatro de julio. Él día de la independencia. Es fiesta, ¿recuerdas?

Mierda, no se acordaba de eso. —¿Has comprado la película para el sábado? —Le escuchó jurar por lo bajo. —¿Byford?

—Se me ha olvidado, nena.

Se levantó a toda prisa y entró en el baño mientras él abría el grifo de la ducha. —¿Cómo que se te ha olvidado?

Él sonrió mirándola de arriba abajo. —Preciosa, ¿no crees que deberías haberme dicho que eras virgen?

Se sonrojó y decidió ignorar la pregunta —¿Cómo que se te ha olvidado? Hoy está todo cerrado.

—Seguro que la echan por el canal de pago.

—¿Y si no es así?

—Con lo del perro se me olvidó.

—¿Eres un empresario que tienes un montón de negocios y no puedes recordar dos cosas?

Byford la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Cierto, culpa mía.

Gimió al sentir su piel. —Vale, te perdono.

Él besó sus labios suavemente. —Está a punto de levantarse.

Se apartó sorprendida. —¡La fiebre!

—Ya no tiene fiebre. Lo comprobé a las tres y a las cinco.

Suspiró del alivio y él acarició su trasero empujándola hacia la ducha mientras besaba su cuello. Rio cuando sintió el agua sobre sus cabezas antes de que él reclamara su boca.

—¿Papá?

Sorprendidos se volvieron para ver a la niña con el perrito en brazos y cara somnolienta. —Se ha hecho pis en mi cama.

Incómodo cogió a Isis y la puso delante haciéndola jadear antes de que contestara a su hija —No pasa nada. Después cambiaremos

las sábanas. Todavía tiene que aprender que eso no se hace en casa.

—Quiero tortitas y Amelia no está.

—Amelia no vuelve hasta el martes, cielo. ¿Recuerdas que ha ido a visitar a su familia a New Jersey? —dijo ella roja como un tomate —. Pero no te preocupes que hoy es fiesta y haremos tortitas.

La niña frunció el ceño. —¿Estáis haciendo niños?

—No —respondieron los dos a la vez.

—Vaya, yo quiero una hermanita.

Salió del baño dejándoles cortadísimos y Byford carraspeó. —Nena, sobre ese tema…

—¿Tienes que hablar de eso ahora?

—Creo que no hay momento más apropiado. ¡Eras virgen!

—¿Por qué no lo dices más alto? —Cogió el jabón del dispensador y empezó a enjabonarse el cabello.

Byford la miró con desconfianza. —¿Nena? —Se mordió el labio inferior enjabonando con fuerza. —¡Isis, que tienes novio!

—Ya.

—¿Cómo que ya? —preguntó indignado.

—Dijiste que no se enteraría.

La cara que puso casi la hizo reír. —¡Pues se va a quedar muy contento cuando llegues preñada de otro si se supone que eres virgen! ¡Y un hijo mío no lo va a criar otro hombre!

—Estás anticipando muchas cosas —dijo encantada—. Seguro que no pasa nada. Esta noche te pones la gomita.

Asombrado vio como aclaraba su cabeza y al ver que parecía contrariado frunció el ceño. —¿Qué pasa?

—No tengo.

—¿Ah, no? —preguntó divertida.

—No tengo mucha vida sexual últimamente. ¡Mi hija ha estado muy rebelde! —Se pasó la mano por el cabello. —A ver si hay algún sitio abierto para… —Ella se empezó a enjabonar el cuerpo y perdió el habla cuando se enjabonó los pechos. Le guiñó un ojo seductora y la agarró por la cintura haciéndola reír. —Joder nena, que la niña quiere tortitas…

Su gemela decidió que se quedaría en Nueva York hasta el domingo que era cuando se suponía que regresarían en un principio y de paso aprovechaba el billete de avión. Así que como tenía tiempo le llevó ropa a casa de Byford para que se cambiara y de

paso les acompañó al picnic. Se enamoró del perrito en cuanto lo vio, así que Imber pasó casi todo su tiempo con él y con la niña jugando de un lado a otro.

—Se le dan muy bien los niños —dijo Byford tumbado de costado a su lado observándolas después de la comida.

—Hubiera sido muy buena educadora, pero eligió la enfermería. Siempre le han gustado los niños. Tendrá diez si puede. Siempre lo dice.

—Eso es muy ambicioso —dijo divertido.

—No tanto… —Como si nada bebió de su cola.

—Lo dices como si fuerais mucha familia.

—Mi madre tenía trece hermanos, no te digo más. —Byford dejó caer la mandíbula del asombro. —Cuatro de ellos eran dos pares de gemelos.

—¿Tienes trece tíos?

—Por parte de madre.

—¿Y de padre?

Su mirada se ensombreció. —Cuatro.

—¿No te llevas bien con ellos?

—No me llevo, punto. Mi padre se desentendió cuando mi madre se quedó embarazada y la dejó tirada. Nos tuvo sola. Bueno, con

ayuda de sus hermanos y de los abuelos.

La observó en silencio. —¿No rehízo su vida?

Hizo una mueca. —No tuvo tiempo. Murió en nuestro parto.

—Joder…

—Empezaron a criarnos nuestros abuelos y nuestras tías Grace y Clare, que son como nuestras madres tomaron el relevo. —Sonrió divertida. —Clare es profesora. Todo lo he aprendido de ella y aún trabaja conmigo.

—Debe estar muy orgullosa de ti.

Pues cuando se enterara de todo lo que estaba pasando no iba a estar muy contenta. Mejor contárselo más adelante, mucho más adelante. Miró a los ojos a Byford. —Virginia me ha dicho que tu madre no vive aquí.

—Seguro que te ha contado mucho más que eso. —Él gruñó mirando a la niña. —No quería que me casara y tenía razón. Pero lo que más me jodió fue que no viniera al parto de la niña.

—¿Hizo eso?

—Se llevaba fatal con Marion. Cuando se conocieron saltaban fuegos artificiales y cuando se quedó embarazada dijo que se iba. Que se había enamorado y que si quería vivir mi vida ella iba a vivir la suya.

—Suena algo posesiva.

—Eso es decir poco —dijo riendo por lo bajo.

Al darse cuenta de que un chico que estaba tumbado a unos metros con sus amigos le miraba las piernas se tensó y ella miró sobre su hombro. —¿Qué pasa?

—Nada. —El chico se sonrojó volviéndose a toda prisa.

Ella le cogió por la barbilla e hizo que le mirara. —Tienes que llamarla, quiero conocerla. —Era evidente que no la entendía. —A tu madre.

—Ah, no.

—Byford…

—¿Sabes lo tranquilo que vivo ahora? —Ella levantó una de sus cejas pelirrojas. —Ya me entiendes.

—No conoce a Virginia y seguro que está dolida porque la has desplazado.

—¿Que la he desplazado yo? —preguntó asombrado—. Se desplazó sola por no saber cuál era su sitio.

—¿No la echas de menos? —Él gruñó apartando la mirada e Isis suspiró observando como Imber cogía a su niña en brazos y corría para que Príncipe les siguiera. Al ver que Virginia estaba sonrojada se levantó de inmediato y la cogió de sus brazos. —Te lo estás

pasando bien, ¿eh? —preguntó pasando la mano por su frente antes de besarla en el cuello. La niña se echó a reír, pero ella se volvió apretando los labios. Byford se levantó acercándose—. Tiene fiebre.

—¡No, estoy bien! —protestó antes de que su padre la cogiera y la besara en la frente.

—Voy recogiendo —dijo su hermana—. No pasa nada, jugaremos en casa.

—¡No!

—Hija tienes fiebre. Es mejor que no estés al sol.

—¡No! ¡Quiero quedarme! —Sus ojitos se llenaron de lágrimas. —¡No quiero!

Los adultos sin hacerle caso empezaron a recoger, lo que provocó una rabieta de primera. Pero ninguno le hizo caso por mucho que chilló y por mucho que les miraran. Preocupada por si Byford se ponía nervioso, le miró y vio la angustia en sus ojos sujetando a su hija que quería pegarle. —Lo haces muy bien —vocalizó para que la niña no lo escuchara.

Él apretó los labios y caminaron de regreso a casa. Entre la fiebre, que no había parado en todo el día y que no había dormido la siesta se durmió entre los brazos de su padre.

—Es un angelito cuando duerme —dijo su hermana divertida.

Los tres sonrieron entrando en el ascensor. —Quiero animarla para que se meta en un coro —dijo ella aguantando la risa.

—Sí, esos agudos hay que potenciarlos.

—Muy graciosas.

Cuando salieron del ascensor se quedaron de piedra porque la puerta de su casa estaba pintada con la frase "Maldito hijo de puta" en rojo.

—Joder —dijo él yendo hacia la puerta—. Nena coge las llaves del bolsillo de atrás.

A toda prisa metió la mano sacándolas y abrió la puerta. —¿Esto ha pasado antes?

—Esta es la tercera vez —dijo por lo bajo metiendo a la niña en casa.

—Pues hay que ser idiota con las cámaras de seguridad que hay —dijo su hermana.

Isis salió de la casa y miró a un lado y al otro. —¿Dónde están?

Su hermana señaló una esfera que parecía un aspersor. —El doctor las tiene en su consulta. Eligió ese modelo para que los pacientes no crean que les graban, ¿sabes?

Entraron en casa y cerró la puerta. Al no encontrar a Byford corrió escaleras arriba. Estaba tumbando a la niña en la cama. —

Cielo…

—¿Le doy una cucharada?

—Déjame a mí. Vete a llamar a la policía. Aprovecha ahora que está durmiendo.

Él asintió apartándose de la cama y la besó en la sien antes de salir de la habitación. Desnudó a la niña y la despertó lo suficiente como para que se tomara el jarabe. Escuchó voces abajo y salió tan aprisa como pudo cerrando la puerta. Príncipe intentaba subir las escaleras y al llegar abajo lo cogió en brazos acercándose a la puerta donde Byford estaba furioso echándole la bronca al portero. Este estaba pálido aguantando el rapapolvo mientras un policía lo apuntaba todo. —¡Joder, me mudé al otro lado de la ciudad para que no pasara esto! ¡Tengo portero! ¡Tengo cámaras!

—Necesitaremos las imágenes —dijo uno de los policías mirando la puerta—. Es obvio que quiere joder. ¿Está seguro de que ha sido su exmujer?

—¡Sí, seguro!

—Cielo… —Los cuatro la miraron y los policías sonrieron embobados. Su hermana se puso a su lado y cogió al perrito haciendo que dejaran caer la mandíbula del asombro. Isis sin dejar

de mirar a Byford continuó mientras él les fulminaba con la mirada. —Yo creo que ha sido Doris. ¿Marion no estaba en la Riviera?

—¿Doris? —La miró incrédulo. —¿Cómo va a…?

—¿Quién es Doris? —preguntó uno de los policías.

—Era la niñera de la niña. Cuando me dieron la custodia no quise que viniera con ella. Estaba de parte de mi ex y sabía que eso no iba a traer nada bueno.

—Es necesario ver las imágenes cuanto antes.

—Entren, se pueden ver desde el ordenador de mi despacho.

Entraron y las gemelas les siguieron. Todos estaban pendientes de la pantalla mientras Byford buscaba una curva en el gráfico. —Solo se encienden si hay movimiento —explicó pinchando la grabación.

Todos acercaron la cabeza a la pantalla cuando la puerta de la escalera se abrió y mostró al portero acercándose a su casa mientras sacaba el spray de la chaqueta. Miró a un lado y a otro antes de pintar la puerta a toda prisa. Todos giraron la cabeza hacia él que estaba rojo como un tomate. —¡Hizo que el administrador del edificio me rebajara el sueldo! ¡Y no me dio aguinaldo en Navidad!

Byford se enderezó lentamente. —¿Me has pintado tú la puerta tres veces? ¡Ahora sí que vas a tener que buscar empleo!

—¿Qué hizo para que le rebajaran el sueldo? —preguntó Imber intrigada.

—No fue culpa mía, señorita. En su mudanza se rompieron cosas.

—¡Las rompiste tú! ¡Un cuadro que costaba un millón de dólares! ¡Y fue imposible restaurarlo!

—Ahora entiendo su cara de estreñimiento el día en que llegamos —susurró su hermana.

—Ya, hermana. —Dio un paso hacia ellos. —Pero seguro que… —Le miró sin recordar el nombre.

—Sheldon, señorita.

—Seguro que Sheldon no lo hizo a propósito y tú lo tenías asegurado. Tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Y encima me pide aguinaldo!

—¿Quiere presentar una denuncia?

—No.

—¡Sí!

Sheldon se echó a llorar a lágrima viva y las gemelas le miraron con pena. Para asombro de Byford ella se acercó y le abrazó. —Fue una rabieta, ¿no es cierto? —Él sollozó sobre su hombro. —No pasa nada. No lo volverá a hacer más.

—No, señorita. No lo haré más.

—¡Porque le he pillado!

—Yo no fui las otras veces, se lo juro.

—Claro, como no tengo imágenes.

Sheldon le rogó con la mirada. —De veras que no fui yo. —Sollozó y apoyó la cabeza de nuevo sobre su hombro. Byford mosqueadísimo porque la abrazaba por la cintura gruñó cogiéndola por el brazo y apartándola para ponerla a su lado.

Los policías reprimieron la risa y él les fulminó con la mirada. Carraspearon poniéndose serios de golpe. —¿Entonces la denuncia la dejamos? ¿Si? ¿No? ¿Puede?

—Gracias por venir, agentes. —Isis sonrió de oreja a oreja. —Nosotros nos encargamos.

—Nena…

—Necesita el trabajo y ya le han rebajado el sueldo. Ya está pagando su penitencia.

—¡Por esto no!

—Pintará la puerta.

Gruñó mirando a Sheldon como si quisiera matarle. —Como vuelvas a tocar algo mío…

—Mejor no le amenace con nosotros delante. —Llevaron la mano a la gorra. —Buenas tardes.

—Les acompaño a la puerta —dijo su hermana encantada.

En cuanto salieron Byford señaló con el dedo al portero que asustado dio un paso atrás. —Más te vale que eso no esté en la puerta cuando se despierte mi hija.

—Sí, señor Wellings.

—¡Y no esperes aguinaldo jamás en tu vida!

Negó con la cabeza. —Claro que no.

—¡Fuera de mi vista!

El portero salió corriendo y contenta a sus espaldas le abrazó por la cintura. —Que bien lo has hecho.

—Pues no me he quedado a gusto.

Rio sabiéndolo de sobra y él se volvió. —Aprovechó que lo habían hecho antes para repetir. Ahora seguro que no lo hace más.

—¿Crees que no ha sido él desde el principio?

Negó con la cabeza. —¿Con lo asustado que estaba? Si le hubiéramos apretado hubiera reconocido que robó caramelos de niño. Estoy acostumbrada a esto y no creo que haya mentido.

Suspiró del alivio. —Por un momento he pensado que me estaba imaginando cosas.

—¿Qué ponían los otros mensajes?

—Lo mismo, básicamente.

—¿Hace cuánto que pusiste las cámaras?

—Un año.

Asintió pensando en ello. —¿No es raro que desde que están las cámaras no haya pasado de nuevo?

Byford entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—No sé… Me parece raro. ¿Cómo sabían que había cámaras?

—No lo sabía ni el portero. La empresa es muy discreta. De hecho vienen vestidos como operarios de telefonía. Dijeron que había un problema con la señal de internet.

—Y vives solo en la planta, así que no pudo saberlo ningún vecino. ¿Amelia estaba en la casa?

—Sí. Lo recuerdo porque me llamó desde aquí para avisarme y me acerqué para hablar con ellos. —Isis se mordió el labio inferior apartándose. —Nena, ¿qué se te está pasando por la cabeza?

—Doris va a ver a la niña a la piscina los lunes y le dice cosas sobre ti.

Asombrado dio un paso atrás. —¿Qué dices?

—Sí, por eso pensé que era ella en lugar de tu mujer. Está muy interesada de que la niña vuelva con su madre.

—Supongo que ahora se habrá quedado sin trabajo.

—Exacto.

Asombrado se sentó sobre la esquina de su escritorio. —Joder…

—Y si va a ver a la niña, ¿no crees que es posible que siga teniendo contacto con Amelia? ¿Y si fue ella quien se lo dijo?

—Doris y Amelia se llevaban muy bien. Pero Amelia entendió que no quisiera que viniera a mi casa cuando me dieron la custodia porque había colaborado en que yo no viera a la niña.

—Pues no puede haber sido otra persona. Ella le habló de las cámaras.

—¿La niña te ha contado algo más?

—Lo que oíste cuando trajiste el jarabe. —Asintió cogiéndola por la cintura y ella sabiendo que necesitaba un abrazo rodeó su cuello con sus brazos. —¿Estás bien?

—No sabes lo harto que estoy de este tema.

—Lo entiendo. —Besó su labio inferior. —Todo mejorará, ya verás.

Byford sonrió. —¿Dormimos la siesta?

—Más quisieras, guapo. Ahora vas a buscar la película para cuando se despierte tu hija, que así le damos una sorpresa porque la espera para el sábado. Y más te vale que la encuentres.

—¿Me castigarás si no lo hago, directora?

—Y será un castigo de los gordos.

Capítulo 8

Abrazó a su hermana de nuevo. —Cuando llegues llámame.

—Claro que sí. Te llamaré veinte veces al día.

—Y quiero saber cada avance.

Hizo una mueca. —Eso si los hay.

—Claro que sí, confío en ti. Llévale una de tus tartas de manzana por tu regreso. Además a su madre le caes mucho mejor que yo.

—Pero te eligió a ti —dijo asustada.

Apretó los labios. —Pues no entiendo la razón porque eres mucho más divertida que yo y eres mucho más guapa… Y…

—Déjalo —dijo su hermana sonriendo.

—¿Sabes? Tienes algo que yo no tendré nunca.

—¿Si? ¿El qué?

—Le atraes sexualmente mucho más que yo.

La miró sorprendida. —¿Y cómo lo sabes?

—Se acostó contigo, ¿no? Conmigo nunca insistió demasiado. Un par de besos castos y a casa.

—¿Besos castos? Pues a mí no me besó de esa manera, te lo aseguro. Empezó así, pero en un suspiro me comió la boca y parecía ansioso, la verdad. Fue…

Sonrió divertida. —No hace falta que entres en detalle que vas a perder el avión.

Los preciosos ojos de su hermana brillaron y la abrazó de nuevo. —Te voy a echar de menos. Nunca hemos estado separadas tanto tiempo.

—Haremos videollamadas.

Su hermana rio. —Dale un beso a la pequeña de mi parte.

—Lo haré. —Emocionada esperó mientras cogía su maleta y se alejaba. Imber miró sobre su hombro y se despidió con la mano.

Apenada porque ya no estaría a su lado se despidió y cuando la perdió de vista entre la gente reprimió las lágrimas. Suspirando se volvió y caminó hasta la parada de taxis. Esperaba que Son le diera una oportunidad porque sino iba a complicar mucho las cosas. De camino a la ciudad se mordió el labio inferior porque su relación con Byford no podía ser más perfecta y cada momento que pasaba al lado de ellos se sentía más de la familia. No podía evitarlo y empezaba a tener miedo de perder lo que tenían. No podía negar que sentía algo de vértigo por abandonarlo todo por él y vivir allí,

pero su corazón se retorcía de miedo solo de pensar en no volver a verle jamás. Intentó alejar ese pensamiento de su mente y cuando llegó a casa entró con la llave que Byford le había dado para encontrarse a padre e hija sentados en el sofá comiendo palomitas.

Ambos la miraron con los ojos como platos como si estuvieran cometiendo un delito grave. Se cruzó de brazos y dio golpecitos con su deportiva sobre el suelo. —Vaya, vaya, espero que tengan mantequilla.

Byford sonrió metiéndose unas palomitas en la boca. —¿Ya se ha ido?

Asintió acercándose a ellos y cogió el perro para sentarse en su sitio al lado de Virginia. —¿La tía Imber volverá?

Se quedó en silencio sin saber qué contestar y miró sobre su cabeza a Byford que respondió —Seguro que en algún momento vuelve a Nueva York, hija.

Cogió palomitas del bol de la niña y se las metió en la boca. Disimulando miró la pantalla para ver que era una película de Disney clásica. Los siete enanitos.

—Al final no comprasteis el vestido de novia.

Se atragantó y empezó a toser con fuerza. Byford divertido alargó el brazo y le dio palmaditas en la espalda. —No hija, creo que

se lo está pensando.

La niña la miró. —Haces muy bien. Tienes sexo con papá, no está bien que te cases con otro.

Roja como un tomate fulminó con la mirada a Byford que se partía de la risa. —No tiene gracia.

—Eso mismo pensaba papá, que no tenía gracia. Se lo decía a mamá muy enfadado. ¿Son también se enfadará, papá?

Byford miró asombrado a su hija perdiendo la risa de golpe. —¿Cómo sabes eso? Eras demasiado pequeña. Pasó hace dos años.

La niña que iba a meterse palomitas en la boca se detuvo en seco y miró a uno y después al otro. Se puso a toser con la palomita en la mano y asombrada vio como intentaba eludir la pregunta antes de dejar el bol sobre la mesa. —Tengo pipi.

Byford se tensó viendo como corría escaleras arriba. Isis se levantó, pero él la cogió del brazo. —Iré yo.

Asintió temiendo que se cerrara a él, pero tenían que intentarlo. Debían fortalecer el vínculo cuanto antes para que se sintiera segura. Se sentó de nuevo y él fue hacia las escaleras. Cuando entró en su habitación se apretó las manos ansiosa y apenas habían pasado dos minutos cuando corrió escaleras arriba a ver si se enteraba de algo. Suspiró de alivio porque Byford no había cerrado

del todo la puerta y la empujó levemente para escuchar —¿No me lo vas a contar?

—¿Dónde está Isis? —preguntó angustiada.

—Está abajo —respondió suavemente—. Yo soy tu padre y lo que has contado me afecta a mí, ¿no crees?

—No me acuerdo.

Se mordió el labio inferior porque si no se lo decía ya no se lo diría a nadie y era importante saberlo. Iba a abrir la puerta cuando escuchó —No me voy a enfadar.

—¿De veras?

—Te lo prometo, no me voy a enfadar.

Pudo imaginar como miraba a su padre de reojo evaluándole. Esperaba que Byford sonriera. —Me lo contó Doris el otro día.

—Así que ves a Doris —dijo como si no supiera nada.

—En la pisci. Me lleva caramelos y me da besos.

—Y te habla mal de mí. —La niña se mantuvo en silencio. —No pasa nada, cielo.

—¿De veras? —Por su voz supo que estaba al borde de las lágrimas. Isis se llevó una mano al pecho porque lo estaba haciendo muy bien. Se estaba abriendo a él.

—Eh, no quiero que te disgustes por esto.

—¿Mañana podré verla? —A Isis se le cortó el aliento.

—Yo no hablaría con alguien que me hablara mal de ti, cielo. Pero es tu decisión.

—Está mal, ¿verdad? A veces me dice cosas que no me gustan.

—¿Como qué, cielo?

—Que tengo que odiarte y pelear por todo. No me gusta.

—¿Te gusta vivir aquí?

—Ahora que está Isis sí. Me gusta. Siempre me habla. Está conmigo…

—Pero esto es temporal. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, un mes. Por las vacaciones. Papi…

—¿Si?

—¿Por qué no te casas con ella?

Isis dejó caer la mandíbula del asombro y pegó la oreja a la ranura. —Nos acabamos de conocer. —Entrecerró los ojos porque esa contestación no le gustaba un pelo. —¿No crees que es un poco pronto para una decisión tan importante?

—No.

Byford se echó a reír. —Eso es algo que tengo que pensar con detenimiento. —O sea que no. Gruñó por dentro. —Ya veremos lo que ocurre, ¿de acuerdo? De momento aprovecha a que está aquí.

—Escuchó una risita de la niña. —Además si me caso será tu mamá aquí y debo elegir muy bien.

—Yo quiero a Isis. —Esa era su niña.

—Ya, pero ella tiene su vida en Montana.

—Pues que se mude.

Byford se echó a reír. —Lo pensaré, ¿de acuerdo? No prometo nada más.

Sería cabrito… No prometo nada más. ¿Qué había que pensar? O estaba enamorado de ella o no. Pensativa se alejó de la puerta y bajó los escalones temiendo que para él fuera una aventura como le había propuesto desde el principio. Él no se va a enterar, eso le había dicho. Y hacía unos minutos se había partido de la risa con el tema del vestido de novia. ¿Se estaba riendo de ella? No, lo que pasaba es que encontraba muy divertido tener una aventura con una mujer comprometida, que se había acostado con él antes que con su novio. Pues no pensaba decirle que ya no había boda con Son hasta que hiciera algo que indicara que la quería. Para orgullo el suyo.

Levantó la barbilla y se dirigió a la cocina como si fuera a la guerra dándole vueltas al asunto. Byford debía darse cuenta de lo que sentía por él. ¡Se había acostado con él cuando Son casi ni le había tocado un pelo! Eso era un indicativo de que la volvía loca,

¿no? Sintió un nudo en la boca del estómago al pensar en cuando pasara el mes y no llegaran a ningún sitio. ¿Qué iba a hacer?

La puerta se abrió y ella disimulando abrió la nevera antes de mirar sobre su hombro. Byford entró preocupado y se acercó a ella cogiendo una cerveza.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho?

—Que ve a Doris en la piscina —susurró—. Habla bajo que está en el salón viendo los dibujos.

—Está muy bien que te lo cuente.

—No le he prohibido verla cuando me muero por hacerlo.

—Debe darse cuenta de lo que está bien y lo que no. Tranquilo, se enterrarán solas.

—¿Mañana la llevarás tú?

Sonrió maliciosa. —Me encanta la piscina, ¿no lo sabías?

Él sonrió cogiéndola por la cintura para pegarla a su cuerpo. —Debes estar genial en bañador.

—De eso no tengo.

Byford rio antes de darle un beso en los labios. —Allí podrás comprarte uno. No queremos que provoques un tumulto.

—Pues solucionado. —La besó de nuevo y se alejó con la cerveza en la mano. —¿A dónde vas? —La miró sin comprender y ella

levantó la bandeja del pollo. —Hay que hacer la cena, amigo. Y te toca a ti, porque todo lo que había dejado Amelia para estos días que no ha venido, ya se ha terminado. Así que a cocinar.

Parecía que no se lo creía. —¿Perdón?

Se echó a reír. —¿No sabes cocinar?

—Preciosa tengo muchas virtudes, pero cocinar no es una de ellas. —Bebió de su cerveza.

Ella tiró la bandeja sobre el mármol y fue hasta él cogiendo su cerveza. —Tranquilo, lo comeremos igual. —Salió de la cocina dejándole con la boca abierta e Isis soltó una risita antes de beber de su cerveza.

Llevando a Virginia de la mano pagó su bañador y la entrada riendo de lo más divertida porque la niña le había preguntado si Amelia haría la cena esa noche. —No, cielo. No tenemos esa suerte. No empieza a trabajar hasta mañana.

La niña rio pasando el torno y ella lo hizo detrás. —Podemos pedir pizza.

—De eso nada, monada.

—Me encanta la pizza.

—Y a mí, pero no me la como todos los días. Y la cenaste ayer después de que tu padre quemara el pollo, que mira que es difícil.

—No ha cocinado nunca. —Cogió su mano de nuevo y señaló una puerta. —Ahí están los vestuarios.

—Pues vamos allá que quedan quince minutos para la clase.

—Amelia se queda fuera cuando me acompaña.

—Ya, pero yo voy a dar unos largos ya que estoy aquí.

La miró de reojo como si quisiera decirle algo, pero Isis se hizo la loca abriendo la puerta para que pasara delante. Una mujer de unos cincuenta años sonrió al ver a la niña. —Cielo… —Abrió los brazos.

Virginia corrió hacia ella y la mujer la abrazó. Al darse cuenta de que Isis se acercaba, la mujer se tensó levantando la vista. —¿Es su niñera?

—Soy mucho más que eso —dijo muy seria mirando sus ojos grises.

—Es Isis —dijo la niña sentándose en el banco—. La novia de papá.

Pareció tan sorprendida mirándola de arriba abajo que supuso que no se parecía en nada a su ex. Virginia se quitó sola las zapatillas y Doris se agachó para ayudarla a desvestirse. —Puede

sola —dijo fríamente—. Es muy lista y sabe vestirse por ella misma, ¿verdad, cielo?

—Sí. —Miró a Doris sonriendo. —¿Me has traído caramelos?

—Claro que sí —respondió incómoda. Se volvió para sacar la bolsita de su bolso y Virginia a toda prisa la metió en la mochila.

—Son para después.

—¿Y qué se dice cuando te regalan algo?

—Gracias.

Sonrió aprobando su comportamiento.

—No hace falta que me des las gracias.

—Sí hace falta —la contradijo con firmeza quitándose la camiseta —. Debe ser amable con todo el mundo y corresponder con educación.

—Sí, papá dice que siempre dé las gracias. —Virginia se quitó la camiseta y Doris apretó los labios antes de fulminarla con la mirada.

—Y hace muy bien.

La niña se levantó y se desabrochó los pantaloncitos. —¿Sabes que papá me ha traído un cachorro?

—No, no lo sabía.

Isis se desnudó con naturalidad ante esa mujer y abrió la bolsa del bañador rojo. —Al parecer no has hablado con Amelia

últimamente, ¿verdad Doris?

Eso sí que la sorprendió. —Hace mucho que no la veo.

La niña se enderezó tirando de su bañador de Mickey por los tirantes e Isis sonrió agachándose ante ella para ajustarle los tirantes sobre los hombros.

—Mira, ahí viene Sara. —Una niña de su edad muy rubia se acercó corriendo. —Llegas tarde.

—Mamá ha querido un café de Starbucks. —Tiró la mochila a un lado y se quitó la camiseta mientras Isis recogía los rizos negros de Virginia para hacer una cola. —¿Quién es? Hola, Doris.

—Hola, preciosa.

—Es la novia de papá.

La niña se acercó y dijo por lo bajo —La de mi papá es mucho más fea.

Virginia soltó una risita y levantó la vista para mirarla. —Se llama Isis.

—Qué nombre más raro. —Estaba claro que la niña no se cortaba y eso la hizo reír. En ese momento entró una mujer preciosa con un café en la mano. —Mami, ella es Isis.

—Cielo, date prisa. —La miró sonriendo y alargó la mano. —Encantada, soy Beth.

—Mucho gusto. —Después de darle la mano la miró de reojo mientras cogía el gorro de la niña. —¿Un mal día?

—Un día pésimo. Mis alumnos de la clase de verano han decidido hacerme la vida imposible —Levantó una ceja hacia Doris que estaba allí parada como si no supiera qué hacer—. Hola Doris.

—Beth… —Al darse cuenta de su mirada inquisitiva cogió su bolso. —Bueno, yo me voy. —Sonrió a Virginia. —Espero que nades como un pececillo.

—Gracias —contestó mientras Isis le ponía el gorro.

Doris sonrió y levantó la vista hasta ella. —Me alegro de haberte conocido.

—Lo mismo digo —respondió muy tensa.

La mujer apretó los labios antes de salir de allí a toda prisa. Las niñas se pusieron a hablar y Beth se acercó. —Cuidado con esa. Siempre está cuchicheando con la niña mientras la viste. Y me he dado cuenta de que Amelia no sabe que está aquí.

—¿Por qué no entra en el vestuario?

—Un día la niña le montó tal pollo ante el vestuario que Amelia no entró más. Decía que podía ponerse el bañador sola. Creo que esa le dijo que lo hiciera porque fue entrar y la niña sonrió triunfante como si hubiera conseguido su objetivo.

Asintió recogiendo las cosas y metiéndolas en la taquilla. La estaba cerrando y Beth se acercó como si nada. —¿Eres su nueva niñera?

—Estoy intentando ayudar en verano. —Miró sus ojos castaños. —Su padre necesitaba ayuda.

Beth asintió. —Sí. Pero socializa bien la mayoría del tiempo —dijo mirando a las niñas.

—Lo sabes todo, ¿no?

—Lo que no sé me lo imagino. Veo casos así a menudo en mi centro.

—Yo también soy profesora.

—¿De qué materia?

—Este año he dado historia, pero doy de todo —respondió divertida—. Trabajo en un colegio pequeño y damos lo que haga falta.

—Es la directora —dijo Virginia orgullosa.

Cogió las toallas asegurándose de que llevara las chanclas puestas. —Y de las malas.

Virginia se echó a reír y Beth entrecerró los ojos observando como ella y su hija iban contentas hacia la puerta. —Chica, eres realmente buena.

—¿Por qué dices eso?

—Ya me imagino para qué te habrá pedido ayuda su padre y debo decir que con lo poco que he visto estoy impresionada.

—He estudiado psicología infantil.

—Así que también eres la psicóloga del centro.

—Pues sí, falta de recursos.

Se acercó a ella. —¿Y cómo lo has hecho? En unos días está mucho más abierta, más risueña…

—Solo la he escuchado sin presionarla demasiado.

—Pues tengo un caso terrorífico en mi clase. Tiene un comportamiento pésimo. Ya no sé qué hacer con él. Si le castigo malo y si le ignoro me revoluciona toda la clase. Hasta me ha insultado. Le he enviado al director varias veces y dos días después allí estaba otra vez haciendo lo mismo. Y encima como lo ha suspendido casi todo tengo que verle también en los cursos de verano. Hoy me llegó con una revista porno que a saber de dónde la ha sacado y solo tiene once años.

—¿Sus padres?

—Pasan totalmente de él. Mientras esté en el colegio… ¿Qué harías tú?

—Sin verle no sabría qué decirte. —Sonrió porque Virginia corría hasta la piscina infantil y su profesora la saludaba con una sonrisa antes de darle un flotador para la cintura. —Lo de ella es distinto. Es más pequeña y solo necesita sentirse segura en su nuevo hogar a pesar de lo que hace su madre.

—Uff, menuda bruja.

La miró sorprendida. —¿La conoces?

—Claro, es Marion Preasley. Bueno, ahora no se apellida así, pero fue una modelo reconocida que iba de fiesta en fiesta. Su boda fue sonada, ¿no lo sabías?

—No —susurró sintiendo un nudo en la garganta. ¿Modelo? ¿Cómo que modelo? Ella pensaba que era una mujer normal, ¿y ahora se encontraba con eso? Porque ella no se parecía en nada a una modelo y si Byford estaba acostumbrado a mujeres así, debía haber alucinado con ella que ni se había depilado en condiciones.

—Pues sí. —Se sentó en las gradas y bebió de su café. —Una lagarta, te lo digo yo.

—¿Y cómo lo sabes? —Interesada se sentó a su lado. —¿La conoces en persona?

—La conozco de oídas y eso ya es bastante. Toda su vida se cuenta en las revistas. Ahora está en la Riviera con su último

amante. Un Marqués o un Duque que conoció en una gala. A ese quiere sacarle la pasta como a su marido. Con veinte millones nada menos se quedó.

—¿Veinte millones de dólares?

—Fue un juicio muy mediático que acabó en un acuerdo muy beneficioso para ella antes de que el juez sentenciara, cuando era evidente que esa bruja iba a perder la custodia de la niña. El juez era de esos estirados y su vida en la prensa no la ayudaba nada. Eso y las borracheras que se pilla en las juergas que se mete. Supongo que él le ofreció el acuerdo a ver si así se libraba de ella, pero no creo que lo consiga porque desde que firmaron ya la han detenido dos veces borracha. Tenías que ver el descaro con que le echó la culpa de eso a su marido porque le había quitado a la niña y dijo con chulería que iba a hacer lo que fuera necesario para que se la devolvieran. Cuando conocí a Virginia aquí supe que tenía mucho que ver en el comportamiento de la niña. No me parece que esa mujer esté muy bien de la cabeza. He visto declaraciones suyas y a veces no sabe ni lo que dice. —Isis volvió la vista hacia la piscina donde Virginia reía salpicando a Sara. —Joder, lo que ha cambiado. Al principio se quedaba en una esquina y casi no hablaba con nadie. Sobre todo cuando Doris se sentaba en las gradas para mirarla.

—¿Doris se quedaba?

—Oh, sí. Cuando venía antes de que se la entregaran a su padre se sentaba con las otras niñeras. Después del acuerdo sucedió lo del vestuario y la esperaba allí. Aquí ya no la vi más. En ese momento fue cuando la niña empezó a relajarse un poco y a disfrutar de las clases.

—Así que Amelia nunca supo que venía.

—No. Una vez iba a decírselo, porque ese día cuando habló con Virginia la niña parecía a punto de llorar, pero mi hija se hizo daño en una rodilla al golpearse contra la pared de la piscina y fui a ver por qué lloraba. Entre que a veces es mi ex quien trae a la niña y que pasó el tiempo, ya no me atreví a decir nada. —La miró a los ojos. —Marion os va a hacer la vida imposible.

Se sonrojó ligeramente. —¿Nos va a hacer? Yo me voy en un mes y…

—Ah, que no estáis juntos —dijo maliciosa.

—No seas cotilla.

Beth se echó a reír. —Eres tan transparente… Tendrás que endurecerte si te quedas aquí.

—No voy a quedarme. Sobre ese niño…

—Sí, ya… cambia de tema.

—¿No tenías interés en él?

—Soy toda oídos.

La niña entró en casa corriendo y gritó —¡Príncipe!

El perrito salió del despacho como un rayo y se acercó a su dueña que chilló encantada arrodillándose en el suelo para cogerlo en brazos. Byford salió sonriendo del despacho. —¿Qué tal la natación?

—¡He aguantado la respiración mucho, papá! Pero tenías que haber visto a Isis, parece una sirena.

Se la comió con los ojos. —Solo hay que verla.

—Virginia sube a por el libro que vamos a leer un poco.

—Jo.

Ella levantó una de sus cejas pelirrojas y la niña gruñó por lo bajo yendo hacia las escaleras. Byford sonrió divertido. —Tu padre leerá contigo.

Su hija salió corriendo y Byford perdió la sonrisa de golpe. —Nena, tengo…

—Ah, no. ¿Lo recuerdas? Después de las cinco hasta que se acueste eres todo suyo.

La niña apareció en la escalera y le mostró un libro. —¿Este papá?

Él negó con la cabeza. —No, que ese te lo sabes de memoria. Ninguno de princesas.

Le miró asombrada. —¿Se los sabe de memoria?

Se acercó a ella. —Me lo dijo una niñera que intentó que aprendiera a leer. Se dio cuenta que ya se los habían leído tanto que se los sabía de memoria.

La niña bajó las escaleras a regañadientes y ella se volvió sorprendida. —¿Me has engañado, Virginia?

—Es que sino no me dejarías ver los dibujos.

—¡Pues hoy sí que no los vas a ver! ¡Hemos perdido horas con cuentos que ya te sabes!

La miró arrepentida. —¿Estás enfadada conmigo?

—¡Sí! —Se acercó a ella y la sujetó por la cintura para cogerla en brazos antes de sentarla en el sofá sobre sus rodillas. —Abre el libro, Virginia.

—Es que esto no se me da bien —dijo al borde de las lágrimas.

Byford apretó los labios dando un paso hacia ellas. —¿No confías en mí? —preguntó en un tono más suave.

—Sí, pero…

—Yo te enseñaré. —Pasó las manos por sus mejillas para borrar sus lágrimas con los pulgares. —Abre el libro y empecemos. —Sorbiendo por la nariz abrió la tapa dura del cuento que eran los tres cerditos. Su padre se sentó en el sofá a su otro lado y vio las dificultades que su hija tenía para leer. Conocía las letras, pero tenía problemas para unirlas. Byford la miró preocupado por encima de su hija y ella negó con la cabeza sonriendo a la niña cuando pasó la hoja. —Muy bien. Esto es solo practicar y practicar. Conociéndote algún día deletrearás tan bien que hasta irás al campeonato nacional.

Los ojos de la niña brillaron. —En mi cole van.

—Claro que sí y si trabajas duro tú irás también.

La niña puso el dedito en la hoja y siguió la palabra mientras la pronunciaba. Cuando terminó miró a su padre sonriendo y este la correspondió. —Muy bien, hija.

Ella encantada por su atención continuó y la corrigieron cuando era necesario. Estuvo dos horas leyendo y cuando Isis dijo que ya estaba bien por ese día saltó de sus rodillas para ir a buscar a su perrito. Byford se acercó a ella y pasó su brazo por sus hombros. —¿Todo va bien?

—Aprenderá como me llamo Isis, tranquilo.

Él sonrió cogiendo uno de sus rizos. —Eso no lo dudo. —La besó en los labios suavemente. —¿Estaba allí? ¿Hablaste con Doris?

—Sí, pero me libré de ella cuando se dio cuenta de que la niña no le hacía ni caso. —Le abrazó y le susurró al oído —Le dijo que yo era tu novia. —Él acarició su espalda. —No pareció sentarle muy bien.

—Isis. Isis. Isis.

Confundida se apartó y frunció el ceño. —¿Qué es eso?

—Tu móvil —dijo la niña desde la puerta de la cocina—. La tía Imber te cambió el tono para cuando te llamara.

—Qué graciosa. —Se levantó y fue hasta su bolso. —Cariño, el perro. —Descolgó para ver como ponía los ojos en blanco. —¡Virginia no comas nada que luego no cenas! —Se puso el teléfono al oído. —¿Ya le has visto?

—Tú sí que vas al grano.

Se alejó porque Byford la miraba interesado. —Déjate de rollos. ¿Le has visto?

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Se ha ido a Great Falls por negocios. No vuelve hasta el viernes.

—Mierda.

—Sí, mierda. ¡Voy a perder casi una semana!

—Este sábado en el Rees.

—No voy a ir sola. ¡Está lleno de vaqueros! ¡Creerá que busco guerra!

—Pues dile a la prima Lucy que te acompañe.

—Está bien.

—Oye guapa, encima no te pongas rebelde. ¡Tienes que solucionar esto!

—Muy bien, ¿de acuerdo? Haré lo que sea. ¿Y a ti cómo te va?

Miró de reojo a Byford que la observaba sin perder palabra. —¡Byford, el perro!

—Ya voy, nena —dijo como si nada sin moverse.

—Yo lo saqué al mediodía y esta mañana. Que tienes una cara…

—¿Estás hablando conmigo o con él?

—Con él. ¿Tú tienes perro?

—Ya hablas como una esposa regañona.

Jadeó ofendida. —¿Regañona yo? —Byford se echó a reír y ella indignada apartó el teléfono. —¿Crees que soy regañona?

Él se echó a reír más fuerte lo que le sentó como una patada en el estómago. Eso y que su mujer hubiera sido modelo era lo que le

faltaba para rematar el día. Se puso el teléfono al oído. —Espera un minuto —dijo entre dientes yendo hasta su bolso y colocándoselo en el hombro.

—¿Estás bien? Pareces a punto de explotar como cuando te dije que me había acostado con tu novio.

—¡Casi! —respondió yendo hacia el hall.

Byford perdió la risa de golpe levantándose. —Nena, ¿a dónde vas?

—¡A mi casa! —respondió dando un portazo.

Al salir sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas llamando el ascensor. —¿Pero qué pasa?

—Cree que soy regañona y no soy como su ex.

—¿Como su ex? ¡No tienes que ser como ella! ¡De hecho cuanto menos te acerques a su manera de ser mucho mejor!

—Es modelo. ¡He visto su foto en internet y es una rubia con piernas kilométricas que casi le llegan al cuello!

La puerta se abrió de golpe y su hermana gimió. —No fastidies.

Sorbió por la nariz viendo cómo se acercaba preocupado. —Nena, no eres regañona.

Perdiendo los nervios se volvió. —Qué haces conmigo, ¿eh?

La miró sin comprender. —¿Qué?

—Es por la niña, ¿no? ¡Por eso estás conmigo! ¡Porque sino no lo entiendo!

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —preguntó su hermana al teléfono.

Él cogió el teléfono de su mano y colgó. —¿Le has colgado a mi hermana?

—¡Es que creo que esto es mejor hablarlo en privado! —dijo cabreado—. ¡En serio me has preguntado por qué estoy contigo!

—¡Sí! —le gritó a la cara.

—¡Porque te deseo! —Su corazón saltó en su pecho. —¿No es suficiente?

Bueno, no era una declaración de matrimonio, pero no estaba mal. Emocionada le miró a los ojos. —¿Me deseas?

—Nena, ¿qué pasa? —La cogió por la cintura pegándola a él. —Porque creo que he demostrado mil veces que me vuelves loco.

Se sintió muy estúpida pero aun así decidió ser sincera. —Tu mujer no se parece en nada a mí.

Byford se tensó y apretó los labios. —¿Y cómo lo sabes?

—En la piscina una madre habló conmigo y una cosa llevó a la otra. La he visto en internet.

Sintió como se cabreaba y daba un paso atrás. —Tienes razón, es mejor que hoy te vayas al hotel. —Se quedó de piedra cuando entró

en su casa cerrando la puerta.

¿Le había sentado mal que buscara una foto suya en internet? La curiosidad era algo normal y más en un caso así. Entonces lo entendió. Él no quería más que una aventura y tanto drama le había puesto en guardia. Se estaba poniendo demasiado intensa y que se preocupara por saber cómo era su mujer anterior le había mosqueado, pero sobre todo le había alertado sobre que ella sentía mucho más que él en esa relación. Reprimiendo las lágrimas entró en el ascensor.

—Isis, Isis, Isis…

Descolgó el teléfono cuando se cerraron las puertas. —¿Qué ha pasado? —preguntó su hermana de los nervios.

—Me voy al hotel.

—¡No! Pero vuelves mañana, ¿no? ¡No puedes regresar ahora! ¡Ni me mirará!

—¡Te veo muy preocupada por mi futuro!

—Tu futuro está al lado de Byford, así que no puedes venir. ¡Búscate la vida!

—Muy sensible, hermana.

—¿Sabes las broncas que me he ganado en cuanto llegué a casa? ¡La tía Grace me ha pillado!

Frunció el ceño sin comprender. —¿Perdón?

—¡En cuanto llegué del aeropuerto me hicieron un interrogatorio de tercer grado porque no se creían que habías conseguido un trabajo buenísimo para este mes! No me dejaron levantarme hasta que lo canté todo.

—¡No! —gritó al teléfono.

—Tengo la oreja roja como un pimiento. ¡Nunca me la han retorcido tanto!

—¿Pero cómo se te ocurre? ¿Estás loca?

Su hermana gimió. —Lo siento, pero me dolía mucho la oreja.

—Oh, por Dios… qué cría eres. ¡A ver si te impones!

—Ya, ya… La que llora porque no se parece a la ex de su amante. —Si la tuviera delante la mataba. —Tenías que ver la cara de la tía Gretel cuando lo dije todo.

—¿La tía Gretel también estaba?

—Había ido a la casa para saludarme. Y a ver si le había llevado algo de Nueva York. Por cierto, se han pirrado con las camisetas…

—¡Imber!

—Uy, sí que me he desviado. Estás muerta.

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—Sí, porque a mi Son lo conocen y están encantadas de que se quede en la familia, pero al tuyo no lo han revisado y…

—¿No vend…?

—Mañana las tienes ahí. Y porque no tenían vuelo hoy que sino…

—¿Y cómo no me avisaste ayer? —gritó saliendo del ascensor. Sheldon sonrió llevándose la mano a la gorra y ella sonrojándose forzó una sonrisa—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

—¿Estás ahí? —preguntó su hermana

—Sí Imber, estoy aquí. ¡Aunque mañana o pasado ya estaré ahí!

—No pude avisarte —dijo por lo bajo—. Me quitaron el móvil para que no te avisara y no me sé tu número de memoria.

—Cuando te pille… ¡Ahora sí que lo has estropeado todo!

—Vuelve a su casa y déjalo alelado a polvos para que cuando lleguen las tías pida tu mano de inmediato.

—¿Estás loca?

—¡Haz lo que te digo! Ya le echarás la bronca cuando el sacerdote diga marido y mujer. ¡Ahora no es el momento!

—No pienso volver —dijo entre dientes.

Cuando algo cayó a su lado casi aplastándola chilló asustada saltando hacia atrás y atónita vio que era la mochila de Virginia que

había llevado a la piscina. La cogió asombrada y miró hacia arriba para verla encaramada a la ventana. Chilló de nuevo corriendo hacia el edificio. El portero que estaba al lado del ascensor pulsó el botón para que subiera y entró antes de que se abrieran las puertas del todo. Muerta de miedo pulsó el último piso y le pareció que tardó una eternidad en cerrarse. Angustiada miró las luces y cuando se abrieron las puertas salió de costado para ver a la niña en la puerta. Dejó caer los hombros al ver que estaba bien mientras Virginia se acercaba a ella cogiendo la mochila de su mano. —Gracias.

Parpadeó asombrada mientras entraba en la casa dejando la puerta abierta. ¡No se lo podía creer! Entró en la casa y cerró de un portazo. En ese momento salió Byford de la cocina con una espátula en la mano. —¿Has vuelto?

—¡Mañana quiero que pongas un cerrojo a esas ventanas! —gritó aún con el miedo en el cuerpo—. ¡Tu hija me ha tirado la mochila y casi se mata para hacerlo!

Byford levantó una ceja. —Nena, no hace falta que mientas. Te perdono. Son inseguridades tontas de mujeres, ¿verdad?

Abrió la boca del asombro mientras se acercaba y le ponía la espátula en la mano. —Te toca a ti hacer la cena. Voy a sacar el

perro. —Silbó y Príncipe corrió hacia él. Se giró para ver cómo se largaba como si nada.

La niña se puso ante ella y le mostró el bañador mojado poniéndoselo en la otra mano. —¿Mañana vamos a la otra pisci? Sara va a ir.

Tiró el bolso y lo demás al suelo antes de cogerla en brazos para abrazarla. —Me has asustado.

—Lo siento.

—No lo hagas más. —La abrazó con sus bracitos. —No vuelvas a hacerlo, por favor.

—Vale. —Se apartó para mirarla y la niña la besó en la mejilla antes de abrazarla de nuevo. —No te vayas.

—Cielo, algún día tendré que regresar a mi casa.

—No quiero que te vayas. —Isis se sentó en el sofá con ella encima y la apartó para mirarla a los ojos. —Por favor…

—Aunque me vaya siempre estaré si me necesitas. Solo tienes que llamarme.

—¿Me lo prometes? —preguntó triste.

—Te lo juro por mi vida. —La besó en la sien y se levantó llevándosela con ella, —Ahora vamos a hacer la cena.

—¿Pizza?

Se echó a reír. —Casi cuela.

Capítulo 9

Cuando salió de la habitación de acostar a la niña entrecerró los ojos por la luz encendida de la habitación de Byford. Fue hasta la puerta para encontrárselo sentado en la cama desnudo de cintura para arriba leyendo unos documentos. —Nena, ¿quieres ser la tutora de la niña en caso de que a mí me pase algo?

Se quedó sin aliento. —¿Qué?

—Voy a llevar a mi ex al juzgado para impedir que pueda acercarse a Virginia nunca más. De hecho voy a pedir una orden de alejamiento.

—¿Puedes hacer eso?

—He hablado con mi abogado y si puedo demostrar que su compañía es perjudicial para la niña no me costará. —Hizo una mueca. —Excepto por el millón de dólares que tendré que gastarme, claro.

Se sentó en la cama. —¿Y cómo vas a demostrar eso?

—He llamado a Amelia. —La miró a los ojos. —Va a declarar. Y tú declararás.

—¿Yo?

—¿No lo harías por su bien?

—Claro que sí, pero…

—Eres psicóloga infantil y una reputada educadora. Además mi abogado tiene psicólogos que dirán lo que queramos que digan.

—Pero la otra parte nos rebatirá.

—Lo intentarán, pero tengo algo que no tiene Marion.

—¿El qué?

—A Doris. —Sin comprender separó los labios. —Esta tarde vi como salía de la piscina y la abordé.

—¿Y por qué me preguntaste si me la había encontrado? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿No te fías de mí?

—Nena, no digas tonterías. No quería revelarte todavía que la había visto porque no había hablado con mi abogado —dijo como si nada—. Va a declarar a nuestro favor.

Incrédula pensó en ello. —¿Eso quiere decir que la amenazaste?

—Pienso hacer lo que sea necesario para que mi hija siga tan bien como ahora —dijo fríamente—. Y pasaré por encima de quien sea. El maltrato psicológico es delito y si hace falta las enviaré a prisión para que mi niña no sufra de nuevo. ¿Acaso hago mal?

—No, yo haría lo mismo —respondió muy seria haciendo que sonriera. Dejó los papeles sobre la mesilla y alargó la mano, pero Isis se levantó—. Creo que debería irme al hotel.

Él dejó caer la mano. —Ya hemos hablado de esto.

—¿De veras? —Se cruzó de brazos. —¿Ya hemos hablado de esto? ¡Me dijiste que me fuera al hotel! ¡Y te cabreaste! ¡Encima!

—Shusss… —Apartó las sábanas para levantarse y estaba en cueros. —Vas a despertar a la niña.

Al ver su sexo erecto jadeó señalándole. —¡Sí, nena… este es el efecto que sueles tener en mí! ¿Qué quieres que te diga? Me mosqueé, ¿vale? ¡Me cabreó que buscaras su foto! —Dio un paso hacia ella.

—¿Por qué?

—No tiene que ver con nosotros. A saber las cosas que habrás leído en la red. ¡No la metas entre nosotros, joder!

—¿Entonces hay un nosotros? —Sus ojos brillaron de la alegría.

La cogió por la cintura pegándola a él. —Para casarte con otro dentro de poco, te veo algo impaciente porque se defina nuestra relación.

—¿Es confuso?

—Sí, preciosa. Muy confuso —dijo con voz ronca—. Pero ya lo discutiremos luego.

Pero no discutieron nada en absoluto porque hicieron el amor de una manera tan apasionada durante toda la noche que se quedó dormida del agotamiento y hasta tuvo que despertarla la niña. Dejó a Virginia vistiéndose y al llegar abajo encontró su móvil encima de la mesa de al lado del sofá. Tenía cinco llamadas perdidas de su hermana y recordó que estaba hablando con ella cuando el episodio de la mochila.

Entró en la cocina e iba a pulsar el botón cuando se dio cuenta de que Amelia la miraba de reojo. —Buenos días, Amelia.

—No lo sabía. —Otra que era de ir al grano. —Lo juro, no sabía que Doris acosaba a la niña. Si lo hubiera sabido… —Reprimió las lágrimas. —Pobrecita.

—Eh… —Se acercó y la abrazó. —No es culpa tuya. Intentaremos solucionarlo.

—Sí, el señor ya ha hablado conmigo y haré lo que sea necesario.

—Ahora límpiate que Virginia está a punto de bajar. —Al ver las tortitas en forma de corazón levantó una ceja. —¿Es domingo y no me había dado cuenta?

—No, pero nuestra princesita bajó a beber agua en cuanto se despertó y me ha dicho que no las habíais hecho el domingo porque desayunasteis camino del parque.

—Y en la cafetería pidió tortitas.

Dejó caer la mandíbula. —Qué lista es.

—Demasiado. Imagínate cuando tenga catorce.

Amelia soltó una risita y ella fue hasta la mesa. —Bueno, ya están hechas y no se van a tirar. —Cogió la jarra del zumo y se sirvió. Se sentó y bebió de su vaso. —Amelia, ¿cómo es que no vives aquí?

Ella apretó los labios. —Yo antes era interna, ¿sabes? De hecho cuando se casaron había dos personas internas en la casa.

—Doris y tú.

Asintió agachando la mirada y cogiendo los platos. —Sí.

—¿Y por qué cuando Byford se mudó aquí no te quedaste interna?

—El señor habló conmigo y dijo que quería tener intimidad en su casa. Hace dos años cuando se separó se despendoló un poco,

¿sabes?

—¿No me digas? —preguntó irónica.

—Estaba recién separado y muy dolido. Pasaba por aquí una mujer cada noche hasta que llegó la niña.

—Pues que bien.

—Tú eres la primera mujer con la que se relaciona desde que Virginia ha llegado.

Se le cortó el aliento. —¿De veras? —A ver si estaba con ella porque la tenía a mano.

—Sí, entre el trabajo y la niña no daba a vasto.

Genial.

—Y no me lo propuso de nuevo. Aunque yo creo que cuando vio que las niñeras no se quedaban más de dos días quiso pedírmelo varias veces, pero no se atrevió. Me quedé un par de veces por viajes de negocios, pero no volvió a decirme que necesitaba una interna.

—¿Tú lo harías?

—Claro que sí. Además me ahorro mucho dinero. Cuando era interna recogía lo de la cena y salía o me iba a mi habitación. Ya no me necesitaban. Pero ahora tengo una hora de trayecto hasta casa y por la mañana lo mismo para llegar hasta aquí porque solo puedo

permitirme un alquiler en Brooklyn. Además aquí me ahorro hasta la comida. Ganaba mucho más antes, te lo aseguro. Y no me importaba quedarme con la niña si Doris tenía el día libre. Lo pasábamos muy bien juntas.

Asintió y cuando la puerta se abrió sonrió a Virginia. —Ven aquí, señorita. Voy a explicarte que no hay diferencia entre decir una mentira y no decir la verdad del todo para conseguir lo que se quiere.

Al ver las tortitas sonrió de oreja a oreja con cara angelical. —No se tira la comida. Me lo has dicho.

Se echó a reír porque cada día la sorprendía más y la cogió por la cintura llenándola de besos.

Byford rio por lo bajo y pasó un brazo por encima de sus hombros para pegarla a él. —Voy a tener un montón de quebraderos de cabeza con ella, ¿no?

—Prepárate, chaval. ¿Sabes lo que ha hecho en la piscina? —Levantó la vista para mirar sus ojos. —Se ha tirado a la de adultos casi provocándome un infarto y nadó hasta el bordillo. Los gritos que le metí se oyeron en todo Nueva york y sonrió satisfecha consigo

misma porque había perdido el miedo. Ahora la que voy a estar aterrada seré yo cada vez que la lleve. —Byford se echó a reír a carcajadas. —Cariño cómprale uno de esos chalecos infantiles porque sino no llegaré a los treinta.

—Así no aprenderá a nadar.

—Para eso va a las clases.

—Y tiene que practicar. Cuanto más mejor. Y llegó al bordillo. —La besó en la frente. —Relájate.

Gruñó mirando hacia la televisión. Había perdido el hilo de la película totalmente. —¿Y qué tal tu día?

Él suspiró. —Mal, este trato al que he llegado contigo hace que se me acumule el trabajo.

—Si quieres estrechar el vínculo…

—Lo sé. Solo lo estaba diciendo en voz alta.

—¿No puedes delegar algo de trabajo?

—Tengo dos candidatos dentro de la empresa. Veremos si me decido. —Acarició su hombro. —Pero…

—¿Pero?

—Nena, el domingo tengo que ir a Washington. Tengo una reunión con una empresa muy importante. Llevo esperando esta cita un año.

—¿Te han hecho esperar un año? —preguntó indignada—. ¿Quién se creen que son?

—¿Mi principal competencia?

—¡Espero que les absorbas o eso que hacéis los empresarios! Como Richard Gere en la película.

Acarició su sien. —No hago precisamente eso. De hecho hago lo contrario.

—Qué pena. Esa vena maléfica me ponía mucho.

—¿No me digas? —preguntó tumbándola en el sofá para besarla en el cuello haciéndola reír.

—Isis, Isis, Isis…

—Tu hermana.

Se mordió el labio inferior y estiró la mano para coger el teléfono de la mesa de al lado del sofá. —¿Si?

—¿Dónde estás?

Frunció el ceño. —¿Tía Grace? —Se sentó de repente golpeándose la cabeza con Byford que gimió. —¿Dónde estoy? ¿Dónde estás tú? —preguntó con desconfianza.

—¡En Harlem, creo!

—¿Qué?

—¡Un taxista pirata de esos nos lo ha robado todo! ¡Menos el móvil de tu tía que lo llevaba en el bolsillo trasero! ¡Tienes que venir a por nosotras!

—¿Estáis en Nueva York?

—¿Estás sorda, niña? ¿O es que desde que estás aquí has perdido neuronas?

Se puso como un tomate porque Byford la había oído y había levantado una ceja. —Pregúntale en qué zona de Harlem. Hay sitios muy peligrosos.

Isis palideció poniendo el manos libres. —No fastidies. —Asustada chilló —¿Tía dónde estáis?

—¡No lo sé, es un callejón!

—Que te envié la ubicación por GPS. ¿Tiene WhatsApp?

—Sí. ¿Tía lo has oído?

—¿Y eso cómo se hace?

Tuvo que explicárselo y nerviosa vio que él cogía su móvil de la chaqueta del traje que estaba sobre el sillón. —Muy bien, nena. Ahora que no se pongan nerviosas. Voy a llamar a la policía.

—¡Clare así no se hace! —protestó Grace.

—¿Quieres callarte? Sí que se hace así.

En ese momento le entró un mensaje y lo abrió a toda prisa. —¡Sí! ¡Ya me ha llegado! —Se lo mostró a Byford que asintió apretando los labios antes de ponerse el teléfono al oído y contar la situación. —No os preocupéis. Byford va a enviar a la policía antes de ir a buscaros. Ellos llegarán antes, creo. Esconderos para que no os vea nadie —dijo asustada porque su cara no le había gustado un pelo.

—Si aquí no hay nadie. ¡Una vecina sacó la cabeza al oír nuestros gritos y cerró la ventana! Muy cívico todo.

Byford sin dejar de hablar por teléfono fue hacia el hall y ella se acercó allí para ver como cogía unas llaves. —Sí, les han robado y las han abandonado en un callejón. Son las tías de mi novia y no sabían a donde las llevaban. Son de Montana. ¿Qué cómo saben que están en Harlem? ¡Porque me han enviado su ubicación por el móvil! ¡Están en East Harlem! —La miró a los ojos. —Nena, no te preocupes. Ya voy para allá.

—Ten cuidado.

Él asintió saliendo de la casa a toda prisa. —¿Tía? Byford ya va para allá.

—¿Crees que tardará mucho? —preguntó con desconfianza.

—¿Qué pasa?

—Un tipo con muy mala pinta acaba de entrar en el callejón empujando un carrito de la compra. —Gimió por dentro. —Nos está mirando. ¡Este callejón ya está ocupado! —Sintiendo que se le paraba el corazón esperó. —Uy, se va…

Suspiró del alivio. —¿Cómo se os ocurre montaros en un taxi pirata?

—¡Oye no ha sido culpa mía! El tipo se acercó y dijo que costaba la mitad de dinero ir con él. Ya conoces a Clare que es de la virgen del puño.

La aludida jadeó. —¡Tendrás cara! ¡Estuviste de acuerdo!

—¡Tú me convenciste! ¡Pues sí que nos ha salido barato el viaje, sí!

—¿Ahora os vais a poner a discutir? ¿En serio?

—Uy, unas luces. Esos son policías.

—Mover los brazos para que os vean.

—No, pues pasan de largo —dijo su otra tía desde lejos.

—¿A dónde va Clare? —chilló medio histérica.

—Ya la conoces, siempre va a lo suyo. ¡Clare, ven aquí! ¿No ves que no es como en casa y que aquí la policía tiene mucho trabajo?

Isis se pasó la mano por la frente. —Quedaos donde estáis.

—Eso hago. Tu tía está sacando la cabeza del callejón para mirar. —Puso los ojos en blanco. Increíble. —Ya viene y tiene noticias.

—¿No me digas?

—Han debido matar a un tipo en esa calle. Hay mucha gente mirando al suelo.

Madre mía.

—¿Nos acercamos y le decimos a la policía que nos han robado? —preguntó Grace.

—¡Tía, creo que lo que están haciendo es más importante!

—Oye, a mí ese tonito no, ¿eh? ¡Qué te retuerzo las orejas hasta el suelo!

—¿Pero os dais cuenta de lo que os podía haber pasado?

—Claro que sí, no somos tontas —dijo Clare como si nada—. Uy, mira… una moneda.

—No la toques. Seguro que es de un traficante o algo así.

—¿Crees que nos van a perseguir por cincuenta centavos?

—Nunca se sabe. He visto en la tele que los traficantes son muy rencorosos.

Se pusieron a discutir como siempre y exasperada se sentó en el sofá esperando que llegara la policía. Puede que pareciera que se llevaban como el perro y el gato, pero se querían con locura. No se

podía creer que echara esas discusiones de menos. Sin poder evitarlo sonrió y dijo al teléfono —¿No llega la policía?

En ese momento es escuchó una sirena. —Uy, Clare vete a mirar. Tiene pinta de ambulancia. No estaba muerto. Sino sería un coche de la morgue.

—Pues que bien —dijo irónica.

—¡Clare aparta que llega un coche!

Se escuchó un frenazo e Isis retuvo el aliento. —Es un cochazo —dijo su tía por lo bajo al teléfono.

—¿Lo conduce un moreno guapísimo?

—No llevo las gafas. Me las robaron, ¿recuerdas? Que se baja… —dijo entre dientes.

—Es evidente que sois las tías de Isis.

—¡Sí! Madre mía, qué sonrisa. A una se le caen los calcetines viendo esa dentadura.

—¡Tía, súbete al coche! ¡Es Byford!

Escuchó como caminaba. —¿Eres Byford?

—Sí, señora. —Oír su voz la hizo sonreír. —Bienvenidas a Nueva York.

—Gracias majo —dijo Clare dejándola de piedra. Esperaba un poco más de resistencia, la verdad.

Escuchó el grito de Virginia y levantó la vista como un resorte. —Tía te dejo, la niña…

—¡Te veo ahora!

Le colgó antes de que pudiera decir nada más, lo que indicaba que estaban deseando interrogarle, pero no pensó más en ello porque corrió escaleras arriba para acercarse a la habitación de Virginia. Volvió a soltar un chillido y abrió la puerta lentamente para ver que inquieta se movía de un lado a otro. Estaba teniendo una pesadilla y apretando los labios se acercó a ella destapándola porque estaba sudando. —No, mamá —lloriqueó.

La cogió en brazos e intentó resistirse aún dormida. —Shusss… —le susurró al oído antes de besarla en la sien. —Despierta, cielo. Es una pesadilla. —Virginia se sobresaltó y abrió los ojos. Isis sonrió. —Todo está bien. Un mal sueño nada más.

—¿Isis? —preguntó lloriqueando

—Sí, cielo… estoy aquí. —Y la abrazó a ella tarareando hasta que se calmó. Poco a poco fue relajándose. —Solo ha sido un sueño. Nada puede hacerte daño.

—Tengo miedo.

Se le retorció el corazón porque se sintiera así. Ningún niño debería sentir miedo. —Nada te hará daño. Ni papá ni yo lo

permitiríamos nunca más.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por mi vida. —La apartó para mirarla a la cara. —¿Confías en mí?

—Sí.

—Nunca dejaría que nadie te hiciera daño.

La niña miró el botón de su camiseta y lo tocó con su dedito. —¿Mamá es mala?

—No lo sé, cielo. No la conozco. Lo único que sí sé es que tu padre te quiere tanto que ha hecho lo posible para que estés a su lado. De eso estoy segura. Él cuidará de ti como sea.

—Mamá dice que me quiere, que es la única que me quiere.

—Eso es mentira. Yo te quiero. Amelia te quiere mucho y tu padre más que nadie. Jamás creas algo así.

—Pero te irás.

—Virginia… —La niña levantó la vista. —No puedo asegurarte de que me vaya a quedar a tu lado toda mi vida porque el futuro no lo conoce nadie, pero lo que ya te había prometido sí que te lo puedo garantizar. Si algún día me necesitas estaré aquí. Vendré corriendo para estar a tu lado. —La niña la abrazó con fuerza como si no

quisiera perderla y acarició sus rizos húmedos. —Vamos a quitarte ese pijama. Me estás empapando —dijo intentando relajarla.

—El de Frozen.

—El de Frozen.

Sentada en el sofá con Virginia en brazos intentaba que se volviera a dormir leyéndole un cuento, pero estaba más distraída tocando sus rizos que en la historia que ya se debía saber de memoria. Escucharon como se abría la puerta y unas risas. —Pasad, por favor. Estáis en vuestra casa.

Esas palabras la aliviaron y estiró el cuello para ver como sus tías entraban en el salón con la boca abierta mientras Byford las seguía divertido. Al ver a la niña frunció el ceño. —¿Tiene fiebre?

—Ha tenido un mal sueño —dijo mirándole a los ojos.

Él apretó los labios acercándose y le apartó los rizos sentándose a su lado. —¿Estás mejor, cielo?

—Sí, papá. —Miró a sus tías con los ojos como platos. Ambas sonrieron y Virginia escondió la cabeza en el pecho de Isis tímida, algo muy raro en ella lo que indicaba que la pesadilla la había afectado.

—¿No saludas a mis tías?

La niña la miró a los ojos. —Son como tú.

Byford se echó a reír. —Es como ver a Isis y a Imber dentro de treinta años, ¿verdad?

Virginia las miró tímidamente. Sus largas trenzas que ya empezaban a mostrar ligeras canas en sus sienes, sus vaqueros desgastados, sus ojos azules y asintió. Byford no había mentido un ápice. Las gemelas eran tan parecidas a ellas que todo el mundo en el pueblo las llamaba las clónicas de sus tías. De hecho, durante unos años hubo rumores sobre si eran hijas de Clare porque en la época de su nacimiento su novio la había dejado plantada. Pero como todos los rumores fueron desapareciendo cuando el párroco hizo un sermón sobre honrar la memoria de los muertos refiriéndose a su madre. Virginia las miró de reojo y soltó una risita lo que alivió a su padre. Byford se levantó y besó a Isis en la frente. —Gracias, nena. —Cogió a su hija en brazos lanzándola al aire y la hizo reír. —Bueno, señorita… A la cama.

—Pero papá… Quiero hablar con ellas.

—Mañana hablaremos —dijo Clare sonriendo dulcemente.

—¿También os vais a quedar como Isis?

Las tías miraron a su sobrina con la ceja levantada. —Habla de este mes —dijo a toda prisa.

—Claro.

Byford besó en el cuello a la niña haciéndola reír mientras subía las escaleras y le molestó un poco que él no la replicara. Sus tías se acercaron a ella y observaron como la metía en su habitación antes de girarse de golpe para fulminarla con la mirada. —Mira, niña… No sé lo que se te pasa por la cabeza, pero en esta ciudad tan peligrosa no te vas a quedar —dijo Grace.

—¿Pero le has visto? —preguntó Clare asombrada—. ¡Es un cañón! Y buen padre. Solo hay que verle.

—¡Oh, por Dios! Tenía a un buen hombre en casa.

—Pero ese es para Imber.

—Eso será si la quiere a ella —siseó.

Su tía hizo una mueca. —Igual no le importa el cambio. Tampoco hay tanta diferencia.

—¿Es que ahora se intercambian los hombres como si fueran cromos?

Clare le sonrió como si le importara un pito la opinión de su gemela. —Yo te apoyo.

—No le metas ideas raras en la cabeza. Mañana hace la maleta y…

—No —dijo Isis con firmeza—. Me quedaré hasta que pueda. Virginia me necesita.

—Eso está muy bien, pero tienes otras obligaciones. ¡Cómo un prometido que es exprometido y no tiene ni idea! Una boda que suspender y vigilar a tu hermana que va a meter la pata.

Clare jadeó. —Ella también tiene derecho a luchar por su futuro. Imber deberá arreglarse sola. ¡Bastante ha hecho liándolo todo!

—¿Ahora te enfadas con Imber? ¡Si estás encantada!

Su hermana chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —Porque está enamorada. ¡Isis no lo estaba! Ya sabía yo que esto no iba a salir bien.

—¡Entonces no sé porque te has comprado el vestido para la boda!

—¿Por qué eres tan pesada?

—¿Queréis hablar más bajo? —dijo Isis entre dientes mirando hacia arriba. —Os va a oír.

—¿Es cierto lo que me ha contado Imber sobre la niña? —preguntó Clare. Asintió preocupada. —Vaya. Pero es pequeña, se repondrá más pronto.

—Eso espero.

—Volviendo al tema… —Ambas miraron a Grace exasperadas. —¡Siento ser la voz de la conciencia, pero Son merece una explicación!

—¡Le estoy dando a mi hermana que es la mejor parte de mí, como para que se queje!

Su tía asintió dándole la razón y Grace levantó los brazos exasperada. Mejor cambiar de tema. —Tía, ¿has dejado a alguien en el rancho?

—Imber se encarga. ¡Por eso tengo que volver cuanto antes!

Rio por lo bajo porque su hermana odiaba la granja. Haría lo mínimo posible para que los animales sobrevivieran. —Sí, tienes que regresar cuanto antes.

—¡No tiene gracia!

En ese momento salió Byford de la habitación y sonrió. Las tres sonrieron de oreja a oreja. —Nena, ¿no sería mejor llevar a tus tías al hotel? Así podrán comer algo y ducharse. Estarán agotadas con tantas emociones. Podéis pedir lo que queráis al servicio de habitaciones y hay una boutique en la planta baja que os proveerá de todo lo que podáis necesitar —dijo como si nada bajando las escaleras.

Las gemelas suspiraron. —Hija no hay color —dijo Clare.

—¿A que no, tía? —susurró sintiendo que su corazón palpitaba.

—Es un galán de cine. —Ambas miraron a Grace que chasqueó la lengua. —¿Qué? ¡No estoy ciega! ¡Pero esto no me gusta!

Se echaron a reír y se abrazaron. —Os he echado de menos.

—Y nosotras a ti.

Su tía Grace chilló apartándole el cabello para mostrar los puntos. —¿Te has visto?

—Imber me ha hecho una descripción exacta y me ha sacado unas fotos.

Clare hizo una mueca. —Bueno, no es para tanto. —Su hermana la miró como si estuviera diciendo un disparate y esta sonrió. —Mira, que no haya boda no es tan terrible… ¡Así le crecerá el cabello para la siguiente!

—Eso si se casa. Igual se queda para vestir santos como yo.

—Bah, nuestra chica lo consigue. Ya verás como sí. No tiene tan mal carácter como tú.

Su hermana jadeó indignada. Isis la miró maliciosa. —¿Quieres quedarte una temporada a ver lo que encuentras? Esta ciudad está llena de hombres.

Grace entrecerró los ojos. —Igual me doy una vuelta. Aunque no creo que encuentre nada. Aquí deben ser muy pijos, solo hay que

ver esta casa tan finolis.

—¡Grace!

—Tú regresas y yo me quedo con ella para que alguien la vigile.

—¿Y la granja?

—Tienes vacaciones en el colegio. Ya es hora de que yo me tome unas.

Isis se echó a reír y abrazó a Grace. —Te lo vas a pasar genial. Ya verás.

—Parece que les he caído bien…

—Serás creído. —Acarició su pecho aún en las nubes por lo que acababa de sentir.

Él alargó la mano y abrió el cajón de la mesilla. —¿Qué buscas? Algo tarde para coger un condón, ¿no crees?

—Eres tan ansiosa que siempre se me olvida.

—Muy gracioso. —Suspiró sobre su pecho antes de besar su pezón endurecido.

—Eso también me anima a hacer esto. —Isis parpadeó cuando puso una cajita de terciopelo negro sobre su ombligo y creyendo que

era un espejismo se sentó de golpe. Byford rio por lo bajo. —¿No vas a abrirlo?

—¿Debo? —preguntó con los ojos como platos.

—Yo creo que sí.

—No tiene pinta de broche.

—No.

—Ni de pendientes.

—No son pendientes.

—Un collar no es.

Byford rio. —Nena, ¿piensas abrirlo?

—No vas a preguntar nada, ¿verdad? Es un regalo que no va con pregunta agregada.

—No.

Frunció el ceño. A ver si era un pin de la ciudad o algo así. Con desconfianza cogió la cajita y él se rio aún más. Abrió la caja lentamente y cuando vio la piedra en talla baguette montada en platino separó los labios de la impresión antes de abrir la caja del todo. Byford se sentó y susurró —Dame tu mano, nena.

Sintiendo que quería chillar de felicidad susurró —Pero…

—Ese anillo no lleva preguntas, ¿recuerdas? Es un hecho.

Puso el anillo en su dedo y quedaba perfecto. No podía haber un anillo más precioso en el universo. —Mi vida en casa…

Levantó la vista hasta sus ojos y él besó sus labios. —Tu vida está con nosotros y te aseguro que iremos a menudo. Y de ese novio tuyo, vete olvidándote porque él no entra en esta ecuación.

—Byford, ¿estás seguro? Acabas de divorciarte.

—Nunca he estado tan seguro de algo. Te quiero en mi vida. —Besó su labio inferior y la cogió por la cintura pegándola a él para profundizar el beso antes de tumbarla en la cama provocando que se olvidara de todo.

Capítulo 10

Pero las dudas llegaron al día siguiente en el desayuno, porque en ningún momento se habían dicho que se querían. Ella por timidez y él… Para que él no dijera nada no sabía muy bien la razón, aunque se la imaginaba. La niña cogió con las dos manos su vasito de plástico para beber su zumo. Esa era la razón. Sabía que su matrimonio daría estabilidad a su hija. Se llevaban muy bien en todos los aspectos y por qué no. Ante un juicio, que él tuviera una vida estable le daría muchos puntos teniendo en cuenta la vida alocada que llevaba su mujer en Europa. Se miró la mano en la que ahora no llevaba el anillo porque esa mañana había pensado que era mejor que se lo explicaran juntos a su hija. Lo había dejado en la caja en su mesilla de noche y la verdad cuando se lo había quitado le había dejado una mala sensación.

—Isis, ¿estás bien? —preguntó Amelia.

Distraída la miró para darse cuenta de que tenía el plato en la mano. —¿Qué? Oh, gracias.

—No tienes que darlas. —Puso su plato de huevos revueltos ante ella. —¿Estás bien?

—Sí, claro. —Forzó una sonrisa cogiendo el tenedor. —Perfecta.

Amelia asintió sin creerse una palabra. —Hoy el señor me ha pedido que venga a vivir aquí y sé que tú has hablado con él. Gracias.

—No tienes que darlas —dijo moviendo los huevos de un lado a otro.

Virginia levantó la vista. —Ya.

Al mirar su plato se dio cuenta de que había comido mucho más que ella y sonrió. —Muy bien.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a buscar a mis tías y a dar una vuelta por la ciudad.

—¿Cómo los turistas?

—Sí, claro.

—Voy a por mi cámara.

Cuando salió corriendo sonrió sin poder evitarlo.

—Está como antes. Gracias.

—No tienes que darlas.

Esperaba que no se casara con ella por agradecimiento o algo así. La verdad es que no sabía lo que le pasaba. ¿Por qué no podía

tener un noviazgo como todo el mundo? No, ella tenía que comprometerse con un hombre que no quería y ahora con uno que no la quería a ella. Es que era rara de narices.

Amelia la miró de reojo mientras limpiaba la encimera. —¿Qué te preocupa?

—Nada…

—Te has enamorado de él, ¿verdad?

—No creo haberlo ocultado mucho.

—Y él es muy feliz a tu lado.

La miró esperanzada. —¿Eso crees?

—Hacía mucho que no le oía reír como lo hace contigo. —Sonrió divertida. —Me ha pedido que le llame Byford, que lo de señor está anticuado y eso es gracias a ti. —Cuando no contestó nada, la mujer dejó la bayeta y se acercó. —¿Él no te hace feliz?

—Mucho.

—Pues líate la manta a la cabeza y olvídate de todo lo demás. Lo único que importáis sois vosotros. El resto es secundario.

¿Y si no llegaba a amarla nunca? Y si se enamoraba de otra y en un año le decía que se fuera.

Al ver las dudas en sus ojos Amelia susurró —Si te vas, te arrepentirás de no haberlo intentado. No te rindas por miedo. Aún

queda mucho para que acaben tus vacaciones. Pueden pasar mil cosas.

Descansando en un banco comiéndose un helado, miraban como la niña con un yoyó en la mano y el helado en la otra intentaba que el disco girara hasta el suelo para que subiera de nuevo.

—Los juegos clásicos son los mejores —dijo Grace —. Tantos videojuegos y tanta tele les alelan.

—Y lo dice la que no se pierde ni un reality —dijo Clare divertida.

Rieron mientras Grace gruñía y la niña le tendió su helado para enrollar la cuerda de nuevo tan concentrada en hacerlo como le habían explicado que daba gusto. Sonriendo levantó la vista para ver a un tío con una cámara.

—Grace, ¿por qué no te llevas a la niña hasta ese parque? —preguntó Clare como si nada.

—Sí, creo que vamos a jugar un poco en ese tobogán. ¿Qué te parece, Virginia?

La niña la miró ilusionada y le tendió la mano. —¿Tú vas a bajar?

—No, yo me aseguraré de que tú lo haces bien.

—Vale…

Observaron como se iban. —Nos lleva siguiendo desde hace un rato.

—¿Cómo no me has dicho nada?

—Quería asegurarme.

Como si nada caminaba por el parque y se escondió tras un árbol cuando creía que ellas no miraban. El tío le sacó una foto a su niña. —Tía…

—Tú por su derecha y yo por su izquierda.

Asintió levantándose y tiró los helados en la papelera. Caminó hacia su espalda y él ni se dio cuenta porque estaba distraído sacando más fotos. Su tía la seguía y se colocó en su sitio mientras Isis a su derecha tocaba su hombro. Sorprendido miró por encima de su hombro. —¿Se puede saber por qué le estás sacando fotos a mi niña? —preguntó con voz lacerante.

—Pues…

Sorprendiéndola echó a correr, pero su tía le hizo la zancadilla haciendo que cayera de morros y que la cámara rodara sobre la hierba. Intentó levantarse, pero Isis le pegó una patada en la espalda haciéndole gemir. —Tú no te vas a ningún sitio hasta que no me cuentes lo que estabas haciendo.

—¡Joder! ¿Está loca? —Gimió volviéndose. —Hostia, me ha roto la espalda.

—Te mueves, así que no te he roto nada.

Su tía cogió la cámara. —¡Eh! ¡Qué es mía!

—¿Pero qué dice este hombre? —preguntó asombrada—. Estaba en el suelo. ¡Demuéstreme que es suya!

El tipo que debía tener unos treinta y era bastante corpulento la miró como si estuviera loca. —Señora…

—Uy tía, que se pone amenazante.

—Eso ya lo veo. —Su tía le pisó la mano con saña y él chilló como una niña. —Tanto músculo para nada. En casa los hombres son hombres.

—Este es carne de gimnasio, tía. —Le agarró por su cabello rubio. —Ahora me vas a decir qué estabas haciendo porque si no dejaré que mi tía te patee el culo. Y te aseguro que es muy buena en ello.

—Es un trabajo, ¿vale? Me han contratado para seguir a la niña.

Se lo imaginaba. —¿Quién te ha contratado?

—Su padre, joder.

Se quedó de piedra. —¿Su padre? —Asombrada miró a su tía. —¿Y no me ha dicho nada?

—Hija, tienes que mejorar la comunicación con tu novio.

—¡No me cuenta nada! —exclamó indignada soltando el cabello —. ¿Y para qué quiere las fotos?

—Por si su madre se le acerca.

—¿Ya no está en la Riviera?

—Llegó ayer.

Entrecerró los ojos y miró a su tía. —La ha avisado Doris.

—Seguramente.

Él hizo amago de levantarse, pero ella le fulminó con la mirada así que se quedó en su sitio.

—¿Qué piensas, hija?

—¿Cómo sabía Byford que ella había vuelto?

El tipo chasqueó la lengua. —Joder, porque le llama todos los días.

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Habla con Marion todos los días?

—No, he dicho que le llama todos los días. Él no puede rechazar las llamadas por si alega que no le informa del estado de su hija, pero nunca pregunta por ella —dijo con burla—. Se dedica a insultarle de todas las maneras posibles y cuando se cansa cuelga. ¿Ahora puedo levantarme?

—¿Crees de verdad que su madre se va a acercar a la niña estando nosotras con ella?

—Soy detective, no me dedico a especular. Solo a seguirla.

—Pues lo haces fatal porque te hemos pillado —dijo su tía mirando las fotos de la cámara.

—¡Eh! —Se levantó y le arrebató la cámara. —¡No sea cotilla, señora!

Distraída miró hacia la niña y para su sorpresa la susodicha estaba al otro lado del parque. Estaba preciosa con un vestido azul pavo real y con su cabello en ondas hasta la mitad de su espalda. Llevaba un Birkin colgado del brazo y sonreía a su hija. Miró a Virginia que estaba distraída subiendo con cuidado las escaleras del tobogán, así que Isis salió corriendo para rodear el parque infantil por detrás de la niña para interceptarla. Al verla correr hacia ella Marion ralentizó el paso y congeló su sonrisa. Se detuvo a unos pasos y negó con la cabeza. —No vas a acercarte a ella.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Marion dio un paso hacia ella amenazante y en sus ojos vio algo que no le gustó un pelo, pero no se dejó intimidar. —No vas a acercarte a Virginia, así que da media vuelta y lárgate de aquí cagando leches.

—¿Cómo te atreves, niñera de pacotilla? ¡Es mi hija y me acercaré si me viene en gana! —dijo levantando la voz indignada.

Sabía de sobra quien era, solo había dicho lo de la niñera para provocarla, pero no pensaba entrar en su juego. —Mira, si quieres ver a tu hija primero hablarás con Byford. No pienso dejarte un solo segundo a su lado sin el permiso de su padre, que es quien tiene la custodia, y como me lleves la contraria te tiraré de los pelos y aquel periodista de allí estará encantado de sacar las fotos y decir que has intentado llevarte a la niña. A ver a quien creen.

Marion apretó los labios furiosa. —Serás zorra…

—Yo no soy la que torturo a mi hija diciéndole que no la querrá nadie. —Sonrió dulcemente. —No me retes, Marion. Yo protejo a los míos y Virginia ahora lo es.

—¡Es mi hija! ¡No puede negarse a que la vea! Tengo derecho…

—Para mí perdiste todos tus derechos cuando pegaste a tu hija. —Eso sí que la sorprendió. —¿Crees que no lo sé? Hay que ser una puta egoísta para tratar así a la sangre de tu sangre solo por salirse con la suya. ¿Quieres joder a Byford? Enfréntate a él si tienes narices, pero vas a dejar a la niña en paz.

Roja de la rabia le pegó un bofetón que le volvió la cara e Isis juró por lo bajo antes de volver el rostro para mirarla con odio. —

Vuelve a hacerlo y vas a acabar en el hospital. Ni toda la cirugía del mundo va a recomponer esa cara, eso te lo juro por mi vida.

Vio en sus ojos azules que dudaba antes de mirar a la niña. Pero en lugar de gritar como se esperaba, se volvió caminando furiosa en dirección contraria.

Al volverse suspiró del alivio porque su tía Clare había distraído a Virginia de espaldas a ella y le dio las gracias con la mirada. El detective que estaba detrás del columpio asintió indicándole que había cogido el bofetón.

Se acercó a ellas y su tía Grace dijo por lo bajo —Cuidado, hija… Esa tiene el mal dentro y ahora te la tiene jurada.

—¿Crees que esa pija va a poder con una de Montana? —preguntó furiosa por dentro antes de sonreír a Virginia que corría hacia ella con algo en la mano—. ¿Qué es eso?

—Una mariquita. —Se la mostró y la alegría en sus preciosos ojos negros hizo que algo en su interior creciera y se dijo que nada impediría que la protegiera todo lo posible.

Sentada en el sofá miró su reloj impaciente porque Byford se estaba retrasando mucho. Casi cuatro horas. Intentó llamarle de

nuevo al móvil, pero lo tenía apagado o fuera de cobertura. Exasperada se levantó y fue hasta su despacho. En algún papel de la empresa pondría su número. Se sentó en el sillón y revisó el montón de papeles. Al no encontrar nada porque eran papeles internos suspiró pasándose la mano por los ojos. Abrió el primer cajón y apareció una agenda de cuero. La sacó a toda prisa revisándola y cuando pasó el dedo por una hoja se detuvo en seco al ver la palabra mamá. Se mordió el labio inferior. No debía hacerlo. Byford no la quería allí, pero algo le decía que a su madre le gustaría apoyarle en lo que estaba pasando. Cogió su móvil y marcó con el corazón en la boca.

Sonaron tres tonos y perdió el valor, pero en ese momento descolgaron. —¿Diga?

—¿Señora Wellings?

—¿Quién es?

—Llamo desde Nueva York.

—Oh, Dios mío, ¿le ha pasado algo a mi hijo?

Su tono de preocupación la alivió y respondió rápidamente —No, no es eso. Bueno…

—¿Bueno qué?

—Usted no me conoce, pero soy la prometida de Byford. Me llamo Isis. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Pero no la llamo por eso. Su nieta la necesita.

—¿Qué le ha hecho esa zorra? —preguntó dejándola de piedra.

—Veo que no desconoce del todo el tema.

—¿Desconocer? ¡Esa bruja ha sido como una maldición en nuestras vidas! ¡Me echó de Nueva York!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo que la echó?

—Como no me callaba nada, buscó la manera de echarme. Inventó mierda sobre mi marido y me amenazó con contarla a la prensa —dijo casi llorando—. No quería que influyera en mi hijo ni en la niña que en aquella época apenas era un bebé. Quise resistirme, pero no podía dejar que ensuciara la memoria de mi marido, así que me fui.

—¿Con qué la amenazó?

—¡Eran mentiras!

—Estoy segura, pero debo saberlo.

Sollozó. —La empresa de mi marido tenía un centro de menores. Eran como becas de estudios con residencia. Él lo subvencionaba totalmente y ella dijo que por unos dólares esos chicos dirían lo que fuera. ¿Entiendes?

—Dios mío… —susurró llevándose la mano al cuello.

—Por eso me fui. Mi hijo estaba ciego y no podía soportar que ensuciara la memoria de mi marido de esa manera.

—La entiendo. Y le aseguro que ahora Byford no está tan ciego. ¿Cómo no regresó cuando él se divorció?

—¿Regresar? ¡Si ni me ha llamado en casi cinco años! ¡Me enteré por la prensa!

Suspiró al escucharla llorar. —No os entiendo, de verdad.

—¡Esa mujer destrozó mi familia! ¡Me alejó de ellos!

—Pues ya es hora de que vuelva. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —¿Señora Wellings?

—Llámame Evelyn.

—Evelyn, ya es hora de que vuelvas, ¿no crees?

—Mi hijo no sabe esto, ¿verdad?

—¡Me da igual que lo sepa o no! —dijo levantando la voz—. ¡Te quiero aquí mañana mismo! ¡Y no quiero excusas! —Escuchó como se abría la puerta. —Te dejo que tengo que echarle la bronca a tu hijo. Ha llegado tarde.

—Ay, hija… vete acostumbrándote.

—¡Ja! —Colgó el teléfono y salió del despacho para verle entrar en el salón. —¡Vaya horas!

—Lo siento nena, pero… —Miró su mejilla. —¿Qué te ha pasado?

—¿No te lo ha dicho tu detective?

Él se tensó dejando caer el maletín en el suelo. —Vaya, veo que no es tan bueno como dicen.

—Le pillamos y cuando estábamos interrogándolo apareció ella. Pretendía hablar con la niña, pero conseguí interceptarla y…

—Joder, Isis…

Le miró asombrada. —¿Querías que se acercara a la niña?

—¡Es la única manera que tengo de demostrar que le hace daño!

—¡Exponiéndola!

—¡Exacto!

—¿Y pretendías que yo no hiciera nada?

—Es su madre. ¡No, no creí que se lo prohibieras! ¡Estando tú con ella me aseguraba de que estaba protegida!

—¿Me has visto la mejilla? ¡No pienso dejar que se acerque a Virginia!

—Harás lo que yo te diga.

—¡Y una mierda!

Byford se pasó la mano por la nuca. —Nena, ¿crees que a mí me gusta esto? Pero es la única manera de protegerla en el futuro. —Isis apretó los puños de la impotencia. —Mañana quiero que le

pongas esto a la niña. —Sacó algo del bolsillo de la chaqueta del traje y vio que era un broche de Cenicienta. —Lleva un micro.

—Mañana iremos a la piscina con mis tías.

—No, no lo harás. Volverás al parque y dejarás que no se la lleve muy lejos.

—¿Cómo sabes que mañana irá de nuevo?

—Lo sé. Siempre hace estas cosas. Se presenta una y otra vez cuando le viene en gana. Mañana me llamará y me gritará que tiene derecho a ver a la niña. O puede que me llame su abogado. La conozco. Mañana os seguirá de nuevo.

—Te ha llamado y no me has dicho nada —dijo furiosa.

—¡No quería preocuparte!

Dio un paso hacia él. —¿Sabes lo que me preocupa? ¡Qué me ocultas cosas! ¡Cuentas lo que te interesa como con tu madre!

La miró asombrado. —¿Mi madre? ¿A qué viene lo de mi madre ahora?

—Lo sabías, ¿verdad? ¡Sabías que Marion se había deshecho de ella!

Palideció. —¿Qué coño estás diciendo?

No sabía si creerle. —La elegiste a ella y te importó muy poco que tu madre se largara. ¡Estabas ciego con ella! —gritó loca de

celos.

—¡No sabes de lo que hablas!

—¿No sé de lo que hablo? ¡Dijiste que tu madre no había venido al parto y se fue después! ¡Conocía a la niña! ¡Me lo ha dicho ella misma!

Byford se tensó. —¿Has llamado a mi madre?

Le miró sin entender qué pretendía. —Me has mentido.

—¡No quería que insistieras en que la llamara y me lo inventé! —gritó fuera de sí.

—¿Por qué?

—¡Porque solo complicaría las cosas! ¡Y no dejaría de echarme en cara todo lo que ha ocurrido! ¡Te aseguro que eso es lo que menos necesito en este momento!

—¿De veras? Pues mañana aquí está.

—La madre que…

—Exacto, esa misma. —Vio asombrado como subía por la escalera. —¡Y hoy duermes en el sofá!

Amelia llegó en ese momento con la bata puesta. Bajó las escaleras mirándole como si fuera el demonio antes de ir hacia la cocina. Él se pasó una mano por la nuca y se dio cuenta de que en su otra mano tenía el broche de Virginia que Isis no había cogido. Su

asistenta salió con un vaso de leche ignorándole totalmente. —¿Y la cena? —El portazo de su empleada le hizo gruñir. Mujeres.

Tumbada en la cama escuchó que se abría la puerta, pero ni se movió. Este quería guerra… Por la luz que se filtraba por la ventana vio como entraba en el vestidor e Isis golpeó la almohada con la mano acomodándose de nuevo. No se lo podía creer. Ella lo había dejado todo por él y ahora se enteraba de que le había mentido. ¿Y si no había sido la única mentira que había dicho? Apenas se conocían y ya estaban comprometidos. Miles de preguntas agolparon su mente. ¿Cómo una persona tan inteligente como Byford se había dejado engañar por Marion? Tenía que estar totalmente enamorado de ella para hacer oídos sordos a todo lo que ocurría a su alrededor. Ese pensamiento la puso de peor humor si eso era posible. A no ser… Se sentó de golpe y vio que salía del vestidor con el pantalón del pijama puesto. —Se casó embarazada, ¿no?

Byford apretó los labios. —Nena, duérmete.

—¿Sí o no?

—No, ¿de acuerdo? No estaba embarazada. —Se tumbó en la cama y suspiró. —Fue cinco meses después de la boda. —Giró la

cabeza hacia ella. —¿Qué? ¡Fui un gilipollas!

—Pues está muy bien que lo reconozcas —dijo entre dientes sintiendo que se le retorcían las tripas porque entonces estaba tan loco por su ex que no veía más allá. Y estaba segura de que a ella no la amaba igual.

Él se apoyó en su codo. —¿Dónde está tu anillo?

Le miró a los ojos. —Creo que deberíamos pensarlo mejor.

Byford apretó los labios y se volvió furioso dándole la espalda. Isis cerró los ojos decepcionada tumbándose porque ni le había preguntado sus razones. Y su mayor razón era que tenía miedo. Miedo de dejar su vida y entregarse a un hombre que no lo diera todo por ella como había hecho por la mujer equivocada. Eso demostraba que no la quería y que la causa para pedirle matrimonio era formar una familia para dar estabilidad a su hija. La imagen de Marion en el parque apareció en su memoria. Tan hermosa, tan sofisticada… Seguro que cuando iban a una cena importante o a algún acto de esos se sentía orgulloso de llevarla del brazo. No tenía absolutamente nada en común con ella. La ropa le preocupaba poco y casi siempre iba con aquella trenza como si fuera una adolescente. Miró de reojo la cabeza de Byford. —¿Por qué has llegado tarde?

—Tenía trabajo —respondió tenso.

Apretó los labios decepcionada antes de mirar el techo. Y ella preocupada por si le había pasado algo. Él se volvió de golpe. —¿No vas a decir nada? ¿No vas a echármelo en cara? —preguntó furioso.

—Eres mayorcito para saber lo que es más importante. Lo único que voy a decirte es que Virginia te ha esperado para mostrarte su yoyó.

—¡Joder, al parecer nunca hago nada bien!

—Pregúntate por qué.

Ahora fue ella la que se giró dándole la espalda, pero él la cogió por el hombro volviéndola de golpe. —Vete de mi casa.

Se quedó sin aliento por su frialdad. —Byford, ¿qué dices?

—¡Quiero que te largues de mi casa!

Perdió todo el color de la cara cuando él se volvió y encendió la luz de la habitación antes de mirarla como si la odiara. El impacto fue tremendo. —¿No me has oído? ¡Fuera!

—¿Pero estás loco?

—¿Loco? ¡Estoy harto de que todas las mujeres de mi vida se dediquen a amargarme la existencia! ¡Largo!

Sin poder creérselo negó con la cabeza sin darse cuenta y él fuera de sí la cogió por el brazo sacándola de la cama a rastras. Impactada por su reacción cayó de rodillas, pero él tiró de su brazo

y la levantó como si fuera una muñeca llevándola hacia la puerta. —¡Es mejor que vuelvas a esa mierda de pueblo en Montana para que te dediques a dirigir la vida de esos críos! ¿Porque sabes lo que pasa? ¡Qué yo no soy un crío! ¡Y ya no dejo que me manejen! —Atónita no pudo reaccionar mientras iba hacia el vestidor y regresaba a los pocos segundos tirándole toda su ropa a la cara. —¡Vístete y sal de mi casa! ¡No te lo digo más!

Temblando de la impresión intentó reprimir las lágrimas. Se agachó y cogió un vestido poniéndoselo encima del camisón corto que llevaba. Él entró de nuevo en el vestidor y salió con su maleta. La abrió ante ella tirando dentro sus cosas para cerrarla de mala manera. Se incorporó cogiéndola del brazo de nuevo y sintiéndose humillada dejó que la arrastrara hasta las escaleras. Llegó al hall y cogió su bolso antes de abrir la puerta y tirarlo todo fuera. —¡Gracias por todo!

Impresionada por su frialdad levantó la vista hasta sus ojos sintiendo que su corazón se rompía. Una lágrima rodó por su mejilla. —Al parecer tenía razón, nunca me has querido.

—¿Querido? —preguntó con desprecio—. Eres la leche en la cama y tratas bien a mi hija, pero me acabo de dar cuenta de que

no merece la pena aguantar estos reproches constantes por cada cosa que hago.

Sintió un dolor indescriptible en su pecho y ese dolor se reflejó en su rostro antes de apartar la vista para caminar los cuatro pasos que la sacaron de su piso. El portazo tras ella la estremeció y cerró los ojos intentando recuperar el aliento. Qué ciega había estado. Qué estúpida… Se lo había dado todo, había estado a punto de cambiar su vida por él y todo había sido un espejismo. Solo le había pedido matrimonio porque le convenía, no porque la quisiera en absoluto como acababa de decirle, cuando ella se había enamorado totalmente de él en cuanto vio por primera vez esos ojos verdes que sabía que no olvidaría nunca.

Con la respiración entrecortada se agachó temiendo desmayarse y le costó coger su bolso. Casi sin ver cogió el asa de su maleta y descalza fue hasta el ascensor. Jamás en su vida había sentido tanto dolor y sollozó pulsando el botón. Pero algo en su interior le hizo mirar hacia la puerta porque a pesar de sus palabras esperaba que saliera y se disculpara. Pero las puertas del ascensor se abrieron ante ella y eso no ocurrió. Rota entró pulsando el botón del hall y pensó en la niña, en la promesa que le había hecho. Sollozó

mientras las lágrimas corrían por sus mejillas porque dejaba sola a Virginia en esa casa de locos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Clare desde el asiento de atrás.

Asintió muy seria y las tías se miraron apretando los labios. Grace carraspeó antes de decir —Cielo, no es hija tuya…

—¡Se lo prometí! —Miró a Grace sentada a su lado. —¿Por qué no volvéis a casa?

—¿Estás loca? Esto es mucho más interesante que ordeñar vacas.

—Y yo estoy de vacaciones.

—Nos quedamos —dijeron a la vez.

—Mira, ahí vienen. Como dijiste pasan por aquí para ir al parque —dijo Clare.

Volvió la cabeza como un resorte y vio como Amelia llevaba de la mano a la niña que parecía algo enfadada. Por supuesto en su camiseta llevaba el broche. Isis se ajustó la gorra y abrió la puerta del coche de alquiler. —Tía…

—Ve tranquila. Yo llevo el coche.

—Que no os vea nadie. —Salió y rodeando el coche se subió a la acera. La niña y Amelia estaban en la acera de enfrente y cuando se dispusieron a cruzar la calle se detuvo en un escaparate. Por el cristal vio como cruzaban y Virginia le decía algo a Amelia señalando con su manita hacia el parque. Cuando desaparecieron después de dar la vuelta a la esquina ella las siguió a cierta distancia. Estaba claro que Byford no se lo había pensado y para colmo la dejaba con Amelia. Es que era para gritar de la frustración.

Cuando llegaron a los columpios Isis se sentó en un banco lo bastante alejada para no llamar su atención. Amelia no se separó de ella en ningún momento y rio por algo que le dijo la niña refunfuñona. Mirando su carita se emocionó y tragó saliva intentando reprimir las lágrimas. Solo le faltaba dar allí el espectáculo. Bastante drama había tenido cuando había llegado al hotel donde sus tías somnolientas la escucharon sin poder creérselo. Sonrió porque Grace quería matarle y Clare quería descuartizarle.

—¡Con todo lo que has hecho por él! —gritó su tía indignada—. Menudo sinvergüenza.

—¿Cómo se ha atrevido?

Ella sin ser capaz de hablar solo sollozaba e intentaron consolarla como podían. Pero al amanecer solo pensaba en Virginia. En que le

había prometido que nada le haría daño. En que toda aquella locura le dejaría un trauma de por vida. La rabia la recorrió y se dijo que tenía que impedirlo. Y lo primero que tenía que impedir era que Marion le hiciera daño.

La niña se fue relajando a medida que pasaban los minutos. Y casi una hora después Isis empezó a ponerse nerviosa porque puede que Marion no apareciera ese día. Igual no había llamado a Byford esa mañana. Puede que lo hiciera más tarde.

Miró a su alrededor porque de alguna manera tenía que saber que estaban allí. Porque si el día anterior las había encontrado era porque las habían seguido. Se le cortó el aliento al ver correr a una mujer con ropa de deporte como si estuviera haciendo footing. Se acercó por detrás de la niña al columpio donde estaba divirtiéndose y de repente la rodeó apareciendo ante la niña y sorprendiéndola.

Amelia perdió la sonrisa de golpe, pero no dijo palabra mientras Virginia gritaba —¡Mamá!

—¿Cómo está mi niña? —La cogió del asiento del columpio y la abrazó antes de alejarla de Amelia hablando con la niña. Lo que le decía no llegaba hasta ella, pero Virginia sonreía. Tensa observó cómo se sentaban en los bancos donde normalmente se sentaban las madres y le apartaba los rizos de la cara hablando en voz baja

con Virginia. Amelia sin saber qué hacer se acercó, pero Marion la fulminó con la mirada deteniéndola en seco antes de sonreír a su hija para seguir hablando con ella.

Notó exactamente cuando cambió la expresión de la niña y la rabia la recorrió porque quería protestar, pero algo que le estaba diciendo su madre se lo impedía. Virginia agachó la mirada, pero su madre le levantó la cara sujetándola por la barbilla y los ojos de la niña estaban llenos de lágrimas. —¿Me has entendido?

—Sí, mamá —vio que susurraba Virginia retorciéndole el corazón.

—¡Pues haz lo que te digo! —La cogió por las axilas y la dejó en el suelo antes de irse corriendo como había llegado. Era increíble. Ni le había dado un beso de despedida y vio como corrían las lágrimas por sus mejillas.

Amelia llegó corriendo y cogió a la niña en brazos. Sin soportar ver como lloraba fue hasta ellas y le quitó a la niña. La mujer la miró sorprendida y Virginia gimoteó abrazando su cuello con fuerza. —Estás aquí.

—Claro que sí —dijo antes de echar a andar.

—Pero…

—Dile a Byford que me la llevo.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que sí. Necesita unas vacaciones y no hay sitio mejor que Montana. —Arrancó el broche del pecho de la niña. —¿Me oyes, Byford? Cuando hayas resuelto este tema te la devolveré. No antes. Nunca va a volver a pasar por esto. No pienso consentirlo. —Rabiosa tiró el micro al suelo y se volvió hacia el coche donde estaban sus tías. Corrió hacia allí y las dos la miraron con los ojos como platos con la nariz pegada a la ventanilla. Abrió el coche y se sentó al lado de su tía Clare.

—¡Isis no puedes hacer esto! —gritó Amelia angustiada desde fuera—. ¡Dame a la niña!

—¡Arranca tía!

Grace encendió el coche y Amelia intentó abrir la puerta, pero ella cerró por dentro. —¡Isis, abre la puerta!

—¿Pero qué está pasando? —preguntó Clare asombrada mientras Amelia golpeaba la ventanilla.

—¡Sácanos de aquí!

Grace aceleró saliendo del aparcamiento y un coche que venía de frente frenó en seco y pitó. Asustada su tía la miró por el retrovisor. —¿La has secuestrado?

—Esa palabra es muy fuerte, la he rescatado.

—¿Estás loca?

La niña abrazó su cuello con fuerza e Isis acarició su espalda. —No pasa nada, nos vamos de vacaciones. Pero unas de verdad.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos. —¿De verdad?

—Con ríos, caballos y un montón de cosas más. —La besó en la punta de la nariz sabiendo que había hecho lo correcto antes de mirar hacia adelante. —Tía, te aconsejo que no pares hasta Montana.

Capítulo 11

Imber se mordió el labio inferior mientras se acercaba al rancho O´Malley. Respiró hondo intentando calmarse. Madre mía, en qué lío se estaban metiendo sin comerlo ni beberlo. ¿Quién le mandaría a ella bajarse las bragas? Con lo tranquilita que estaba envidiando el novio de su hermana en silencio. Si tampoco era para tanto. ¿Y qué si no podía dejar de pensar en esos ojos ambarinos y esa sonrisa que le subía la tensión? ¿Y qué si cuando veía esos músculos bajo su camiseta perdía el habla? ¿Qué más daba que hubiera soñado mil veces que enterraba sus dedos en ese cabello rubio y más aún después de catarle? Gimió sintiendo que su vientre se tensaba. —¿Quieres dejar de pensar en sexo? Estás salidísima.

Frenó el coche de Isis ante la casa y forzó una sonrisa cuando la madre de Son salió a recibirla. Bajó del coche con la tarta en la mano y Diana la saludó encantada de verla. —Isis, ¿no te quedabas en Nueva York una temporada?

Mierda, empezaban genial. —Soy Imber.

—Oh, cielos… —Se echó a reír divertida. —Deberíais llevar un cartel con vuestro nombre.

Muy graciosa. Sí, se partía la caja. Forzó una sonrisa acercándose. —He venido a traeros una tarta. Mi tía tenía muchas manzanas y ha hecho unas cuantas.

—Gracias, tu tía Grace siempre tan atenta.

—Las ha hecho Clare.

Diana se echó a reír de nuevo cogiéndola de sus manos. —No doy una.

Incómoda miró a su alrededor. —¿Son no está por aquí?

—Como llegó esta mañana de Great Falls tenía mil cosas que hacer. ¿Querías verle?

Se sonrojó ligeramente porque la verdad es que se moría por verle. —No pasa nada, la tía Grace tiene un problemilla y era por si podía ayudarnos en la granja.

Diana asintió. —Claro que sí. Ven, pasa y tómate algo que no tardará mucho. ¿Qué problema tiene?

Rayos, tenía que haber pensado aquello mucho más y no había sido por falta de tiempo porque había tenido días para inventarse algo coherente. —Eh… Pues algo del agua. No nos llega.

La que pretendía que fuera su suegra la miró extrañada con esos ojos ambarinos que su hijo había heredado. —¿No os llega el agua a la casa?

—Oh, no… —Soltó una risita. —No, a la casa no. Al ganado. Por el riachuelo. ¿Sabrá él algo? Porque es algo difícil que no baje el agua desde vuestras tierras. Esto es Montana, hay agua de sobra.

—Qué raro… —Imber suspiró de alivio cuando entró en la casa. —Eso no había pasado nunca.

—Eso mismo me ha dicho la tía a mí. —Pasaron por el hall que había visto mil veces desde que era una niña. El impecable suelo de madera mostraba que se había encerado hacía poco y sorprendida se dio cuenta de que habían pintado el hall de un color beige más claro. —¿Habéis pintado?

Diana sonrió. —Te has dado cuenta. Sí, hemos hecho unos arreglillos para la boda. No queda tanto. —Imber gimió por dentro. —¿Sabes que la florista ya me ha confirmado las flores? Rosas blancas y hortensias rosas. El jardín estará precioso. Los vecinos se van a quedar con la boca abierta. Cuéntame cómo es el vestido. —Entró en la cocina y dejó la tarta sobre la mesa sin darse cuenta de la cara de angustia de Imber antes de ir hasta la nevera. —¿Una limonada?

Un whisky le hubiera ido mejor, pero asintió sentándose ante la tarta. Sorprendida vio dos más que se estaban enfriando en la ventana. Diana se dio cuenta y soltó una risita. —Acaban de salir del horno. Son de arándanos. ¿Quieres?

Diana no era famosa por su cocina, así que negó a toda prisa. —No, gracias.

—No te culpo. —Se echó a reír. —Las de tus tías están mucho mejor.

—¿Crees que Son tardará mucho?

—¿Tienes prisa? —preguntó como si fuera algo imposible.

—No, claro que no.

—Estupendo, así me ayudas con la cena. Cuéntame qué tal el vestido. Si lo habéis comprado en Nueva York tiene que ser espectacular. —Miró la camisa de seda en color mostaza que llevaba. —¿La compraste allí?

—Sí, ¿te gusta?

—Es preciosa. Siempre vistes muy bien. Tenía que haberme dado cuenta de que no eras Isis. Ella no se preocupa tanto por la moda.

No sabía muy bien como tomarse ese comentario así que decidió pasarlo por alto y dijo rápidamente —Sobre el vestido…

—Oh, sí. —Se sentó ante ella. —¿Cómo es?

—No hay vestido.

Diana dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo que no hay vestido?

—Lo que ella quería estaba agotadísimo y como es un día tan importante…

—¡Y qué se va a poner! —exclamó asombrada.

—Está pensando en hacérselo.

—¡Ya no puede hacerse nada! ¡No hay tiempo! —chilló asustada —. ¿Es que está loca? Sabía que tenía que haber ido con vosotras.

—En Nueva York hay modistas de sobra. Es la capital de la moda.

—¿Eso crees? —Lo pensó unos segundos. —Sí, igual tienes razón. Pero me parece increíble que…

Escucharon que un caballo se acercaba y Diana se levantó para mirar por la ventana. —Ahí está Son. No ha tardado mucho. —Frunció el ceño acercándose más a la ventana mientras el corazón de Imber se aceleraba. —¡Está herido!

Imber se levantó como un resorte y corrió fuera de la cocina con Diana detrás. Al llegar al porche vio como bajaba del caballo sujetándose su mano derecha al pecho. Imber bajó los escalones a toda prisa por la sangre que empapaba una tela que tenía alrededor de la mano. —¿Te has cortado?

Al verla entrecerró los ojos. —¿Imber?

Sonrió radiante porque la había reconocido. Aunque puede que lo hubiera dicho a boleo, que también podía ser porque no la había distinguido en un momento clave. Pero ese pensamiento no la hizo perder la sonrisa al responder —La mismita.

—¿No te quedabas con Isis?

—Cambio de planes. —Miró su mano. —Déjame ver.

—No es nada —gruñó pasando ante ella para subir los escalones.

Asombrada por su rechazo parpadeó y Diana dijo —Hijo, deja que te vea. Es enfermera.

Gruñó de nuevo entrando en la casa y se sonrojó porque parecía que no quería ni que le tocara. Su corazón se detuvo. ¿Lo sabía? Daba la sensación de que parecía que quería mantenerla alejada y teniendo en cuenta que hacía un mes habían bailado juntos en el bar del pueblo como si nada, su conducta había cambiado desde hacía poco. No podía estar totalmente seguro de que había sustituido a su hermana, pero que tenía sospechas era evidente.

Diana la miró avergonzada. —No sé qué le pasa.

—Tranquila, tiene un mal día. —Sin cortarse subió los escalones y entró en la cocina de nuevo donde se estaba lavando la mano en el

fregadero. Se puso a su lado como si nada y vio el tajo que atravesaba la palma de su mano. —Necesitas puntos.

—No necesito nada —dijo entre dientes.

—Claro que sí. —Cogió su mano y la abrió. —¿Ves? Se te abrirá con cada movimiento. Necesitas puntos.

—No le gustan las agujas —dijo su madre preocupada.

Son apartó su mano molesto. —¡No necesito puntos y no me dan miedo las agujas!

Cuando cogió un paño de cocina para rodear la herida, Imber no se lo podía creer. A saber los gérmenes que tenía aquello. —¿Estás tonto? ¡Vas a infectarla!

—Gracias por el consejo —dijo entre dientes.

—¡Son estás siendo un inconsciente! —exclamó su madre—. ¡Tienes que ir al médico!

—Oh, no es necesario —dijo ella encantada—. ¿Tenéis botiquín? —Miró a Son y le guiñó un ojo. —Te puedo hacer un bordadito, que en un mes ni notarás que tienes cicatriz. El doctor Willis me ha enseñado muy bien y ahora siempre lo hago yo. —Frunció el ceño. —Aunque tendría que ir al consultorio por el antibiótico, la anestesia… Mejor vamos hasta allí por si acaso.

—Sí hijo, por favor… No tiene buena pinta.

La miró con desconfianza y ella sonrió inocente. —Tranquilo, no sentirás nada. Te lo prometo.

—¿Qué haces aquí?

Estaba mosqueadísimo, así que mejor hacerse la tonta. —Traer una tarta. ¿Nos vamos? Así te cuento lo que nos está pasando en el rancho. Algo rarísimo.

Dio un paso hacia ella. —¿Qué está pasando en el rancho?

—El arroyo se ha secado. O casi.

—¿Perdón?

—¿A que es raro?

—No es raro, es imposible.

—Por eso necesitábamos saber si tenías alguna idea de lo que está ocurriendo. ¡Son te vas a desangrar! ¡Ya está bien! —Se volvió y fue hasta la puerta. —Es que de verdad, no entiendo a los hombres. Siempre complicándolo todo. Son unos puntos, por el amor de Dios. —Salió de la casa a toda prisa y se metió en el coche. Lo arrancó y pulsó el claxon varias veces. Le costó salir al señorito y cuando lo hizo se detuvo en el porche para mirarla como si estuviera sopesándolo. —Vamos, cielo. No tengo todo el día… —Muy excitada vio como bajaba un escalón. —Eso es… Estás casi en el bote, hermoso. —Cuando llegó al coche casi chilla de la alegría, pero

simplemente le miró como una niña buena mientras se sentaba a su lado. —Ten cuidado con la sangre. Isis me mataría si manchas su tapicería con sangre, se quita fatal.

Él gruñó como si no le gustara que hablara de Isis. Dio la vuelta al coche y enfiló la carretera. Le miró de reojo. —¿No preguntas por ella?

—La llamé ayer.

—¿De veras?

—Pero no me cogió el teléfono —dijo como si le importara poco —. Debe estar muy ocupada en Nueva York.

—Ocupadísima. La niña tiene problemas muy serios. Necesita ayuda.

—Y eso es más importante que nuestra boda —dijo irónico.

—Ya está todo organizado, ¿no? —preguntó incómoda.

—No la veo muy ansiosa por regresar.

Le miró intentando averiguar lo que estaba pensando, pero no sabía si estaba cabreado o le importaba un pito. Volvió la vista hacia la carretera y apretó el volante. —¿Sabes? Siempre me he preguntado una cosa.

—¿No me digas?

—¿Por qué no le regalaste anillo de compromiso?

—Porque ninguno de mis antepasados se lo regaló a su mujer.

Le miró asombrada. —¡No fastidies!

Él levantó sus cejas. —Es una tradición.

—Una tradición muy tacaña y poco romántica. Todas las mujeres soñamos con nuestro anillo de compromiso.

—Pues a Isis no pareció importarle. —Miró por la ventanilla. —Aunque parecen no importarle muchas cosas.

—Son, ¿tienes dudas?

Giró la cabeza hacia ella como un resorte. —¿Por qué? ¿Acaso ella tiene dudas?

Se sonrojó ligeramente. —No, yo solo pregunto.

—Me estás mintiendo, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Qué va!

—¡Por eso no me coge el teléfono! ¡Por eso lo de irse a Nueva York de repente y buscarse una excusa para no regresar!

—No es una excusa. Virginia…

—¡No me cuentes historias! ¿Qué pasa? ¿No quiere casarse?

Imber entrecerró los ojos. —Al parecer eso te molestaría.

La miró como si estuviera loca. —¿Pero qué locuras dices? ¿Cómo no iba a molestarme? ¿Qué pasa? ¿Ahora quiere un novio romántico? Porque ella no es romántica en absoluto.

Incrédula respondió —Claro que es romántica, todas las mujeres lo somos. Debe ir en nuestro ADN. Te creía un entendido en mujeres. O al menos aparentabas que las conocías muy bien.

—¿Qué quieres decir? —dijo entre dientes como si quisiera estrangularla.

—Pues con todas las novias que tuviste en el pasado… Ahora lo voy entendiendo, ninguna se parecía a mi hermana, ¿no es cierto? ¿Es que las barbies que iban enseñando cacha y escote hasta el ombligo no eran románticas? Debe ser eso. Y claro, te confundiste respecto a los gustos de mi hermana —dijo con mala leche.

—¡No le importó que no le regalara el anillo!

Le miró como si fuera idiota. —Créeme, nos importa a todas.

—Dijo que ya que los matrimonios de los míos habían sido tan felices, igual nos daba suerte como a ellos.

—¿Pero a tu padre no le mató un rayo? Porque mira que eso es raro. ¿Crees que eso hizo feliz a tu madre?

—¡Estaban muy enamorados y mis abuelos también! ¿Estás intentando sacarme de mis casillas?

—¿Yo? —preguntó como si estuviera loco—. Son te veo algo irascible. ¿Es por el corte? —Él gruñó mirando al frente. —¿Cómo te lo hiciste?

—Cogí un cuchillo por el filo sin darme cuenta. Se lo di a Jo mi capataz y me cortó sin querer.

Aparcó ante la clínica y apagó el motor. —Son, ¿ves bien?

—¿Pero qué tontería de pregunta es esa? —Salió del coche como si tuviera unas ganas enormes de alejarse de ella. Y eso era por algo…

Encantada de la vida salió del coche y cuando le sonrió la miró como si fuera una chiflada peligrosa. Empujó la puerta, pero esta no se abrió. Confundida volvió a empujar mirando la puerta para encontrarse un cartel que había puesto el doctor Willis. Se había ido a tomar un café. Puso los ojos en blanco porque si en la consulta no se lo hacía ella no le gustaba, así que estaría en la cafetería. Corrió hasta su coche y metió el cuerpo por la ventanilla para sacar su bolso. Al volverse sorprendió a Son mirándole el trasero y le dio un vuelco al estómago. Él gruñó mirándola a los ojos como si estuviera exasperado. —¿Quieres darte prisa? ¡Me estoy desangrando, joder!

—Sí, sí, claro. —Corrió hacia la puerta y sacó las llaves. Metió la llave en la cerradura casi sin verla. Madre mía, le temblaba la mano. Solo pensar en ponerle los puntos la ponía mala.

Entró en la recepción y miró asombrada a la señora Willis que estaba tras el mostrador leyendo una revista de cotilleos. —¿Pero

por qué has cerrado, Mary Louise?

—Charlie se ha puesto muy pesado con el tema del café. —Chasqueó la lengua. —Dice que lo hago mal, ¿te lo puedes creer? ¡Llevo haciéndoselo cuarenta años! Él se ha ido y yo necesitaba un respiro. —Volvió la vista a Son. —Vaya, vaya… O´Malley, ¿qué te ha pasado?

—Se ha cortado. Voy a ponerle los puntos.

La mujer del doctor sonrió encantada. —Menos mal que la has encontrado. Es la mejor de los tres. Has tenido suerte, chico.

Él gruñó pasando hasta la consulta y Mary Louise asombrada por su actitud preguntó —¿Qué le pasa?

Hizo un gesto sin darle importancia. —Tiene un día malísimo

—Pobrecito… ¿Echa de menos a Isis? Por cierto, ¿por qué no ha vuelto?

Uy, no recordaba que tendría que dar explicaciones. —Ha alargado sus vacaciones. Sabes lo que estresa el colegio.

—Sí, tiene que ser de locos. Yo no puedo con mis nietos y son dos. Ni me imagino lo que puede ser pasar tantas horas con cientos.

—Ni te lo imaginas. Pero afortunadamente Isis es dura.

—Sí, como tú.

—¡Imber! ¡Tengo cosas que hacer! —gritó Son desde la consulta dejando de piedra a la mujer de su jefe.

Imber le guiñó uno de sus ojos azules como si no tuviera importancia y a toda prisa fue hasta la consulta donde él ya estaba sentado en la camilla con una cara de cabreo que no podía con ella. Y eso la molestó un poco, la verdad. —¿Quieres quitar esa cara? ¡Ni que te hubiera cortado yo! —Dejó el bolso sobre una de las sillas y fue hasta los guantes. Sacó el primero y se lo puso mirándole de reojo para ver como apretaba las mandíbulas. Nada, que no se disculpaba.

Muy tensó la observó. —No va a casarse conmigo, ¿verdad? —Sacó el otro guante como si no lo hubiera oído. —¿Es por el anillo?

Acercó el carrito de acero hasta él y mientras se mordía el labio inferior cogió su mano para quitarle el paño de cocina y mostrar la herida. —Voy a ponerte anestesia.

—Imber… —Levantó la vista hasta sus ojos y vio las dudas en ellos. —¿Qué ocurre?

—¿Qué te ocurre a ti? Eres tú el que parece estar raro.

Él apretó los labios. —No lo sé. ¡Dímelo tú!

—¿Ves? ¡Nunca me has hablado así!

Son entrecerró sus ojos y se adelantó hasta quedarse a unos centímetros de su cara. —¿Tienes algo que contarme?

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¿Me ocultas algo? ¿Algo importante?

—¿Cómo de importante? —preguntó bajando la vista hasta sus labios sin darse cuenta.

—Importantísimo. —Su voz ronca le erizó el cabello de la nuca y volvió a mirar sus ojos. —Vital.

—¿Sobre la boda? —Nerviosa pasó la lengua por su labio inferior y él no perdió detalle haciendo que se estremeciera su vientre de deseo. Son se tensó enderezando la espalda y supo que en ese momento se había dado cuenta de todo. Nerviosa carraspeó mirando la mesa de acero. —Ese tema tendrás que hablarlo con Isis… Voy a por la anestesia.

Salió de la consulta a toda prisa y apoyó la espalda en la pared respirando hondo para intentar calmarse porque tenía el corazón a mil. Había pasado lo mismo que en el coche aquel día y si la hubiera besado… Dios, si la hubiera besado hubiera sido maravilloso. Se moría por decirle la verdad, pero si lo hacía sabía que la odiaría por el engaño. Preocupada fue hasta el dispensario y abrió el armario de cristal para coger la anestesia. Cogió una jeringuilla e intentando

calmarse entró en la consulta. Bajo su atenta mirada puso todo lo que necesitaría sobre la bandeja y cuando terminó cogió la jeringuilla. Él la sujetó por la muñeca con fuerza y sorprendida le miró a los ojos. —¿Sabes? Antes de que os fuerais de vacaciones me pasó algo muy raro. Me acosté con mi novia y a los pocos días parecía que ella no se había enterado. —Apretó la mano sobre su muñeca. —Joder, Imber… Me estoy imaginando cosas que me están volviendo loco…

—¿Qué cosas? —susurró sin poder evitarlo.

—Como que me he tirado a la hermana de mi novia —siseó furioso.

Imber se puso como un tomate y él tiró de su muñeca acercándola a él. —Así que es eso, preciosa. ¡Te hiciste pasar por ella! —le gritó a la cara.

Se puso como un tomate. —Era una broma, pero se me fue de las manos.

—¡Y tanto, joder! —La miró como si estuviera loca. —¿Isis lo sabe?

Ni sabía dónde meterse de la vergüenza. —¿Te pongo la anestesia?

—No te digo por donde te la puedes meter…

—¿Qué tal vamos por aquí?

Mary Louise entró en la consulta y vio la herida. —Uy… Al menos ocho puntos. —Sin perder el tiempo Imber le pinchó la anestesia sin ningún cuidado y él gimió antes de mirarla como si su objetivo en la vida fuera cargársela. —Ahora ya no sentirás nada —dijo la señora Willis sonriendo como si fuera su madre.

Se escuchó la campanilla de la puerta. —Ese es mi hombre que ha tomado su dosis de cafeína y ya vuelve de buen humor.

Salió a toda prisa y Son siseó —Ya hablaremos…

—Fue sin querer.

—¡Pues bien que te lo pasaste!

—Y tú —susurró muerta de la vergüenza.

—¡Yo creía que estaba con mi novia! ¿Es que estás loca?

Gimió cogiendo las pinzas sabiendo que tenía razón. Estaba loca para comportarse como lo había hecho. —¿Te coso o…? —Le miró a la cara para ver que no quería que le tocara ni con un palo. —Mira, luego no te quejes que el doctor cada vez ve peor. Y hablando de vista luego te haré una revisión porque mira que no darte cuenta…

—Te juro que…

En ese momento entró el doctor poniéndose la bata. —¿Qué tenemos?

—Estoy a punto de suturar, doctor —respondió de manera profesional.

El doctor Willis echó un vistazo. —Estás en buenas manos, Son. Te hará un trabajo de primera. —Encantado frotó sus manos. —¿Cuándo se te acaban las vacaciones, niña?

—Dentro de dos lunes.

—Uff, estoy deseando que llegue. Es la mejor enfermera del mundo, ¿sabes Son?

—¿No me diga? —preguntó a punto de soltar cuatro gritos. Lógico, allí no podía desahogarse a gusto.

—Pues sí. La echo más de menos…

—¡Te he oído, marido! —dijo su esposa desde la recepción.

—Tiene un oído muy fino —susurró haciendo que Imber se pusiera como un tomate—. Bueno, yo voy a cerrar la consulta que tengo que ir a comprobar la diabetes de la señora Smithson. Cuando termines…

—Yo cierro doctor, no se preocupe.

—Perfecto. Siempre puedo confiar en ella. —Se quitó la bata de nuevo. —Solo quedan dos semanas. Pero si te necesito puedo llamarte, ¿no?

—Claro que sí, doctor. Siempre llevo mi móvil.

—Perfecto. Continúa, continúa…

—Buenas noches, doctor.

—Esta niña es un tesoro —dijo saliendo.

Se volvió indecisa y preguntó en voz baja —¿Entonces te coso o lo dejo?

—Termina de una vez —dijo entre dientes.

—¡Adiós, niña! —gritó la señora Willis.

—¡Buenas noches! —Se mordió el labio inferior tocando con las pinzas alrededor de la herida. —¿Lo sientes?

—No me duele si es lo que preguntas.

Cogió el iodo y lo pasó por la herida con la gasa para desinfectar lo mejor posible la zona. Sujetó el portaagujas y las pinzas para empezar su trabajo pensando que debía creer que era una salida o que le faltaba un hervor. Estaba uniendo los hilos para el primer punto y se acercó a su rostro. El olor de su cuerpo le hizo recordar ese día y angustiada porque seguramente no volvería a ocurrir jamás reprimió las lágrimas. Solo le faltaba eso, ponerse a llorar como una niña cuando ella no tenía derecho a nada. Es que era una egoísta de mierda. Ni sabía cómo su hermana le seguía hablando.

—¿Por eso se quedó en Nueva York? —preguntó él en voz baja.

Sintiendo que se le rompía el corazón porque se preocupara por su reacción susurró sin levantar la vista —No. Virginia necesita ayuda.

—¿Cómo se lo tomó?

—Creo que deberíais hablar.

—Joder, tú nos metes en esto y ahora debo hablarlo con ella —dijo con desprecio—. Hay que ser muy dañina para hacer algo así.

Se mordió el labio inferior cosiendo otro punto porque no tenía excusa para su comportamiento. O al menos la que tenía no podía decírsela a él porque entonces sí que pensaría que estaba loca. —Jamás le haría daño a mi hermana a propósito. Y ella lo sabe.

—Así que te ha perdonado —dijo con desprecio—. Al parecer le importo muy poco.

—No digas eso… Isis te aprecia muchísimo.

—Me aprecia.

No pudo evitar defender a su hermana con el fervor que lo había hecho siempre. —Pues sí. Si tienes que cabrearte con alguien hazlo conmigo. ¡Ella no ha tenido nada que ver! ¡Estábamos tú y yo!

—¡No! ¡Yo estaba con mi novia! ¡La única que sabía lo que estaba pasando eras tú!

Apretando los labios cerró el último punto a toda prisa y lo cortó. —Igual deberías preguntarte porque nunca te habías acostado con ella —dijo sin poder evitarlo.

—¡Porque quería esperar al matrimonio! —gritó furibundo.

Se mordió la lengua para no dejar mal a su hermana porque en cuanto había encontrado el amor de veras no había tenido reparo en compartir su cama. Pero claro, eso no se lo podía decir a su prometido. —Tienes razón. Todo es culpa mía. Y no sabes cómo lo siento.

Cogió una gasa y se la colocó sobre la herida con delicadeza. Era evidente que ahora ya no podría ni verla, así que era mejor no insistir. Cogió una venda y empezó a cubrir la herida de manera profesional. —Intenta no mojarla en una semana. Pasado mañana pásate por aquí para que la señora Willis te cambie el vendaje y cure la herida. —Puso el esparadrapo en su muñeca y se volvió de inmediato queriendo que se fuera cuanto antes. —Te voy a dar algo para el dolor y para evitar infecciones. Tu ficha decía que estabas vacunado contra el tétanos, así que eso no debe preocuparnos —dijo con la voz congestionada intentando no llorar empujando la mesa para alejarse de él. Salió de la consulta y sin perder un segundo cogió todo lo que necesitaba. Sin mirarle le mostró los frascos. —

Una de cada frasco cada ocho horas. Cuando ya no sientas dolor dejas estas. De las otras acaba el bote. Puedes llevarte mi coche, yo voy a tardar un rato en recoger y eso…

Sin esperar su respuesta de manera mecánica tiró las gasas a la basura antes de coger la bandeja para desinfectar respirando hondo para que no la viera afectada. Solo le faltaba esa humillación. Se volvió con la bandeja en la mano y al ver que la observaba pensativo le miró interrogante. —¿No te vas? ¿No tenías prisa?

Él se levantó y nerviosa vio que se acercaba. Asustada dio un paso atrás sin poder evitarlo mirando esos ojos ambarinos. —Mi madre lleva meses planeando la boda. Tengo doscientos invitados confirmados y un montón de facturas ridículas que ya he pagado. ¡Eso sin mencionar que hasta he pintado la casa! Yo no pienso cancelar la puñetera boda y a ti se te ve de lo más entregada. Al menos follaremos, que era algo que empezaba a pensar que no sucedería con tu hermana. Vete buscando vestido, preciosa… Porque yo no voy a quedar en ridículo ante todos. Tú la has jodido y tú lo vas a arreglar.

—¡Ja! —Le señaló con el dedo enguantado. —¡No la querías!

—¡Quería que fuera mi mujer! —le gritó a la cara—. ¡Pero tendré que conformarme contigo ya que lo has jodido todo!

De repente la única neurona que debía tener operativa se dio cuenta de lo que quería decir y pálida sintió que se desmayaba. —¿Me estás pidiendo matrimonio para que sustituya a mi hermana?

—Ya lo has hecho antes. No creo que te suponga un gran esfuerzo —dijo como si le estuvieran sacando una muela.

No podía tener tanta suerte. Tiró la bandeja al suelo de la impresión mientras le miraba con sus preciosos ojos azules como platos. —¿Quieres casarte conmigo?

—¡No! ¡No quiero, porque tengo la sensación de que vas a hacerme la vida imposible! ¡Pero es lo que va a pasar igualmente!

Su corazón chilló en su pecho. —Vale.

Él entrecerró los ojos. —¿Vale?

—Que te acepto —dijo como si nada—. Pero yo sí quiero anillo. Sé que me lo echarás en cara y todo eso, pero quiero anillo. —Parecía que quería estrangularla y ella sonrió de gusto. —Bien grande.

—¿Algo más?

Se tiró sobre él y Son la agarró por el trasero para sujetarla. Se lo comió con los ojos. —Cuidado con la herida —susurró

Él gruñó antes de atrapar su boca con pasión y sintió tal felicidad que se entregó totalmente. Lo que le hacía sentir era tan maravilloso

que jamás renunciaría a él voluntariamente y sabía que haría cualquier cosa por seguir a su lado el resto de su existencia. La sentó sobre la camilla y desesperada por sentirle acarició su cuello sin dejar de besar sus labios ansiosa. Él se apartó y llevó sus brazos atrás para quitarse la camiseta antes de atrapar sus labios de nuevo. Mareada de placer acarició su torso mientras Son metía sus manos bajo su camisa para acariciar sus pechos. Gritó en su boca al sentir sus dedos sobre sus pezones y ella impaciente llevó sus manos al cierre de sus pantalones. Son abandonó su boca para besar su cuello e Imber gimió mientras él mismo arrastraba sus vaqueros desnudándola de cintura para abajo. Se abrazó a su cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja justo antes de sentir como entraba en ella de un solo empellón. Enterró la cabeza en su cuello sintiendo como salía de su cuerpo y tembló de necesidad justo antes de que le recibiera de nuevo. Y Son la embistió con fuerza una y otra vez haciendo que su interior se abrazara a él. La cogió por los rizos y tiró de su cabeza hacia atrás mirándola a los ojos como si fuera suya antes de entrar en su ser con tal contundencia que hizo que se rompiera en mil pedazos provocándole un placer indescriptible.

Abrazados sintió como su respiración se normalizaba escuchando su corazón. Él acarició su espalda por debajo de la camisa

estremeciéndola de placer. —¿El anillo bien grande?

Rio contra su pecho, pero sin moverse respondió —Bien grande.

Se quedaron así unos minutos más como si necesitaran sentirse e Imber se sintió obligada a decir —No soy Isis. Sé que solo te casas conmigo para no quedar en ridículo cuando ella suspenda la boda, pero no soy ella.

—Cómprate el vestido de novia, preciosa. —La cogió por la nuca para que le mirara y dijo muy serio —Diremos que nos hemos dado cuenta de que nos hemos enamorado y hemos decidido casarnos. Isis está de acuerdo y nos apoya. No des más explicaciones. —Se apartó para subirse los pantalones y pudorosa se sonrojó al verle el trasero. Y ahora podría verlo a menudo. Y tocarlo y todo lo demás. Era como para morirse del gusto. Él se volvió pillándola de pleno y puso los ojos en blanco. —Venga, que mi madre está esperando y vas a tener que explicarle muchas cosas.

Se quedó helada bajando de la camilla. —Ah, no… Tu madre es cosa tuya. ¡Bastante he tenido con hablar con mis tías y confesar mi pecado!

—¿Se lo has contado a tus tías? —preguntó incrédulo.

—Es que me pillaron. ¡Y no cambies de tema! ¡A tu madre se lo dices tú! —Asustada le miró a los ojos. —No le dirás que me hice

pasar por Isis, ¿verdad?

—¡Así que ahora tengo que mentir a mi madre!

Pensó en ello. —Vamos, si es por su bien… Para evitarle el shock. Además, la versión general es más bonita. Nos enamoramos y no pudiste evitarlo. —De repente sonrió radiante. —Venga, practica conmigo a ver cómo te sale.

La miró como si estuviera loca. —Preciosa, vístete…

Le daba la sensación de que tenía mucha costumbre de exigir todo el rato. No sabía cómo su hermana le había soportado con lo mandona que era. Igual era eso. No pegaban para nada. Al contrario que ella que era perfecta para él. Pero eso de que le ordenara cosas continuamente no iba con ella. Le retó con la mirada y tiró el pantalón a un lado antes de quitarse la camisa por la cabeza mostrándose desnuda ante él. —Cariño, creo que tenemos mucho que discutir antes de hablar con tu madre.

Él se la comió con los ojos tirando la camiseta al suelo. —Tienes razón. Mejor le damos una vuelta.

Capítulo 12

Imber entró en casa con una sonrisa de felicidad que no podía con ella. Como en una nube entró en la cocina y sus tías sentadas a la mesa donde estaban cenando la observaron ir hacia la nevera para sacar una cerveza. Bebió un trago y ambas levantaron una ceja. —Me caso.

Dejaron caer la mandíbula del asombro y chilló de la alegría dando saltitos por toda la cocina. Sus tías se echaron a reír y Grace se levantó. —¿Pero cómo es posible? ¿Ya?

—Ya se olía que no había sido Isis la que había estado con él. Y cuando se enteró se puso furioso, pero al parecer le importa poco una novia que otra, así que me caso.

Las tías se miraron y perdieron la sonrisa poco a poco. Clare se levantó. —Pero niña, eso no es muy romántico. ¿Estás segura de esto?

—Ayer no tenía nada. Hoy me voy a casar con él. No pienso protestar porque a este paso en un mes bebe los vientos por mí. —

Dio otro trago muy consciente de la preocupación en sus ojos. —Oh, por Dios… ¡No seáis tan negativas!

—Si nos alegramos por ti, ¿pero no crees que te estás equivocando?

—Eso mismo nos dijo su madre, pero teníais que haber visto cómo se puso Son. Como para decirle que no. Sabía que era cabezota, pero no tanto. Bueno, trabajaré en ello paso a paso. Es cuestión de paciencia. —Sonrió maliciosa. —Además ya he encontrado un método para suavizarle.

—¿Estás hablando de sexo? —preguntó Grace sin salir de su asombro.

—Sí.

—¡Imber, esto es serio! ¡Si ni siquiera ha hablado con Isis!

—Ni va a hablar, ¿no es cierto? Porque está convenientemente escondida.

Grace se acercó. —¿Estás segura de que quieres arriesgarte? No te ama. Ahora está enfadado y ha reaccionado así.

—Pues se le ve encantado. Creo que se ha dado cuenta de que lo suyo con Isis no tenía futuro.

—¡Lo tuyo tampoco pinta muy bien!

—¡Tía, no me fastidies! ¡Voy a casarme con el hombre del que estoy enamorada! ¡Apóyame un poco!

—¿Y si no se enamora de ti?

—Oh, claro que sí. Porque pienso ser tan machacante que tendrá que quererme por narices. Solo se fijó en Isis porque es responsable, está muy bien considerada en nuestro entorno y creía que sería la perfecta madre de sus hijos. ¡Pero yo también puedo hacer eso! ¡Solo tengo que demostrárselo!

—No lo dudamos, pero… —Clare miró a su hermana preocupada. —Díselo tú.

Miró a una y después a la otra. —¿Decirme qué?

Grace apretó los labios antes de sentarse de nuevo. —Tiene una amante.

Sin comprender dio un paso hacia ella. —¿Perdón? Creo que no lo he entendido. ¿Quién tiene una amante?

—Son. Son tiene una amante. —Suspiró mirándola a los ojos. —No lo sabíamos porque sino se lo hubiéramos dicho a tu hermana.

—Por supuesto que sí —apostilló Clare indignada—. Nadie le toma el pelo a nuestra niña.

—Nos enteramos cuando estabais en Nueva York. Al parecer tiene un lío con Sybil Carter.

Asombrada se acercó sentándose a la mesa con ellas detrás. —¿Cómo os habéis enterado?

—Clare estaba en la tienda de Billy y escuchó como ella al otro lado de la estantería se jactaba con sus amigas de que se lo tiraba un par de veces a la semana. Así que es de dominio público.

Ahora entendía cómo había conseguido pasar el noviazgo sin catar a Isis. —Pero no lo entiendo. Si es una estúpida y grosera…

—Es todo eso, pero le da a un hombre lo que busca.

Entrecerró los ojos. —Eso se acabó.

—Cielo…

—¡Se acabó porque ya estoy yo aquí para darle todo lo que quiera! —Se levantó furiosa porque le había puesto los cuernos a su hermana. Que lo hubiera hecho con ella no tenía tanta importancia como con esa… Esa… Como la pillara le sacaba los ojos. —¡Y más le vale que se acabe porque si no le capo! ¡Ya verás mañana, le voy a poner verde! ¿Cómo se le ocurre? ¡Con Sybil! ¡Hay que ser idiota! ¡Pensaba que mi hermana no se iba a enterar? —De repente se volvió. —¿Cuándo la escuchaste exactamente?

—Os fuisteis el domingo. Pues el jueves siguiente creo que era. —Miró a su hermana que asintió.

Palideció al darse cuenta de lo que eso significaba. —¿Estuvo con ella después de estar conmigo? —Sus caras lo dijeron todo y sintió como su sangre hervía de furia. —¡Es idiota!

—Niña… no te quiere. No puedes exigir nada a un hombre que no te ama porque terminará haciendo lo que le dé la gana.

—¡Me amará! ¡Vaya si lo va a hacer! —Se volvió furiosa.

—¿A dónde vas?

—¡A impedir que baje el agua por el arroyo para que no pille la trola que le he metido para ir a verle! —Regresó de nuevo metiendo la cabeza en la cocina. —¿Alguna idea?

Después de colocar un montón de piedras en el arroyo para impedir que bajara el agua desde las tierras de Son, regresó a casa poco después del amanecer totalmente agotada y llena de tierra. Sus tías que estaban tomando café en el porche la vieron subir los escalones hecha una pena. —¿Lo has conseguido? —preguntó Grace divertida.

—Madre mía, estoy deslomada.

—¿Lo has hecho donde te dije?

—Sí, tía. Ante la canalización que hizo tu abuelo en la colina del norte. Lo he comprobado y por nuestro lado apenas sale un hilo de agua.

Grace sonrió maliciosa. —Se va a cagar. Se le van a inundar los campos. Nuestros abuelos hicieron esa canalización para darle salida a su agua y que no tuvieran tierras encharcadas cada vez que llovía. —Se echó a reír. —Me encantará verle la cara en unos días. Se va a quedar sin un buen pedazo de tierra hasta que se seque.

Se pasó la mano por la frente manchándosela y Clare jadeó. —¿Te has visto las uñas?

—Tía, no podía fijarme mucho en eso. —Se miró las uñas y chilló —¡En dos horas vamos a ver al cura! —Salió corriendo y las tías rieron por lo bajo.

A las diez estaba preparada en el porche impaciente por su llegada. Se había puesto uno de sus vestidos nuevos y sus rizos pelirrojos caían por su espalda impecables. Estaba bonita. No era despampanante, pero sí bonita. Se había puesto ese vestido porque sabía que el color rosa era el favorito del cura. Entre eso y que de las hermanas era su favorita porque siempre le habían hecho gracia

sus travesuras, esperaba que la bronca por el cambio de novia no fuera de primera. Impaciente miró el reloj de nuevo y vio que eran las diez y cinco. Llegaba tarde. Es que este hombre…

Escuchó como se abría la puerta y Clare salió con un libro en la mano. —Estás preciosa.

Se volvió haciendo girar el vestido. —¿Crees que le gustará?

—Siempre he pensado que le atraías tú más que tu hermana —respondió sentándose en la mecedora.

Se quedó de piedra. —¿Por qué dices eso?

—Tú siempre te sacas partido con la ropa al contrario que tu hermana que se pone cualquier cosa. Un par de veces vi cómo te miraba y se me pasó por la cabeza.

—¡Y por qué le pidió salir a ella! —exclamó indignada.

Su tía se encogió de hombros. —Ni idea. Quizás porque creía que tu hermana era una persona más seria.

—¡Ni que fuera una irresponsable! —Su tía reprimió la risa. —¡Oye, que la última vez que la armé tenía quince años! ¿Qué sabía yo que el toro del señor Harrison iba a quedarse rosa para la competición? ¡Creía que se quitaba con agua! ¡Lo ponía en el envase!

—Cielo, creo que la has liado más recientemente.

Se sonrojó con fuerza. —Bueno, no la estoy liando. Solo aclarando las cosas. ¡No se querían! Al menos ahora uno de los dos sí que quiere al otro.

—Muy cierto. —Abrió el libro reprimiendo la risa e Imber empezó a pasear de un lado a otro. —Te vas a hacer heridas en los pies. Esos zapatos son imposibles.

—Pero son monísimos. —Escuchó el sonido de un motor. —Ya viene. ¡Ya viene!

Son frenó su camioneta negra de golpe ante el porche e Imber sonrió, pero gruñó por dentro al darse cuenta de que no bajaba. Él estiró el cuello. —Imber, ¿subes al coche o no?

—¿No saludas a mi tía?

Él miró hacia Clare que se había levantado y se había puesto a su lado. —¿Has visto la que ha liado tu sobrina? —preguntó molesto.

—Sí, todo un inconveniente para ti. No te veo muy deprimido por haber perdido a Isis.

—Tía… —dijo por lo bajo al ver como se tensaba.

—Imber, ¿subes o no?

Bufó bajando los escalones y abrió la puerta. —Te veo luego, tía.

—Saluda al padre Murphy de mi parte.

Se subió a la camioneta y casi ni había cerrado cuando arrancó. Le miró sorprendida. —¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Nada, no me pasa nada! —Apretó el volante como si se estuviera conteniendo.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo?

—Preciosa, no me presiones. ¡Mi madre no ha dejado de darme la lata desde que puse un pie fuera de la cama! ¡Y no sabes lo que me dijo después de que te fuiste!

Chasqueó la lengua. —Ni me has dado un beso y ya empiezas con problemas. —Se acercó a él y le besó en el lóbulo de la oreja bajando por su cuello. Son sonrió frenando en la cuneta y la miró levantando una ceja. —Así está mejor. —Arrastró el trasero hasta pegarse a él y rozó sus labios con los suyos antes de besar su labio inferior. —Buenos días.

Él la cogió por la nuca besándola como si quisiera devorarla, pero de repente se apartó y sacó el vehículo a la carretera. Suspiró porque al parecer ya había acabado y se puso en su sitio. —Bueno, ¿y qué te ha dicho tu madre que sea tan grave para que te hayas molestado tanto?

—No sé… ¡Igual que soy idiota al no darme cuenta de qué hermana estoy enamorado antes de pedirle matrimonio a la

equivocada! ¡Estoy quedando como un descerebrado!

—Bueno, es que tú y yo pegamos mejor. —La miró como si fuera idiota. —¡Oye, que yo me di cuenta enseguida! Si no fueras tan cabezota…

—Preciosa, tengamos la fiesta en paz.

—No entiendo por qué ibas a casarte con ella si ni siquiera le eras fiel.

—¡Creía que eras ella!

Le había pillado. —¿No me digas? ¿Y también ibas a casarte con Sybil?

La miró como si se hubiera tragado un palo. —¿Con quién?

—¡No te hagas el tonto! —le gritó—. ¡Lo va diciendo por ahí! ¡Discreta no es, la muy zorra! ¡Espera que la pille!

—¡No estabas conmigo! —exclamó asombrado.

—No, pero estabas con mi hermana y lo sabía todo el mundo. Le voy a sacar los ojos. A las Thompson no nos toman el pelo. —Le miró como si él fuera su objetivo. —Y eso también va por ti.

Carraspeó incómodo. —¿En serio quieres hablar de esto?

—Sino no habría sacado el tema —respondió entre dientes.

Son la miró de reojo. —Preciosa…

—Lo vas a pagar porque sino no te voy a perdonar. ¡Y tengo que perdonarte si voy a casarme contigo! ¡El que la hace la paga!

—¡No tenía sexo, joder!

—¡Te acostaste con ella después de hacerlo conmigo! Y esa excusa es una estupidez. Acabas de bajar varios grados en mi estima hacia ti. ¿Eso quiere decir que si no puedo tener sexo me vas a poner los cuernos? —Su mirada indicaba que pensara muy bien su respuesta. —¿Lo harías? —chilló más alto.

—No, claro que no. ¡Y no me acosté con ella después de estar contigo! ¡Bastante tenía yo en la cabeza como para pensar en sexo cuando me imaginaba lo que en verdad ocurrió!

No sabía si creerle, pero algo se calentó en su pecho. Le señaló con el dedo. —¿Me estás mintiendo? ¡Te lo advierto O´Malley, como te pille dejándome en evidencia por ahí, te corto eso que está entre tus piernas por mucho que me fastidie! ¿Te acuerdas de la Bobbit? Pues te aseguro que lo cortaré en cachitos para que no puedan reimplantártelo. Yo soy más lista.

Son hizo una mueca. —¿Te das cuenta de que tú también le fuiste infiel a tu hermana?

Levantó la barbilla. —No, porque ella no te quiere. Fue una traición, lo reconozco, pero yo sí te quiero y aunque no lo hice a

propósito tengo derecho a luchar por ti. —Él miró la carretera impasible y nerviosa vio que no parecía afectado en absoluto porque le acabara de decir que le quería. —¿No tienes nada que decir?

—Sybil también me dice que me quiere. Entonces no hay infidelidad.

—¿Que te ha dicho qué? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Esa zorra está muerta!

Son reprimió la risa. —¿Te estás poniendo histérica?

—Histérica se va a poner ella cuando le ponga las manos encima.

Son aparcó ante la iglesia y apagó el motor. —¿Estás relajada? Porque el cura va a pensar que quieres matar a alguien como no quites esa expresión y no va a creerse que eres la novia enamorada que se espera de ti.

—Tranquilo, finjo estupendamente. Llevo un año tragando bilis cada vez que salías de casa con mi hermana para hacer el idiota.

Son puso los ojos en blanco saliendo del coche y ella hizo lo mismo dando un portazo. Rodeó el coche para llegar a la acera y forzó una sonrisa totalmente falsa. —¿Mejor así?

—¿Vas a recordarme esto toda la vida?

—Hasta que la casques, no te digo más.

Cogió su mano tirando de ella escaleras arriba y se sintió tan bien por ese gesto que sonrió sinceramente. —¿Y mi anillo?

—Imber, dame algo de tiempo.

—Hasta mañana.

—¿Eres impaciente?

—Como si no me conocieras. —Le miró de reojo. —¿Por qué la elegiste a ella?

Suspiró deteniéndose y la miró a los ojos. —Creía que había llegado el momento de tener familia y me atraía su manera de ser.

—Y la mía no.

—Tu manera de ser es más especial. —Sonrió divertido. —Todavía se habla de lo del toro.

—¿La elegiste a ella porque crees que es más seria que yo? —preguntó aunque ya se lo olía.

—Pues sí.

—¡Pues para que lo sepas ella hizo la mezcla del tinte y estaba conmigo cuando se lo puse al toro!

Se echó a reír. —¿Y por qué cargaste con las culpas?

—Porque estaba pendiente de una beca de estudios y temíamos que los antecedentes penales la afectaran. Menos mal que no se presentaron cargos.

Tiró de su mano acercándola y la cogió por la barbilla para que le mirara a los ojos. —Ella es la seria, tú la alocada. Reconócelo. Te frena el noventa por ciento de las veces.

Gruñó por dentro. —Pero no te quiere.

—Preciosa, eso ya ha quedado claro si le importa un pito que me haya acostado contigo.

Miró de reojo a la puerta de la iglesia. —¿Le decimos lo que a todos o somos sinceros?

—¿Quieres que nos excomulgue? —Tiró de su mano hasta la puerta. —Le decimos lo que a todos.

—Es que mentirle al cura… —Con aquellos tacones casi tenía que correr tras él. —Cielo, vete más despacio.

Él miró sus zapatos. —¿Son nuevos?

Sonrió radiante. —Sí, ¿te gustan? Son de Nueva York. —La miró de pies a cabeza y gruñó tirando de ella de nuevo. —No se te va a caer la lengua por decir que te gusta, ¿sabes? —dijo decepcionada —. Me he vestido así para ti.

Se detuvo en el pasillo de la iglesia y dijo muy serio —Yo no soy de esos que dicen piropos a su mujer. Yo voy al grano.

—Pues con Isis…

—¿Quieres dejarla ya de una vez?

—No puedo, es mi hermana. ¿Acaso no le decías que estaba bonita?

—A ella no le importan esas cosas.

—Que poco conoces a las mujeres.

La miró como si estuviera loca y en ese momento salió el sacerdote de la sacristía. —Padre Murphy… —dijo ella sonriendo de oreja a oreja mientras él gruñía de nuevo soltando su mano. Le miró como si hubiera cometido un delito y cogió su mano de nuevo.

—Pero qué alegría. Isis, creía que estabas de vacaciones en la gran manzana.

—Soy Imber.

El hombre miró a uno y después al otro antes de mirar sus manos unidas. —Santa madre de Dios… Pero hijos, ¿qué habéis hecho?

Ella hizo una mueca. —¿Podemos hablar? Hay cambio de planes.

La bronca fue monumental. Sobre todo para Son que tuvo que soportar un sermón sobre la responsabilidad del matrimonio. Menos mal que al final le dijo que era un alivio que se hubieran dado cuenta a tiempo del error que iban a cometer y que era una alegría que se hubieran enamorado. La verdad que el hombre se lo decía todo y al final les felicitó. Y lo más importante, estaba dispuesto a

casarles el mismo día porque entendió que podían aprovecharlo todo y con lo avaro que había sido siempre dijo que sí de inmediato.

Salieron de la Iglesia en silencio y miró de reojo a su prometido que no había dicho palabra desde que habían entrado. Eso sí que era raro. —¿Estás bien?

—Me parece que voy a tener que tragar mucha mierda y lo que es peor, pitorreo.

—Nadie se pitorrea de Son O´Malley. —Se acercó y besó sus labios. —Por la cuenta que les trae.

Escucharon un frenazo y alguien gritó —¡Isis!

Se volvió sorprendida y perdió el habla al ver a Byford bajando de un cuatro por cuatro azul.

—¿Quién coño es ese?

—Cielo, no te había dicho que…

—¿Imber?

Gimió viendo como Byford cruzaba la calle y se acercaba a los escalones. La sorprendió un poco verle en vaqueros y camiseta porque siempre le había visto de traje.

—Hola Byford.

—¿Hola Byford? ¡Dónde está mi hija!

Cuando dos de sus vecinos salieron de la tienda por los gritos bajó las escaleras a toda prisa. —¿Quieres bajar la voz?

—Perdona, ¿te incomoda que me haya presentado aquí? ¡Pues me importa una mierda! —le gritó a la cara.

Son la cogió por la cintura apartándola. —Vuelve a hablarle así a mi mujer y te juro por lo más sagrado que te voy a partir la cabeza.

Byford levantó sus cejas morenas. —¿No me digas, paleto?

Imber gimió. —Son no se lo tomes en cuenta.

Ni le dio tiempo a terminar la frase porque su prometido le pegó un puñetazo a Byford que le tiró sobre el capó de su ranchera. Mirando con inquina a Son se pasó la mano por la boca mostrando la sangre en el dorso antes de enderezarse para escupir en el suelo. Una mujer de unos sesenta años salió chillando del coche en el que Byford había llegado y cruzó la calle llamando a gritos al sheriff. Muy discreto todo. Byford se tiró sobre Son e Imber chilló de miedo al ver que ambos caían al suelo dándose de puñetazos. —¡Parad! —Caminó hacia ellos. —¡Parad!

—Te voy a partir la cara, cabrón —dijo Byford antes de pegarle un puñetazo a Son que le quitó el aliento.

Imber lo vio todo rojo y tiró el bolso al suelo antes de lanzarse sobre su espalda agarrándole de los pelos como una loca. Eso por

tratar mal a su hermana. Ahí ya no sintió ningún remordimiento y mordió a Byford en el hombro mientras sus parroquianos les rodeaban animándoles.

—¡Preciosa apártate, te va a hacer daño! —gritó Son mientras Byford gritaba de dolor intentando apartar su cabeza de su hombro.

Ella soltó a su presa y le gritó al oído —¡Maldito cerdo, te vas a acordar de haberle hecho daño a mi hermana! ¡Has jugado con ella! —Le arañó del cuello y Son reprimió la risa levantándose del suelo mientras Byford intentaba quitársela de encima, pero su prometida no dejaba de darle tirones de cabello y de arañarle la cara a aquel tipo. —¡Maldito cabrón! Con lo que te ha ayudado con tu hija. Puto desagradecido.

—Esa es Imber —dijo una vecina.

Otra asintió. —Por supuesto, nuestra directora nunca diría un taco. Imber, seguro.

Entonces empezaron a animarla por su nombre mientras que la mujer llegó hasta la espalda de Imber y la agarró por su larga melena. —¡Deja a mi hijo, bruta!

Chilló cayendo de culo a la acera y gimió de dolor antes de escuchar un disparo. Se sobresaltaron y todos miraron al sheriff que tenía el arma en alto. —Muy bien —dijo antes de enfundar el arma.

Se pasó la mano por su barba de tres días y miró a la mujer que aún tenía su cabello en las manos, aunque no tiraba de él. —Suéltela.

—¡Atacaron a mi hijo!

En cuanto la soltó Son se acercó sonriendo irónico sin perder de vista a Byford que estaba en el suelo de nuevo con la nariz roja como un pimiento. —¡Bien hecho, amor!

Todos los vecinos empezaron a murmurar —¿Ha dicho amor? —preguntó la señora Smith—. Aquí fijo que hay cuernos. Pobre Isis.

Se puso como un tomate y Son cogió su mano para incorporarla. —Muy bien preciosa, ya no tenemos que pregonarlo.

—Se me ha escapado —susurró.

Él la besó en la sien y todos les miraron con los ojos como platos incluido el sheriff. —Hijo, ¿tienes algo que decirnos?

Entrelazó sus dedos con los suyos y ambos se enfrentaron a sus vecinos. —Nos hemos enamorado y hemos decidido ser sinceros el uno con el otro. Así que la boda con Isis se ha suspendido. Me caso con Imber.

Dejaron caer la mandíbula de la impresión y Byford se echó a reír irónico desde el suelo. —Joder, tío… ¿Tú eres el prometido de Isis?

—Preciosa, su tono no me gusta un pelo.

Gimió por dentro y se acercó para explicarlo, pero Byford se echó a reír más fuerte levantándose. —Claro que no te ibas a casar con Isis, porque no había pasado una semana en Nueva York y ya era mi mujer.

Son entrecerró los ojos. —¿Qué coño dice este tío?

—¡Isis nunca tuvo intención de casarse contigo! ¡Acepto casarse conmigo casi desde que nos conocimos!

—Será capullo —dijo ella por lo bajo.

Son la miró sorprendida. —¿Es cierto?

—No te fue infiel —contestó porque no le quedaba más remedio antes de bajar la voz—. Ya había hablado con ella de nuestro desliz.

Los vecinos jadearon y la señora Smith preguntó —¿Le fuisteis infieles a Isis? Por eso el viaje a Nueva York. Ya me parecía a mí raro que fueran allí a comprar el vestido.

—Ella no lo sabía cuando nos fuimos, ¿vale? Me la llevé para decírselo —dijo ella exasperada antes de mirar a Byford con odio—. Pero no tuve valor al principio. ¡Solo al darme cuenta de que se había enamorado de ti tuve las agallas para confesarle lo que había ocurrido! ¡Por eso te aceptó! ¡Lo que sentía por ti era tan fuerte que no dudó en cambiar de vida y entregarse a ti! ¿Cómo te atreves a criticarla después de ayudarte como lo hizo? ¡No tienes vergüenza!

—¡Será porque ha secuestrado a mi hija!

Todos abrieron los ojos como platos y Imber le arreó un tortazo que le volvió la cara. —¡Maldito cabrón, si no hubiera sido por ella, no hubiera sido tu hija nunca más por mucho que la tuvieras en tu casa! ¡Y al contrario que tú la ha protegido como si fuera su madre de verdad! ¡No te las mereces! ¡A ninguna de las dos!

El sheriff Martin carraspeó. —¿Está denunciando un delito?

Byford le fulminó con la mirada antes de volver la vista hacia ella. —¿Dónde está?

—¿Has terminado lo que te ordenó?

Apretó los puños. —Sí, ayer firmó los papeles de renuncia a la patria potestad. Ya no tiene ningún derecho sobre ella.

—Enséñamelos.

Él se volvió hacia su madre que rápidamente corrió hacia el coche. Son la cogió por la cintura como si quisiera protegerla. Byford le miró de arriba abajo con desprecio. —Felicidades, amigo. Con las hermanas Thompson no vas a aburrirte.

—Gracias.

La mujer llegó hasta ella y le mostró unos papeles que Imber cogió de inmediato para leerlos alejándose varios pasos. Su novio se

puso tras ella y leyó también. —Cariño, aquí dice que su madre no podrá acercarse de nuevo a la niña, ¿no? —preguntó en voz baja.

Son frunció el ceño. —Sí, preciosa. Creo que pone eso entre tanta jerga legal.

Asintió volviéndose y le hizo un gesto a Byford para que se acercara. Él lo hizo a regañadientes. —Sales del pueblo por la carretera del este y cuando llegues a la intersección giras a la derecha. Seguirás treinta millas hasta que encuentres un molino de madera blanco. Giras ahí a la izquierda y subes la montaña. La carretera lleva a la cabaña de caza de mi tío. Están allí.

Byford asintió arrebatándole los papeles antes de correr hacia el coche. Como todos les miraban sonrió y Son le susurró al oído —Preciosa, vamos a casa, tienes cosas que explicarme. Se te olvidó decirme que Isis se casaba con otro.

Gimió mirándole a los ojos. —¿Y eso te importa?

Sorprendiéndola se echó a reír a carcajadas antes de cogerla en brazos. Encantada le abrazó por el cuello mirándole enamorada. —No, me acabo de dar cuenta de que me importa muy poco.

Besó sus labios suavemente. —No sabes cómo me alegro de oír esas palabras, mi amor.

Isis se echó a reír salpicando a la niña que intentaba mojarla. —¡Atenta, un pez!

Virginia se volvió cogiendo su cañita de plástico de la orilla y lanzó el sedal al agua haciéndola reír por su estilo. La niña atenta vio como una carpa nadaba ante el anzuelo de plástico verde fosforito y pasaba de largo. Rio cuando frunció el ceño y su risa hizo que la carpa saliera disparada.

—La has espantado —protestó la niña.

—Cielo, no tienes el cebo.

La niña levantó la caña para comprobar que era cierto. Chilló golpeando la caña contra el agua e Isis puso los ojos en blanco por su frustración, —¡Nenita, debes tener más paciencia!

—¡Vamos a montar!

—Ah, no. Hoy toca lectura.

Escucharon el motor de un vehículo y ambas se volvieron para ver un coche azul.

—¡Papá! —Virginia salió del rio corriendo y a Isis se le cortó el aliento cuando Byford se bajó del coche a toda prisa y abrazó con fuerza a su hija como si no quisiera separarse de ella jamás. Se le hizo un nudo en la garganta por como cerraba los ojos de la

emoción levantándola para cogerla en brazos. Una mujer bajó del coche y supo de inmediato quien era. Esta forzó una sonrisa sin alejarse del coche y ella le correspondió antes de salir con cuidado del agua para coger la camisa y cubrir el bañador blanco que llevaba. Se acercó lentamente, pero se detuvo a cierta distancia. Byford la miró a los ojos estremeciéndole el alma. —Me la llevo.

—Si estás aquí es que has hecho lo que debías hacer, así que por supuesto puedes llevártela. Estás en tu derecho.

—¿Vienes de vacaciones, papi?

Él miró a la niña y acarició sus rizos. —No, hija. Vengo a buscarte para llevarte a casa.

—Pero iba a montar en pony…

—Debemos regresar.

—Virginia vete a por tus cosas, cielo —dijo ella haciendo que la niña la mirara—. Ya habíamos hablado de esto, ¿recuerdas?

La niña asintió apenada rompiéndole el corazón y su padre la dejó lentamente en el suelo. Salió corriendo hacia la casa para ir a buscar su mochila y los tres la observaron. Su abuela muy emocionada con lágrimas en los ojos susurró —Gracias.

—No tienes que darlas. —Sin poder evitarlo miró a Byford disimulando el dolor de su corazón al recordar lo que había ocurrido

entre ellos. —No podía dejar que le hicierais más daño.

—Jamás pretendí hacerle daño a mi hija —siseó furioso—. Solo quería solucionarlo.

—Pues ahora ya está hecho. —Él apretó los labios mientras Isis iba hacia la cabaña. —Voy a despedirme de ella.

—Nena…

Se detuvo en seco al sentir la cuchillada en el corazón antes de mirarle sobre su hombro con odio. Él apretó los labios y furiosa subió los escalones para entrar en la casa. Fue hasta la cama donde la niña metía su libro en su mochila de la Bella durmiente y sonrió con dulzura. —¿Lo has guardado todo?

—Sí. —Sorbió por la nariz.

La cogió por la cintura y la sentó sobre la cama para ponerle las sandalias. —En el libro tienes mi número de casa, del colegio y de mi móvil. Puedes llamarme cuando quieras.

—Vale —dijo triste.

—Eh, vuelves a casa. —Cerró la correa de su sandalia y sonrió mirando esos ojitos negros que ya formaban parte de su corazón. —En unas semanas volverás al cole y dejarás a todos con la boca abierta de lo bien que lees.

La niña la abrazó por el cuello. —Ven conmigo…

Cerró los ojos intentando retener las lágrimas. —Cielo, sabes que no puedo. Muchos más niños necesitan mi ayuda, ¿lo recuerdas? Lo hemos hablado.

—Sí, pero eso no significa que me quieras menos.

—Eso mismo. Te querré siempre. —La besó en la mejilla sin dejar de abrazarla. —Dale un beso a Amelia.

—Vale —dijo la niña entre lágrimas.

Sintió la presencia de Byford y apartó a la niña con suavidad para mirarle. Reprimiendo las lágrimas se incorporó cogiendo su mochila para cerrar la cremallera. Le dio la mochila a Virginia y se agachó para llenarla de besos. —Adiós, princesita.

—Adiós. —Se acercó a su padre arrastrando los pies y cogió su mano. Isis supo que jamás les olvidaría y esa imagen quedaría grabada a fuego en su memoria. Forzó una sonrisa y Byford parecía a punto de decir algo, pero en lugar de hablar, apretó los labios antes de salir de la cabaña sin mirar atrás. Isis sin soportar el dolor se volvió cubriéndose la cara con las manos y cuando escuchó que el motor del coche se alejaba sollozó destrozada porque acababa de perder dos amores. Ese viaje a Nueva York había cambiado su vida radicalmente y por mucho que había llorado esos últimos días y lo que aún le quedaba por llorar, no se arrepentía de ni un solo

segundo que había pasado allí porque esa experiencia le había hecho conocer el verdadero amor. Un amor que perduraría siempre, aunque ellos con el tiempo sí la olvidarían.

Capítulo 13

—¿Entonces te gusta este? —preguntó su hermana radiante de felicidad admirando el vestido de novia que pensaba pedir por catálogo.

Ella miró la fotografía de nuevo intentando parecer entusiasmada. —Es precioso. Estilo princesa y de encaje como lo querías.

—Espero que me quede bien.

—Seguro que sí.

Su hermana tiró el catálogo sobre la mesa de centro y preocupada la observó durante unos segundos. —¿Estás bien?

—Se me pasará.

Imber apretó los labios por su palidez y por como había adelgazado en esas dos semanas. —Ese cerdo…

—Por favor no le llames así —dijo mirando el libro que tenía en las manos—. En parte tenía razón.

—¿En qué?

—No tenía derecho a meterme en su vida como lo hice. Le trataba como a un niño y como me dejó claro era muy libre de tomar sus decisiones. He pensado mucho en ello y en eso tenía razón.

—Pero él te pidió ayuda.

—Con la niña. E hizo todo lo posible para hacer lo que le pedía. No tenía derecho a meterme en la relación con su madre ni en otras cosas que no me correspondían.

—¡Pues tenía que haber pensado en ello antes de meterte en su cama o pedirte matrimonio! ¡Cómo es posible que le justifiques!

Agotada física y emocionalmente se pasó la mano por la frente. —Por favor déjalo.

—Imber… —Sorprendida se giró para ver que Grace entraba en el salón muy seria. —¿No ibas a cenar a casa de Son?

—Sí, pero…

—Es hora de que vayas a vestirte. —La advirtió con la mirada y preocupadísima por su gemela miró a su hermana de nuevo que estaba rota de dolor. Se acercó y la besó en la mejilla. —Lo siento.

—No tienes que sentir nada. Somos una, ¿recuerdas? —Sonrió emocionada. —Y sabes que me alegro muchísimo por ti, ¿verdad?

—Lo sé.

—Ve a cambiarte para dejarle con la boca abierta como es tu costumbre.

Imber sonrió levantándose, pero perdió la sonrisa cuando su hermana agachó la mirada hacia el libro. Grace apretó los labios y le hizo un gesto para que no se preocupara por ella. En cuanto Imber subió las escaleras, su tía se acercó a Isis y se sentó a su lado. Acarició su melena.

—Por favor, dejadlo estar… No quiero hablar de ello.

—Cielo, tienes que desahogarte.

—¡Estoy harta de llorar!

—Isis, Isis, Isis… —Corrió hasta el teléfono que estaba en su bolso en el hall y sonrió por la foto de su niña pescando en el rio. Había elegido esa foto para el número de su casa y a toda prisa descolgó deseando tener noticias. —Hola, cielo.

—¿Sabes Isis? Papá me ha llevado a la pisci y me he bañado en la de grandes con él.

Apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos. Tragó saliva intentando no llorar. —Eso es estupendo, cielo. ¿Y que más has hecho hoy?

—He leído y he comido pizza.

—¿De pepperoni?

—Sí. En dos días nos vamos de vacaciones con Amelia y con la abuela una semana porque enseguida empiezo al cole. Amelia dice que no hay que dejar comida en la nevera, así que no había. Esta noche hamburguesa.

Rio sin poder evitarlo porque estaba muy contenta. —¿La abuela también va?

—Sí. Me gusta la abuela. —En ese momento separó el teléfono. —¡Abuela! ¡Es Isis!

Frunció el ceño al escuchar que le tendía el teléfono. —Isis, qué alegría.

Confundida dijo —Me ha llamado la niña. No quería molestar, Evelyn.

—Tú no molestas. ¿Como estás? —preguntó agradablemente.

Se relajó. —Bien, muy bien. Preparando el principio de curso.

—Claro, una directora debe tener muchas responsabilidades.

—Sí. —Se quedó en silencio sin saber qué decir. —¿Y vosotros cómo estáis? ¿No está tu novio contigo?

—Oh, lo hemos dejado. Hacía tiempo que eso hacía aguas.

—Lo siento —dijo sinceramente.

—No tienes por qué. Ahora tengo algo mucho mejor. A mi niña que es para comérsela.

Sonrió con tristeza por lo que la echaba de menos. —Sí que lo es.

—¿Y tu hermana?

—Pues muy ocupada con su boda.

—Así que se casa con tu ex.

—Sí, y para sorpresa de todos se llevan estupendamente bien. De hecho son el uno para el otro.

—La vida no deja de darnos sorpresas, ¿verdad?

—Y que lo digas. —Sintiendo que la conversación se profundizaba dijo —Tengo que dejarte Evelyn porque…

—Oh, hijo, ¿ya has llegado?

Se le cortó el aliento apretando el móvil en su mano ansiando oír su voz. —Sí, ¿quién es?

—Es Isis.

Escuchó el silencio y sintiendo que se le retorcía el corazón miró la pantalla. —¿Isis? —escuchó al teléfono antes de pulsar el botón rojo.

Grace apretó los labios por las lágrimas que recorrían sus mejillas. —Cielo, te estás torturando de una manera malsana. Debes cortar de raíz. La niña está bien y debes dejarlo o ese dolor no se irá nunca.

Asintió sabiendo que tenía razón, pero algo en su interior se lo impedía. —Se lo prometí.

—Hay veces que no podemos cumplir nuestras promesas.

Al día siguiente se bajó del coche y fue hasta la puerta del colegio sacando las llaves. Iba a revisar las instalaciones por si algo necesitaba una reparación. Se apartó el cabello tras la oreja antes de meter la llave cuando le pareció oír su nombre. Miró hacia atrás confundida y al no ver a nadie abrió la puerta entrando en el colegio. Caminó por el pasillo hacia la zona de administración y abrió la puerta de cristal. Cruzó el mostrador y pasó entre las mesas hasta su despacho. Olía a cerrado y había polvo sobre su mesa. Sonrió al ver la foto de ella con su hermana que tenía sobre el escritorio. Tenían seis años, a las dos les faltaba un incisivo y miraban la cámara riendo a carcajadas. Esa foto siempre le levantaba el ánimo. Fue hasta la ventana levantándola para ventilar. Se volvió y se quedó helada al ver a Marion desaliñada y con los ojos idos como una loca mientras la apuntaba con una pistola. —Así que trabajas en este cuchitril —dijo mirando a su alrededor antes de echarse a reír.

—Marion baja el arma —dijo suavemente levantando la mano.

—¡Cállate, zorra! ¡Por tu culpa lo he perdido todo! —Levantó el arma haciendo que sin darse cuenta diera un paso atrás tocando con la parte de atrás de sus muslos el alféizar de la ventana. Al ver el miedo en sus ojos se echó a reír. —Le tenía. ¡Le tenía desde que posó sus ojos en mí! ¡Y lo has estropeado todo!

—¿Quieres que llamemos a Byford? Hablaré con él. Podrás ver a la niña.

Se echó a reír con desprecio. —¿Y qué me importa a mí Virginia? La tuve solo para atarle a mí. Y lo conseguí. ¡Lo había conseguido todo! Pero la recuperaré, los recuperaré a los dos.

Había perdido totalmente el juicio y por como movía la pistola sin ningún control se le heló la sangre porque por primera vez en su vida temió no volver a ver a las personas que amaba.

—¿Quieres saber cómo le conocí? —preguntó dando un paso hacia ella.

Necesitaba tiempo, así que si quería contarle su historia no le iba a replicar. —Me interesa mucho.

—Yo desfilaba en la semana de la moda y él estaba en primera fila. Salía con una de mis rivales y se lo quité ante sus narices —dijo orgullosa.

—Debía estar muy enamorado de ti.

—Por supuesto, siempre ha sido mío —dijo retorciéndole el corazón.

—Y le conseguiste, te casaste con él. Incluso echó a su madre por ti, ¿verdad?

Se echó a reír. —Yo me deshice de ella como voy a deshacerme de ti. ¿Crees que no te he visto? —gritó fuera de sí apuntándola de nuevo—. Tú quieres quitármelo.

Negó con la cabeza pensando en tirarse por la ventana. Era la única salida. —Por supuesto que no. Vivo aquí, en Montana. Él está muy lejos.

—¡Doris me ha dicho que vas a casarte con él! ¡Se lo dijo Amelia! ¡Se la encontró en la calle y le gritó que me había olvidado! ¡Y eso es mentira!

—Claro que es mentira. Byford no te olvidará jamás.

Sonrió como si fuera lo que esperaba escuchar. —Claro que sí, solo hay que verte. —Rio como una loca. —¿Contigo? ¿Va a olvidarme contigo? Eso no pasará nunca. Y por mucho que lo intente nunca se librará de mí.

Los ojos de Virginia pasaron por su mente y se tensó. —Pero firmaste unos papeles, ¿no?

Se echó a reír de nuevo. —Qué estupidez. Son míos. ¡Por mucho que lo intentes no me separarás de ellos!

La miró como si no entendiera, aunque la recorrió una rabia indescriptible. Dio un paso hacia ella rodeando el escritorio porque no dejaría que esa mujer les hiciera daño de nuevo. —No te entiendo, ya te he dicho que yo no quiero nada de ellos. De hecho hace un mes que no les veo.

—¡Mientes! ¡Estuvieron aquí hace dos semanas! Seguí a Byford y a la bruja de su madre. —La miró con odio dando un paso hacia ella. —¡Y te buscaban a ti!

—Buscaban a Virginia, Marion —dijo suavemente—. Ni hablé con Byford.

—¿Crees que soy idiota? ¡Quieres robármelos! ¡Pero son míos!

—Lo sé muy bien, por eso me echó de su vida —dijo antes de tirarse sobre ella sorprendiéndola. Intentó arrebatarle la pistola y Marion chilló. Disparó dos veces al suelo antes de recibir un puñetazo de Isis que la tiró sobre el escritorio. Marion levantó el arma e Isis escuchó la detonación. El impacto la tiró al suelo de espaldas dejándola sin aliento. Se llevó una mano al pecho y la levantó para verla llena de sangre. Sintió como le faltaba el aire escuchando la risa desquiciada de Marion que apareció sobre ella.

—¿Te mueres? —preguntó maliciosa por como le faltaba el aire. —Sí, claro que sí. —Inclinó la cabeza a un lado observándola mientras su vista se nublaba e Isis empezó a toser sangre al intentar respirar. —Sí que te mueres. Siempre será mío.

Sollozó recordando la sonrisa de Byford tumbado en su cama, a Virginia siguiendo con el dedito la palabra que intentaba leer y sus ojos brillantes de alegría cuando al fin lo conseguía. Recordó a su hermana riendo a su lado antes de abrazarla para decirle que siempre estaría a su lado porque eran una y vio sobre su hombro como sus tías sonreían. Una lágrima rodó por su sien intentando luchar por respirar. No quería perderles pero el aire no llegaba. Los ojos de Byford mientras le hacía el amor fue lo último que vio justo antes de perder el sentido.

Levantó los párpados que le pesaban mucho y le pareció ver a su hermana corriendo a su lado gritándole que se pondría bien. Escuchó un sonido muy fuerte y un golpe brusco. Al abrir los ojos de nuevo su hermana se bajaba a toda prisa de un helicóptero. Intentó hablar para que no la dejara, pero alguien la movió para sacarla. Su

hermana le cogió la mano. —¡Te pondrás bien! —gritó con los ojos rojos de tanto llorar—. ¡Te pondrás bien! ¡Sé fuerte!

La siguiente vez que entreabrió los ojos sintió mucho frío. Ni se daba cuenta de que estaba temblando. Intentó abrir los ojos de nuevo y entonces sintió calor. Alguien acarició su frente y susurró a su lado —Estoy aquí, hermana.

Esas palabras la tranquilizaron y al sentir calor dejó que el sueño se la llevara.

Son entró en la habitación para encontrar a Imber agotada. Continuaba sentada al lado de la cama de su hermana cogiendo su mano. Sonrió y se acercó a ella para besarla en la frente. —¿Cómo va?

Se emocionó sin poder evitarlo. —Está mejor. Tiene las constantes estables y la han sedado de nuevo para que no se asuste con el respirador. Lo he pedido yo porque sé que no le gustaría eso en la garganta. No quiero que se inquiete.

Se acuclilló ante ella. —Preciosa tienes que descansar. Llevas aquí cuatro días y no has pegado ojo.

—No me voy. Si se despierta…

—Tus tías están fuera.

—No. —Volvió la vista hacia su hermana y Son la cogió por la barbilla para que le mirara a los ojos. —No —rogó no queriendo que la separaran de ella.

—He alquilado una habitación en el hotel de enfrente. Dos horas. Te duchas, comes algo decente y duermes un poco. Como has dicho está sedada.

A Son se le encogió el corazón por el terror en sus ojos. —No puedo perderla.

—Preciosa todo va bien, no vas a perderla. Es fuerte y saldrá de esta. Vamos. Eres enfermera, sabes las consecuencias del agotamiento. No querrás cometer un error, ¿verdad? Hay una enfermera de intensivos que no se moverá de su lado, cielo.

Miró a su hermana y fue evidente lo que le costó soltar su mano. Son la ayudó a levantarse. Estaba tan impresionada y tan agotada que ni se daba cuenta del aspecto que tenía. Rodeándola con el brazo la sacó de la habitación y la enfermera sonrió para tranquilizarla. —Descanse, no me separaré de ella.

—¿Tiene mi número? —Confundida miró a su alrededor. —No sé dónde tengo el móvil y…

—Tiene mi número —dijo Son suavemente.

Asintió dando las gracias en voz baja y la enfermera emocionada asintió a Son. Este la llevó por el pasillo hasta la sala de espera donde estaban sus tías. Se levantaron de inmediato también demacradas por esos días de incertidumbre y miedo. —Me la llevo al hotel.

—Sí, mi niña —dijo Grace—. Nosotras no nos moveremos de aquí.

—Isis, Isis, Isis…

A Imber se le cortó el aliento recordando cuando le cambió el sonido del teléfono y su tía Grace corrió hasta el móvil que le había llevado el sheriff con el bolso de su hermana. Mostró un número muy largo. —¿Quién será?

—Trae, puede ser importante.

Su tía le dio el móvil y ella descolgó. —¿Diga? —preguntó con la voz congestionada.

—¿Isis? —Era la voz de un hombre bastante cabreado—. ¡Joder, ya era hora de que cogieras el teléfono! ¿Se puede saber por qué no contestas las llamadas de Virginia? ¿Qué pasa? ¿Ya se te ha olvidado tu promesa?

Se tensó con fuerza sin ser capaz de decir palabra y miró a los ojos a Son que intentó quitarle el teléfono. Ahí reaccionó. —Maldito

cerdo… Eso es lo único que te interesa, ¿verdad? ¡Tu niña!

—¿Imber?

—¡Sí, soy Imber! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Por qué no la dejas en paz! ¡Eres un puto egoísta! ¿No contesta las llamadas de tu hija? ¡Será que no puede! ¡Será porque tiene un puto tubo en la garganta que la ayuda a respirar! ¡Será porque está entre la vida y la muerte! ¿Quieres que conteste las llamadas de tu hija? ¡Pues tu hija tendrá que esperar! —Se echó a llorar desgarrada y Son le quitó el teléfono dándoselo a Clare que sollozaba por su dolor. Son la cogió en brazos y la sacó de allí a toda prisa pegándola a su pecho.

—Shusss —susurró besándola en la sien—. Todo saldrá bien.

Grace cogió el teléfono de la mano de Clare y escuchó como Byford gritaba al teléfono preguntando qué había ocurrido. Al escuchar su desesperación se puso el teléfono al oído. —¿Byford? Soy Grace.

—No hables con él —dijo su hermana.

—Puede que quiera saberlo. Puede que le importe.

—Sí que me importa —dijo Byford al otro lado de la línea—. Me importa muchísimo —dijo desesperado porque no colgara el teléfono.

Grace sollozó. —Casi se muere. De hecho todavía puede morir. Está muy grave.

—¿Qué ha pasado?

—Le han disparado. La bala atravesó un pulmón. Son e Imber llegaron al colegio para llevarle las nuevas invitaciones de la boda y se la encontraron en su despacho. Imber hizo lo imposible por salvarle la vida y lleva días sin separarse de su lado. Así que como comprenderás no tenemos el cuerpo como para soportar tus pretensiones, de ahí su reacción hace un minuto. Te agradecería que no llamaras más. Ya le has hecho a Isis mucho daño y queremos que esté lo más tranquila posible.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Siento haber llamado. Espero que se reponga cuanto antes. Lo deseo de veras —dijo antes de colgar.

Miró el teléfono de su niña antes de levantar la vista hasta los ojos de su hermana que parecía angustiada. —Has hecho lo correcto.

—¿Pues por qué tengo la sensación de que he metido la pata?

Imber suspiró girándose en la cama y agotada abrió los ojos. Sonrió al ver a Son a su lado y él acarició su mejilla. —Estás preciosa por la mañana.

—¿Mañana? —Asustada se tensó.

—Shusss, está bien. Sigue durmiendo y el médico ha dicho que todo va muy bien.

Suspiró aliviada y miró sus ojos ambarinos. —Gracias.

—¿Por qué, preciosa? Yo no he hecho nada.

—Has estado a mi lado cada segundo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Has estado ahí.

—Y estaré ahí siempre. —Acarició su mejilla borrando la lágrima que la recorrió. —¿Sabes por qué no te pedí a ti una cita? —Imber negó con la cabeza. —Porque siempre eres muy intensa. —Sonrió divertido. —Si bailas en el bar de Rees lo haces como una loca. En el coro tienes que llevar la voz cantante. —Imber sonrió. —Si hay que vestir discreta como para ir a misa, tú vas de rosa intenso y si quieres una hamburguesa, quieres la más grande. Tu hermana es distinta, es más seria, más responsable, más discreta. Creí que era lo que necesitaba.

Se le cortó el aliento. —¿Creías?

La miró intensamente. —Jamás en mi vida me he sentido más orgulloso de alguien que de ti en el momento en que entraste en ese despacho. De tu entrega, de tu tesón en salvarle la vida. De tu amor incondicional. Estoy tan orgulloso de ti que me he dado cuenta de que has conseguido algo que no ha conseguido ni Isis ni Sybil. De hecho no lo ha conseguido nunca nadie. —Miró su mano y la levantó mostrándosela. A Imber se le cortó el aliento por el precioso anillo de compromiso con el diamante en forma de corazón. —Has conseguido que me olvide de la tradición.

Chilló de la alegría y se tiró a él dándole besos por toda la cara. —Te quiero, te quiero.

—Lo sé, nena. Me di cuenta cuando reconociste que habías sido tú la que compartió esas horas conmigo en el coche. Si lo habías hecho era porque tenías que quererme muchísimo para traicionar a tu hermana.

Le miró enamorada. —La mejor decisión que he tomado nunca.

—Pero ese anillo no es lo único que has conseguido, ¿sabes?

—¿No?

Sonriendo respondió —Has conseguido que esté deseando que llegue el día de nuestra boda para atar mi vida a la tuya. Has conseguido que desee despertarme el resto de mis días a tu lado y

tener hijos contigo. Has conseguido que cuando te apartas de mí esté deseando que llegue el momento en que volveré a verte.

Emocionada susurró —¿Me amas?

Besó suavemente sus labios. —Sí, preciosa. Te amo y te amaré siempre. Eso es lo que has conseguido.

Le abrazó con fuerza. —No te arrepentirás.

—Estoy seguro de que eso no pasará jamás, mi vida.

Isis sentía los labios acartonados e intentó sacar la lengua para mojarlos, pero tenía algo en la garganta que se lo impedía. Frunció el ceño y sintió el dolor en el pecho. Intentó moverse, pero no podía y asustada abrió los ojos. Su hermana estaba sobre ella y sonreía. —Tranquila. —Acarició su frente. —Todo va bien. En unos segundos el ayudante de tu cirujano te quitará el respirador.

Asustada asintió y su hermana apretó su mano mientras se lo quitaban. —Eres tan fuerte… —dijo Imber emocionada—. Siempre me demuestras que eres la persona más fuerte que conozco y estoy muy orgullosa de ti. —Ni sintió como una lágrima caía por su sien. —Te vas a poner bien. —Se acercó a ella y la besó en la frente. —Tienes que ponerte bien cuanto antes porque debes estar fuerte

para que tu hijo crezca en ti fuerte y sano. —Se le cortó el aliento e Imber sonrió. —Sí, hermana. Estás embarazada y decía que eres tan fuerte porque le has protegido a pesar de las circunstancias.

—¿Estás segura? —preguntó con voz rasposa sintiendo una alegría inmensa.

—Totalmente. Los análisis son claros. —Acarició su frente con ternura. —Ahora dime quien fue.

—Marion. —Su hermana la miró sorprendida. —La ex de Byford.

—Será hija de puta —dijo con ganas de matarla.

Recordando lo que había ocurrido la miró asustada porque todavía estaba por ahí si su hermana le había preguntado quién había sido. —Creo que ha perdido la cabeza. Debes llamar a Byford, debes avisarle. Es un peligro para la niña y…

—Shusss, cálmate. Yo me encargaré de todo. —En ese momento llegó un hombre con una bata blanca y dos enfermeras. —Hablaremos después.

El hombre sonrió. —La bella durmiente se ha despertado. Isis, soy el doctor Wallace. Ahora que te han quitado el respirador, quizás puedas decirle a tu hermana que nos deje un poquito en paz porque tenemos más enfermos a los que atender.

Miró divertida a su hermana que se sonrojó con fuerza haciendo reír a los recién llegados. Impaciente dejó que el doctor revisara sus heridas y cuando terminó pasó la lengua por su labio inferior sintiéndose tan agotada que le costaba mantener los ojos abiertos. —¿Puedo beber? —preguntó con voz ronca.

—De momento no —dijo mirando un gráfico que salía de una máquina.

—Te mojaré los labios. —Su hermana cogió una gasa a toda prisa.

—¿Es cierto? ¿Estoy embarazada?

—Veo que ya te lo han contado. —Reprendió a su hermana con la mirada. —Te has apresurado.

—Él bebé saldrá adelante. —Isis se asustó y alargó la mano hacia ella que se la cogió en el acto. —Temen que el trauma te haga abortar, pero no te conocen como yo, ¿verdad hermana?

—No —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Nadie me conoce como tú.

Dos días después se estaba durmiendo cuando llamaron a la puerta y su hermana fue a abrir de inmediato. Al ver al sheriff Martin

abrió la puerta del todo y ella sonrió agotada.

—No se extienda mucho, sheriff… Tiene que descansar.

—Cómo me alegro de que ya estés mejor.

—Gracias.

Con la gorra en la mano se acercó. —No te molestaría si no fuera totalmente necesario.

—¿Qué quiere saber?

—Tu hermana me ha informado de quien te ha disparado y he dado la orden de busca y captura. No la han encontrado en su domicilio.

—¿Está desaparecida? —Preocupada miró a su hermana.

—La encontrarán —dijo Imber convencida.

—Me he puesto en contacto con Byford Wellings y ya está bajo custodia de la policía de Nueva York. —Suspiró del alivio porque al menos ahora estaban protegidos. —Las pruebas de ADN recogidas en tu despacho coinciden totalmente con las muestras recogidas en el piso de la sospechosa.

—Así que la tenéis —dijo Imber satisfecha.

—He venido para grabar tu declaración y para dejarte una escolta en la puerta. En cuanto la pillemos se habrá acabado.

—¿Cree que puede volver a por ella?

—Lo dudo mucho, pero prefiero prevenir. Un hombre estará ante tu puerta las veinticuatro horas. —El sheriff la miró a los ojos. —Cuando hablé con el señor Wellings no se lo podía creer, estaba muy impresionado.

—¿Se lo ha contado todo?

Imber apretó los labios. —Ya sabía que te habían disparado, hermana. Te llamó cuando estabas en la UCI y se lo conté.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? —Su hermana suspiró. —Imber, ¿qué ocurre?

—Te llamó para recriminarte que no cogías el teléfono a la niña y perdí los nervios. La tía le dijo que no te llamara más. Que te dejara en paz de una vez.

Isis agachó la mirada. Quizás era mejor así. Cortar todo contacto para siempre. Isis miró al sheriff. —Y usted le informó de quien había sido.

—Sí. Preguntó por ti al saber de dónde llamaba. Cuando le dije que estabas mejor se alegró mucho. —El sheriff hizo una mueca. —Aunque luego se espantó, por supuesto. Lo de que su ex estuviera implicada le dejó de los nervios. No hacía más que preguntar si tenías seguridad. Y luego llamó a su hija como si quisiera asegurarse de que estaba bien. Escuché como la niña preguntaba si estabas aún

malita. —Cerró los ojos pensando en la niña. El sheriff incómodo carraspeó mientras su hermana molesta se cruzaba de brazos fulminándole con la mirada. Este sabiendo que estaba a punto de soltarle cuatro gritos dijo a toda prisa —¿Empezamos con la declaración?

Capítulo 14

Al día siguiente miraba hacia la ventana distraída en sus pensamientos. Su tía Clare sentada en una silla a su lado la observó y parecía tan triste que le retorció el corazón. Se inclinó hacia delante para coger su mano. —Cielo… —Volvió la cabeza hacia ella y forzó una sonrisa. —¿Estás bien?

—Estaba pensando en Virginia.

—Cielo, tienes que pensar en ti.

—Debe estar asustada. Seguro que ha escuchado cosas, es muy lista. —Apretó los labios disgustada. —Y ya ha sufrido mucho. No quiero que sufra por mí.

Su tía alargó la mano y cogió su móvil de encima de la mesilla. —Pues llámala. Habla con ella si te vas a quedar más tranquila.

Se emocionó y cogió su móvil impaciente por oírla. —Imber…

—No le des vueltas a lo que piensa tu hermana. Es tu vida. Ella solo quiere alejarles para protegerte, pero debes ser tú la que tomes las decisiones. —Acarició su brazo. —Pero cielo, como yo también quiero protegerte, debo pedirte que no le digas lo del bebé todavía

si es que piensas decírselo. Piénsatelo bien, aún tienes tiempo. Porque si se lo dices les atarás a tu vida para siempre.

Sabiendo que tenía razón asintió antes de pulsar el botón de llamada del piso esperando que lo cogiera la niña. Nerviosa se puso el teléfono al oído y respiró hondo mirando hacia la ventana.

—¿Diga? —preguntó Byford enfadado provocándole un vuelco al corazón—. ¿Quién es? ¿Es de la prensa? ¿Cómo ha conseguido este número?

—Soy yo.

—Isis… —Se notaba que no se esperaba esa llamada. —Joder, nena… ¿cómo estás?

La preocupación en su voz le retorció el corazón y tragó saliva antes de decir —Mucho mejor. Quiero hablar con Virginia.

—Está leyendo en su habitación. —Escuchó como se movía. —Mamá llama a la niña. Es Isis.

—¡Virginia! —gritó su madre impaciente a lo lejos—. ¡Corre cielo, Isis te está llamando!

Sonrió sin poder evitarlo.

—¡Madre, a gritos también la hubiera llamado yo!

—No sé por qué no lo has hecho.

Le escuchó gruñir y ella preguntó sin poder evitarlo —¿Te vuelve loco?

—No lo sabes bien.

—¿Cómo está? ¿Cómo está? —preguntó su madre a su lado.

—Mucho mejor, Evelyn. Gracias por preguntar.

—Cómo me alegro, niña. Menudo susto cuando nos enteramos y después…

—Madre, ahora no.

—¡Isis! —escuchó que gritaba Virginia y se emocionó por su alegría—. ¡Isis!

—Habla cielo, está en manos libres.

—Isis, te echo de menos.

Intentó no llorar. —Yo a ti también te echo mucho de menos.

—¿Estás mejor? ¿Mamá te hizo daño?

—Estoy mucho mejor ahora que te escucho. ¿Estás preparada para ir al cole?

—Papá me ha comprado un uniforme nuevo y ya tengo los libros. Y tengo un amigo nuevo en el edificio. —Sonrió mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. —Y tengo una bici nueva. ¿Y sabes qué?

—No, ¿qué?

—Mi mochila tiene a Elsa y es muy bonita. Y tiene ruedas.

—Cuantas cosas nuevas.

—Sí. Y la abuela me ha comprado un lápiz y una goma. Ya tengo todo lo de la lista que el cole le envió a papá. ¿Y sabes qué? Papá ya no se retrasa nunca y cenamos juntos todas las noches.

—Cómo me alegro —dijo emocionada—. ¿Y cómo está Amelia?

—Muy bien. Aunque lloró mucho cuando llegó la policía. Porque hay policía. Y interrogaron a papá.

—Cielo, no me has contado a donde fuiste de vacaciones —dijo para cambiar de tema.

—No nos fuimos —dijo apenada—. Y eso que tenía un bañador nuevo. Papá no quiso. Tardamos en irnos porque tuvo una reunión y después estaba muy triste y no quiso ir a ningún sitio. —Se le cortó el aliento. —¿Quieres saber por qué estaba triste?

Escuchó como alguien carraspeaba. —Princesa, ¿por qué no le cuentas qué vas a hacer en tu cumple?

—¡Sí! Mi cumple es el viernes que viene. ¿Vendrás?

Sonrió con tristeza. —No creo que pueda.

—¿Sigues malita?

—Todavía me estoy recuperando, cielo. Y tu casa queda muy lejos.

—Pues lo celebramos ahí. ¡Vamos a la cabaña! —Isis miró a su tía asustada. —Así enseño a papá a pescar. Papá me dejé la caña allí.

—Entonces habrá que ir a recuperarla.

Se quedó de piedra. —Virginia pásame con tu padre.

—Despídete, cielo.

—Te quiero. Llámame mañana.

—Yo también te quiero, mi niña bonita.

Escuchó como salía corriendo y como Byford acercaba el teléfono al oído. —Nena…

—Si la he llamado es para evitar que piense que estoy mal. No sé lo que te propones diciéndole que puede venir aquí para celebrar su cumpleaños, pero no me gusta —dijo molesta—. ¿Qué diablos se te pasa por la cabeza?

—Creo que es conveniente que vea que estás bien. ¿No piensas lo mismo? Iremos mañana.

—¡Ni se te ocurra traerla al hospital! —Escuchó el pitido del móvil y miró la pantalla asombrada. —¡Me ha colgado!

Su tía hizo una mueca cuando intentó llamarle de nuevo, pero no se lo cogían. —Creo que Virginia estaba bastante contenta al hablar contigo. Es él quien quiere verte.

—¿Eso piensas? —preguntó esperanzada sin darse cuenta—. ¿Crees que podré lavarme la cabeza?

Clare sonrió por la ilusión en sus ojos azules. —Sí, cielo. Estarás preciosa, ya verás.

Impaciente apartó la bandeja de la comida a medio comer. Su hermana gruñó. —No me gusta el puré. Tráeme una hamburguesa. —Sus ojos brillaron. —Un helado, tráeme un helado.

—Sí, claro.

—¿Y si es un antojo?

—Pues te saldrá con un cucurucho en la frente. Estará guapísimo.

—O guapísima.

—¿Te imaginas si son gemelas? —preguntó su hermana divertida apartando la mesa.

—¡No fastidies!

Imber se echó a reír a carcajadas. —Sí, mejor uno por uno.

Inquieta miró hacia la puerta y su hermana se sentó en la silla. —No tienes que ponerte nerviosa.

—No estoy nerviosa. —Cuando su hermana apartó un rizo de su sien su anillo brilló. —Es hermoso.

Sonrió y sus preciosos ojos brillaron de la alegría. —Sí.

—Lo conseguiste. Lo intentaste aun corriendo el riesgo de sufrir, aun a riesgo de que te rechazara y lo conseguiste.

Imber apretó los labios. —Ya entiendo por dónde vas. —Le rogó con la mirada. —Muy bien, no diré ni pío cuando aparezca, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo aliviada.

—Así que vas a intentarlo de nuevo.

—No. —Imber pareció sorprendida. —Voy a esperar por si lo intenta él.

—¿Vas a hacer que se arrastre? —preguntó divertida.

—Voy a hacer que sude sangre. Va a pagar las palabras que me dijo aquella noche y haberme tratado como lo hizo —dijo orgullosa.

—Uy, pues entonces tendré preparada una transfusión porque al parecer has dejado de llorar para estar cabreada. Y cuando tú te cabreas…

—¡Si le importo tendrá que demostrármelo como yo se lo demostré! ¡Iba a dejarlo todo por él!

Imber rio por lo bajo. —Yo estoy de tu parte. Aún le estoy haciendo pagar a Son los cuernos que te puso. No veas la que se montó en su finca, parecía una piscina.

—¿Solo le has hecho eso?

—Ayer le rajé las ruedas de la camioneta. Pero eso se lo hice para que pasara la noche conmigo en el hotel. —Le guiñó un ojo con picardía. —Te aseguro que se lo curró durante horas para que se me pasara el cabreo.

Isis soltó una risita. —Bien hecho, hermana. Así aprenderá la lección.

—Creo que después de que me deje preñada dejaré de complicarle tanto la vida. Tengo que cuidarme.

—¿Y crees…? —preguntó ilusionada.

—Él se empeña porque le he dicho que se me pasará el cabreo entonces.

—Es increíble lo que te ama.

Sus ojos brillaron de la alegría. —Sí, y yo le amo a él. Si no hubiera sido por lo que ha pasado nunca hubiera sido tan feliz.

—Siento que tuvieras que pasar por esto precisamente ahora.

—No lo sientas. Me alegro cada minuto de haberte encontrado en ese momento.

—¿Te he dado las gracias por salvarme la vida?

—Bah, soy la mayor. Es mi obligación.

—¡La mayor soy yo!

—¡No lo saben! ¡No nos distinguían!

—El abuelo me lo dijo.

—Si la mitad de las veces te llamaba por mi nombre.

Eso era cierto. Con tres años tenían un lío en la cabeza que ni sabían cómo se llamaban. Aunque les pusieron unas pulseritas siendo bebés porque no sabían quién era una o la otra, aquello sirvió de poco porque la mayoría de la gente no miraba las pulseras y siendo niñas las volvían locas llamándolas con ambos nombres. Hasta que las niñas no empezaron a corregirles aquello fue un follón.

Se sonrieron la una a la otra pensando lo mismo. —Al menos el tuyo te distingue —dijo su hermana divertida.

—Creo que ahora el tuyo notaría la diferencia.

Imber entrecerró los ojos. —¿Tú crees?

—Ni se te ocurra, ¿quieres liarla otra vez? ¿No te da pena?

—¡Ninguna! Y todavía tenemos que vengarnos de Sybil. Que no se te olvide.

Se rio porque Imber no lo dejaría. Cuando se le metía una idea en la cabeza era casi imposible hacer que lo olvidara. —Deja que me recupere.

Imber sonrió radiante. —Si todo sale bien ya sé lo que vamos a hacer. Con los dos.

—Miedo me das.

—Tranquila, está controlado.

En ese momento llamaron a la puerta y el corazón de Isis saltó mirando a su hermana asustada. Pronto había perdido el valor.

—Tranquila, tú a tu ritmo. Todavía no tienes todas las fuerzas. Que se prepare para cuando estés recuperada. ¡Adelante!

La puerta se abrió lentamente y la cabecita de Virginia asomó por la rendija. La carita de su niña la hizo sonreír y Virginia chilló de la alegría. —Pero bueno, ¿qué hace mi princesita aquí?

Abrió la puerta corriendo hacia la cama moviendo sus ricitos negros de un lado a otro. —Hola, tía Imber —dijo de la que pasaba.

—Hola, preciosa.

Se detuvo al lado de su cama y estirando el cuello la miró de arriba abajo. —¿Dónde tienes la pupa?

Se llevó la mano al pecho. —Aquí. —Como la cama estaba alta a la niña le costó subirse a ella y se sentó a su lado. Cogió su manita y

muy despacio dejó que tocara su apósito por encima de la bata. La niña abrió los ojos como platos. —¿Lo sientes?

—¿Te duele mucho?

—¿Ves eso? —Le mostró el gotero. —Pues ahí está mi medicación y entra por aquí para que no me duela nada.

—Papá dice que te toque con cuidado.

—¿Y dónde está tu papá?

Se acercó y susurró —Está fuera con la abuela y las tías. Le están leyendo la cartilla. Me ha dicho que venga mientras le ponen fino entre todas.

Rio sin poder evitarlo y se llevó la mano al pecho cuando le tiró la cicatriz. Imber divertida puso los ojos en blanco. —¿No quería mujeres en su vida que metieran las narices? Pues ahora se va a hartar.

—Papá es muy fuerte. Lo resistirá.

—Claro que sí —dijo Imber.

Acarició la mano de la niña y esta encantada sonrió. —¿Qué me vas a regalar por mi cumple?

—Uy, uy… ¿Qué quieres que no vaya a regalarte tu padre?

Virginia sonrió maliciosa. —Se lo he pedido a papá, pero dice que tengo que pedírtelo a ti. Que solo me lo puedes regalar tú.

Se le cortó el aliento. —¿Y qué es?

—Quiero un hermanito.

Se sonrojó de gusto. —¿Y Príncipe?

—Muy bien, gracias.

Se echaron a reír a carcajadas. Imber acarició el cabello de la niña. —Es casi tan lista como yo. —La besó en el cuello haciendo que riera e Isis la envidió un poco por no poder hacerlo.

—Eh… Deja a mi niña, abusona.

—Es que está celosa.

Virginia sonriendo caminó a cuatro patas hacia ella y con cuidado se tumbó a su lado apoyando su cabecita en su hombro. —Te echo de menos.

—Y yo a ti, mi cielo —dijo emocionada.

—¿Me darás mi regalo?

—Encargarlo lleva algo más de diez días y no sé… —Al mirar hacia la puerta su corazón saltó porque allí estaba Byford vestido con pantalones negros y una camisa blanca con las mangas enrolladas hasta los codos. Se quedó sin habla porque estaba guapísimo y al mirar sus ojos se dio cuenta de que no estaba tan relajado como aparentaba.

—Mira papi, está mejor.

—Eso ya lo veo. —Entró en la habitación y saludó a Imber inclinando la cabeza. —Imber…

—Byford… —dijo con burla.

Él apretó los labios antes de mirarla de nuevo. —¿Cómo te encuentras?

—¿No te lo acabo de decir? —preguntó su hija lentamente—. Está mejor.

—Virginia, estamos hablando los adultos. —La advirtió con la mirada y la niña gruñó.

—Imber, ¿por qué no te llevas a la niña a comer un helado?

—¡Sí tía, llévame! ¡Uno bien grande!

Su hermana divertida cogió su bolso. —Pues vamos allá.

Virginia saltó de la cama e Isis reprimió un gesto de dolor. Byford iba a decir algo, pero negó con la cabeza. En cuanto salieron él cerró la puerta y cuando se volvió metió las manos en los bolsillos del pantalón. —Siento lo que ha ocurrido.

—No es culpa tuya. Ha perdido un tornillo y ya está.

Dio un paso hacia su cama, pero ella se tensó sin darse cuenta deteniéndole en seco. —Todavía no la han encontrado.

—Mi hermana me ha dicho que he salido en las noticias de aquí, así que supongo que se está escondiendo porque sabe que estoy

viva. Estará loca, pero no es tonta. Virginia…

—En Nueva York tiene un guardaespaldas para cuando sale de casa. Incluso Amelia tiene uno.

—¿Y tú?

—Joder, nena… Me parece increíble que te preocupes por nosotros en un momento así.

Dio un paso hacia ella, pero Isis dijo rápidamente —Me preocuparía por cualquiera.

Apretó las mandíbulas. —Sí, por supuesto. Tú eres así.

—Exacto. —Decidió cambiar de tema. —¿Piensas pasar muchos días aquí? Lo del cumpleaños sería broma.

—Tus tías nos dejan la cabaña durante el tiempo que queramos. La niña no tiene colegio hasta el lunes siguiente de su cumpleaños y como no hemos tenido vacaciones me pareció buena idea.

—A partir de ahora si quieres que vea a la niña se la entregarás a mis tías o a mi hermana. —Le fulminó con la mirada. —No quiero verte, ¿entendido?

—Isis…

—¿Lo has entendido?

—Nena, eso ha sonado a profesora regañona y sabes que no llevo bien la autoridad.

Levantó sus cejas pelirrojas. —¿No me digas? ¿Quieres que llame al policía que hay en la puerta para que te eche a patadas?

—Tus tías me han dicho que si todo va bien en unos días te darán el alta.

—¿Estás cambiando de tema?

—Eso lo he aprendido de ti como otras muchas cosas. Así evito cabrearte.

—¿Más de lo que estoy?

—Lo que ocurrió aquella noche…

—Lo que ocurrió aquella noche no tiene perdón. Me echaste de tu casa como a un perro y es algo que jamás me hubiera imaginado.

—Reaccioné mal.

—Mal es un par de gritos, no sacarme a rastras de la cama para tirarme a la calle —dijo fríamente.

Byford apretó los labios y asintió. —Tienes razón, no tengo excusa.

—No, no la tienes. —Le miró incrédula. —Me pediste matrimonio un día antes. Sé que no me amabas, pero al menos me debías respeto. ¡Yo lo di todo por ti y por tu hija! ¡Iba a renunciar a mi vida!

Él la miró fijamente. —Estaba frustrado y me cabreé.

—¿Como un crío? Pues entonces no te extrañe que te trate como a uno. —Encajó el golpe como pudo y Isis se sintió mal por hacerle daño. Se quedaron en silencio mirándose a los ojos. —¿Sabes? Mi ex se va a casar con mi hermana.

—Lo sé. Me enteré cuando vine a buscar a Virginia.

Miró al frente y sonrió pensando en él. —Es un buen hombre. En realidad es un hombre estupendo. —Ni notó como Byford se enderezaba. —Pero siempre supe que no me quería. Me tenía cariño y creía que era la madre perfecta para sus hijos, pero jamás hubo pasión entre nosotros. A mí entonces me pareció suficiente.

—No lo es.

—¿No? —preguntó divertida—. ¿Y de qué sirve tanta pasión y amor si cuando la persona a la que amas te humilla y te echa de su casa? Lo que tenía con Son era más seguro. Tú te enamoraste de esa loca y mira cómo te ha ido. ¡Mira cómo me ha ido a mí! ¡Jamás nadie me ha decepcionado tanto como tú!

Byford se puso a su lado. —Nena, reaccioné mal. Me sentí avergonzado porque habías descubierto que había mentido respecto a mi madre. ¡Mi orgullo se sintió herido porque sabías que había perdido la cabeza por Marion de tal manera que había dado la espalda a mi familia! —Los ojos de Isis se llenaron de lágrimas. —¡Y

encima cuando llego a la cama ya no llevas el anillo y me sueltas que no hago nada bien! ¡Creía que ibas a dejarme y antes de pasar por eso te eché yo! —Le rogó con la mirada. —Nena, lo siento. Me di cuenta de que había cometido un error en cuanto cerré esa maldita puerta. Pensaba llamarte, te juro que es así, pero te llevaste a la niña y creí que en ese momento era lo mejor. Cuando vine a buscar a Virginia pensaba hablar contigo y pedirte perdón. Iba a rogarte que me perdonaras y llego al pueblo para verte besando a un hombre. En ese momento creí que era un estúpido que no te importaba cuando yo no dejaba de pensar en ti. Y cuando me di cuenta de que no eras tú, me sentí tan imbécil que hice el ridículo ante medio pueblo metiéndome en una pelea sin sentido con el novio de tu hermana. Joder, nena… Sé que no tengo ningún derecho, pero cuando vi como le besaba los celos me cegaron y ya no veía más allá —dijo calentándole el alma—. De camino hacia la cabaña me di cuenta de que aquí tenías tu vida. Que era un puto egoísta y que era cierto que te había utilizado para ayudar a mi hija como me recriminó tu hermana. ¡Me di cuenta de todo lo que había hecho y pretendía explicarme, pero cuando llegué a la cabaña había tanto desprecio en tu voz y odio en tus ojos que no fui capaz de

sincerarme respecto a lo que había ocurrido! ¡Me sentí un cabrón y me largué a toda prisa!

—Si dices todo esto para justificar que no me has llamado en todo este tiempo no tienes que excusarte. No esperaba ninguna llamada.

—Solo quiero pedirte perdón.

A pesar de que se moría por perdonarle susurró —Esas disculpas llegan demasiado tarde.

Byford agachó la mirada y después de unos segundos asintió. —Te entiendo.

Sintió que se le retorcía el corazón deseando perdonarle, pero no podía dejar que pensara que pasaría por alto algo así en el futuro. Sabía que si estaba allí era porque le importaba, pero ella quería que la amara y por mucho que sufriera iba a darle esa lección. Era la última oportunidad que tenían para ser felices y si tenía que ser dura lo sería. O aprendía esa lección o no tendrían ningún futuro, así que dijo —Lo único que quiero de ti es a tu hija. Así que si quieres que siga teniendo contacto conmigo harás lo que te digo. ¿Quieres o no?

—Si algo me has enseñado es que ella es lo primero —dijo entre dientes.

—¿Encima te cabreas?

—Nena estás volviendo a hablarme en ese tono que me pone de los nervios.

—Uy, perdona… No me imaginaba que fueras tan sensible. —Le miró con desprecio. —Lárgate de mi habitación.

—¿Prefieres que te mienta?

—Como ambos sabemos no sería la primera vez.

—Otra puñalada.

—Y las que te quedan. —Él sonrió e Isis jadeó asombrada. —¿De qué te ríes, idiota?

—Lo que acabas de decir indica un futuro juntos, preciosa. ¿Te traiciona el subconsciente?

—No digas estupideces. —Se sonrojó ligeramente sin poder evitarlo. —¿Quieres largarte de una vez? Estoy cansada. ¡Gracias al tiro que me ha pegado tu esposa!

—Exesposa.

—¡Qué te den!

—¿Te estás poniendo nerviosa? —Dio otro paso hacia la cama y ella le miró con desconfianza haciéndole sonreír aún más. —Eso me indica que aún tengo alguna posibilidad.

—No solo estás sordo, sino que te imaginas cosas.

Él apoyó una mano en su almohada. —Nena, no sabes tirarte faroles.

Giró la cabeza hacia él. —¿Estás idiota?

Se la comió con la mirada y cuando sus ojos llegaron a sus labios se pasó la lengua por su labio inferior sin poder evitarlo. —¿Lo sientes? Fue así desde el principio. Desde que me miraste en aquel hospital, ¿lo recuerdas? Te pedí que te quedaras porque me moría por tenerte en mi cama, pero me sorprendiste, preciosa… Sabías muy bien lo que hacías con la niña y me di cuenta enseguida que serías la perfecta madre para mis hijos —dijo acelerándole el corazón—. Perfecta dentro y fuera de la cama. Pero fue esa perfección lo que terminó asustándome, porque descubrirías que yo no era tan perfecto y lo que no soportaría sería tu desprecio. Ese desprecio que demuestras ahora. Pero sí lo soporto, nena. Porque lo que siento por ti es mucho más fuerte. No me crees, lo sé, pero también sé que me amas. Sé que no has dejado de amarme porque si fuera así hubieras impedido que yo entrara en esta habitación. Nos amas tanto que a pesar del daño que te he hecho sigues llamando a mi hija y deseas oír mi voz. Porque lo deseas, ¿no es cierto? Como yo deseo que la llames para tener noticias tuyas. Cuando dejaste de llamar me asusté, cielo. Creí que nos habías

desterrado de tu vida y no pude soportarlo. Tuve que llamarte y tu hermana me dio la noticia. No podía creerlo. Habías estado a punto de morir y no había estado a tu lado. Por eso iba a darte tiempo, cielo. Tiempo a que te recuperarás para lidiar con los dos. Con mi hija y conmigo. Porque vas a volver. Vas a ser mi mujer y por mucho que me moleste ese tono que usas conmigo, estoy deseando que me siga molestando el resto de mis días y discutir de ello antes de hacerte el amor una y otra vez. —La besó en la sien. —Ahora descansa, nena. Tienes que estar agotada.

Con los ojos como platos le vio ir hacia la puerta.

—Y sobre el regalo de Virginia ya hablaremos. Igual se lo damos para el año que viene.

Parpadeó sin salir de su estupor y entrecerró los ojos antes de mirar al frente repasando todo lo que habían dicho antes de sonreír de oreja a oreja mientras su corazón casi estallaba de la felicidad. No había ido nada mal.

Virginia sentada en su cama con la mesa ante ellas, deletreó la palabra silla y pasó su dedito por la línea. —Silla. La silla azul.

—Perfecto, ya está bien por hoy.

Su hermana estaba en el alféizar de la ventana leyendo una revista. —Menudas vacaciones está pasando la niña —dijo irónica.

Isis hizo una mueca. —Lo sé. Cielo, ¿quieres ir con la tía a dar una vuelta?

—No, tengo que esperar a papá.

Le había sorprendido que la niña se presentara allí por la mañana, pero aún más que llegara sola. —¿Dónde está papá?

—No puedo decírtelo.

Las hermanas se miraron antes de que Imber se levantara de su asiento. —Claro que sí, puedes contarnos cualquier cosa.

—No, papá me ha dicho que no diga nada. Que me quede aquí y que él vendrá a buscarme para ir a pescar. —Sacó su libro de colorear de la mochila que ella le había comprado en su anterior excursión a la cabaña y dejó sus lápices de colores sobre la mesa.

—Pero tú y yo no tenemos secretos. —La niña la miró preocupada por si se enfadaba con ella e Isis sonrió. —No pasa nada. Tu padre me lo contará cuando llegue.

Virginia sonrió y empezó a pintar intentando no salirse como ella le había dicho. Al parecer había estrechado tanto los lazos con su padre que le guardaba los secretos y eso no era malo. Todo lo contrario, pero la fastidiaba un montón no enterarse de las cosas.

Imber chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —¿Y eso que tenía que hacer era en Great Falls? ¿Sabes si tardará mucho?

La niña se encogió de hombros y ella acarició su espalda haciéndole un gesto a su hermana para que no continuara presionándola. Imber bufó.

—¿Por qué no te vas a trabajar? El pobre doctor no ha tomado un café decente en semanas.

—Sí, claro. Para una excusa que tengo para hacer pellas voy a ir a trabajar.

—¿Qué es hacer pellas? —preguntó Virginia.

—Algo que tú no harás nunca por la cuenta que te trae si no quieres que me enfade mucho, mucho. —Advirtió a Imber con la mirada.

—¿Qué? La que estás acostumbrada a convivir con críos eres tú.

—¿Y si no sé lo que es y hago pellas sin querer, te enfadarás?

Las hermanas rieron y ella la besó en la mejilla. —Sí, señorita. Me voy a enfadar igual. Hacer pellas es no ir a clase.

Miró asombrada a Imber. —¿Todavía vas a clase? ¿Hasta cuándo tengo que estudiar?

Rieron y en ese momento se abrió la puerta. Byford entró sonriendo con un gran ramo de rosas rojas en la mano. —Vaya, esta

mañana estamos de buen humor.

Se acercó a la cama y la besó en los labios dejándola de piedra. —¿Qué haces?

—Nada. —Le puso las flores casi debajo de la nariz. —¿Te gustan?

—¿Son para mí?

Él entrecerró los ojos. —¿Esa pregunta va con segundas? Porque aquí el único que metió lo que no debía donde no debía va a casarse con esa.

Imber jadeó asombrada. —¿Quién te lo ha contado?

—Tú. Frente a la Iglesia.

—Ah, que hablas de mí.

Ahora el sorprendido fue Byford. —¿Hubo más?

Imber se sonrojó con fuerza. —Creo que voy a tomar un café.

—Cielo, ¿quieres ir con la tía?

—¿Puedo comer un bollo?

—Sí —respondieron a la vez. Isis se sonrojó porque no tenía derecho a decir nada, pero Byford solo sonrió satisfecho.

La niña bajó de la cama con cuidado, lo que indicaba que su padre le había dicho algo. Cogió la mano de su tía y esta dijo con cachondeo —Pasadlo bien.

—Muy graciosa.

En cuanto se fueron se hizo un incómodo silencio. Él dejó las flores sobre la mesa y la apartó. —¿Por qué has dejado a la niña aquí y te has ido?

—Tenía unas llamadas importantes que hacer.

—Ah, claro… la empresa.

—Tengo un vicepresidente muy eficiente que tiene órdenes de solo llamarme si hay una emergencia, pero tenía unas dudas. —Parecía que esperaba que le echara la bronca en cualquier momento y ahora entendía que la niña no hubiera dicho nada.

—Felicidades por tu nueva adquisición.

—Gracias —dijo aliviado.

—¿Y tu madre?

—De compras. Montana le parece fascinante.

—Perfecto, podía haberse llevado a Imber. Se lo pasarían estupendamente viendo trapos. —Suspiró apoyando la cabeza sobre la almohada.

—¿Te duele? —preguntó preocupado.

—Sí, dentro de poco me toca la medicación.

—No tiene por qué dolerte, para eso están los medicamentos. Voy a llamar a una enfermera.

Le cogió del brazo y él se detuvo. —Tienes que encontrarla.

A Byford se le cortó el aliento y se sentó a su lado. —Cielo, no va a volver a acercarse a ti.

—Mi hermana no se separa de mí por miedo a perderme. En Nueva York vais con escolta. Tienes que encontrarla. Es el mejor momento en la vida de Imber y se lo estamos fastidiando.

—No ha vuelto a casa y Doris no sabe de ella desde hace tres semanas.

Tuvo un presentimiento y asustada le cogió del brazo. —¿Y si está en una de las cabañas? Si estáis allí… ¿Y si se entera de que estáis allí?

—Nena, cálmate. ¿De qué cabañas hablas?

—A unas millas de la cabaña de mi tío había un campamento de verano que quebró. Hay unas veinte cabañas. ¿Y si está allí?

—¿Crees que no se ha ido de Montana?

—Piensa, no puede volver a casa. Ha cometido un crimen. Si quiere volver a intentarlo, ¿qué mejor que quedarse aquí? Además estaba desaliñada. Te siguió desde Nueva York cuando viniste a recoger a la niña y se quedó aquí dos semanas hasta que pudo intentarlo. ¿Dónde se quedó? Su aspecto me indica que en un sitio donde no tenía muchos espejos porque iba hecha una pena.

Byford frunció el ceño. —El sheriff lo investigará, ¿de acuerdo?

—¿Es que no puedes hacer nada por mí? —preguntó a punto de llorar.

Preocupado cogió el botón para llamar a la enfermera. —Nena, cálmate.

—¡No puedo calmarme! —De repente al ver las flores se dijo que había sido un detalle precioso y ella se ponía así con él que también había pasado lo suyo por esa zorra. Se echó a llorar y se tapó la cara con las manos sintiendo una angustia en la boca del estómago que la hizo sollozar. —¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero recuperar mi vida!

Byford preocupado la abrazó a él con cuidado. —Cielo, estás segura.

—¡Deja de decir eso! —gritó mostrando lo asustada que estaba.

Una enfermera entró en la habitación y al ver su estado salió corriendo. Él acarició su espalda. —¿Quieres que te dé ya el anillo?

Asombrada levantó la vista. —¿Pero qué rayos me estás contando?

—No, era por cambiar de tema. Con Virginia funciona.

—¿Acaso tengo cinco años? —preguntó cabreadísima.

Él sonrió de medio lado. —Nena, creo que te he demostrado mil veces que no te considero una cría.

—¿Hablas de sexo? ¿En serio? ¿En un momento así hablas de sexo?

La enfermera llegó y al verla medio histérica miró la jeringuilla. —Voy a necesitar más. —Salió corriendo dejándola con la boca abierta y Byford se echó a reír.

—¡No tiene gracia!

—Nadie me hace reír como tú.

Miró sus ojos emocionada. —¿De verdad?

Se acercó y besó sus labios suavemente. —Y no sabes cómo echaba esto de menos.

Ella acarició su mejilla antes de pasar la mano por su nuca queriendo más, pero él se apartó carraspeando. —¿Qué tal si duermes un poco?

Suspiró posando la cabeza sobre la almohada y la enfermera apareció corriendo con una jeringa enorme. Al encontrarla mucho más tranquila frunció el ceño. —¡Oiga, a ver si se aclara que tengo muchos pacientes!

Byford se echó a reír a carcajadas por su cara de pasmo y más aún cuando salió de la habitación dando un portazo. —Esa es peor que tú.

—¿Estás insinuando que no tengo buen carácter? —preguntó ofendida.

—Nena, eres la mejor. —Pasó las manos por sus mejillas para borrar unas lágrimas que ni sabía que tenía.

—Eso ha sonado a peloteo.

—Intento congraciarme contigo. ¿Cómo voy?

—Pues no lo he pensado mucho, la verdad.

—Estupendo.

Sonrió sin poder resistirse a esos ojos verdes. —¿Puedes decirle a esa chica tan eficiente que me duele?

—Vamos a ver cómo reacciona. —Volvieron a pulsar el botón y ambos impacientes miraron a la puerta. —Diez pavos a que suelta cuatro gritos.

—Hecho.

En ese momento la enfermera entró de nuevo en la habitación con la jeringuilla y decidida fue hasta el gotero. Pinchó la jeringa en una de las bolsas y la miró fijamente. —Hala, a dormir que esos cambios de humor son por agotamiento. Cuanto más se duerma, mejor. Aquí siempre hay mucha gente y la pobrecita está agotada.

Ambos con la boca abierta vieron como salía de nuevo como si fuera a la guerra. —Byford sácame de aquí.

—Sí, nena. Cuanto antes mejor porque esa no me da buena espina.

—Me debes cien pavos.

Él frunció el ceño. —¿No eran diez?

—¿De veras? —Se le cerraron los ojos. —Uff, esto es muy fuerte.

—¿Isis?

Capítulo 15

—Ya se despierta.

La voz de su hermana llegó hasta ella y le costó abrir los ojos. Sobre ella estaba Imber, Byford y sus tías. Parpadeó intentando aclarar la vista y su hermana sonrió radiante. —¿Qué tal la siestecita?

—Estoy agotada.

—Sí, es lo que tiene dormir veinticuatro horas.

—¡Esa mujer es un peligro público! —dijo Byford indignado.

—Pues es una enfermera excelente. Aquí todos la adoran.

—Claro, si duerme a todos los pacientes de esta manera no hay quien se queje.

Su hermana reprimió la risa. —La verdad es que su método funciona. ¿A que ahora ya estás mucho más tranquila?

La fulminó con la mirada antes de mirar a Byford. —La niña…

—Está con mi madre en el rancho de Son. Nos hemos mudado allí para que estés más tranquila. Está encantada con tanto caballo y

Diana casi la ha adoptado. Ha dormido allí y se lo está pasando estupendamente.

Sus tías estaban muy preocupadas y sonrió. —Estoy bien.

—Estás algo pálida. —Su tía Clare cogió su mano y ella se la apretó. —¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—Tus tíos y tus primos querían venir a verte, pero la enfermera tiene razón. Ya somos muchos y nos han llamado la atención.

—Iros a casa, estoy bien, de verdad. Podéis iros todos. Seguro que Imber tiene mil cosas que hacer con la boda.

—Bah, ya lo habíais hecho todo vosotros.

Sonrió divertida. —¿Y el vestido?

La miró emocionada. —Está a punto de llegar. Se va a quedar con la boca abierta. Solo me faltan los zapatos.

—Pues hala, de compras.

Las tías ilusionadas cogieron su bolso. —Hay una tienda aquí cerca que te va a encantar.

Viendo las botas que llevaba su tía Grace, Imber forzó una sonrisa. —¿Seguro?

—Claro que sí. Son muy chic como tú.

La besaron por turnos y se fueron discutiendo sobre el estilo que quería para los zapatos. Byford levantó sus cejas negras antes de sentarse a su lado.

—Tú también puedes irte.

Él cogió su mano con delicadeza. —Nena, aquí te falta algo.

—No empieces. —Gimió antes de cerrar los ojos sintiendo que palidecía.

Byford preocupado se acercó más. —¿Qué te ocurre?

—Tengo náuseas.

Él no perdió el tiempo y llamó a la enfermera. —Tranquila, preciosa… Respira hondo.

—¿Byford? —Tuvo una arcada y consiguió reprimirla gimiendo de dolor. Se llevó la mano al pecho intentando retenerla. Asustado salió corriendo mientras llamaba a la enfermera que entraba en la habitación en ese momento.

—Muy bien, Isis —dijo elevando el respaldo de la cama—. Respira hondo. —Se giró y cogió la papelera colocándosela debajo. —No pasa nada. No te asustes por los puntos —dijo mientras tenía otra arcada, pero como no había comido en veinticuatro horas no tenía nada que echar.

—¿Qué coño le ha hecho? ¡Antes de ayer estaba bien y mírela ahora!

La enfermera le fulminó con la mirada. —¡Y yo qué culpa tengo de las náuseas matutinas!

Isis gimió apoyando la frente en la papelera. No quería sacar la cabeza de allí jamás. Era para matar a esa chivata.

Byford frunció el ceño. —¿Cómo que náuseas matutinas?

—Sí, es lo que se tiene en ciertas ocasiones cuando se está embarazada. —La chica sonrió. —Y según mi madre las náuseas son un síntoma muy bueno porque eso significa que el niño está agarrando. Todo un triunfo después del trauma que ha sufrido su cuerpo.

La mataba, pero tendría que dejarlo para después porque otra arcada la dejó hecha polvo. Cuando se le fueron pasando se sintió agotada y apoyó la cabeza en la almohada con los ojos cerrados. La chica le pasó una gasa por la frente que sudaba a mares. —Muy bien, crisis superada. Ahora a descansar o te pincho.

Sonrió sin poder evitarlo y abrió los ojos para encontrarse a Byford ante su cama con el ceño fruncido y los brazos cruzados con ganas de guerra. La enfermera se volvió con la papelera y se detuvo en seco por su expresión. —¡Eh! —Byford la miró. —Tu cara me dice

que va a haber problemas. Y como me des problemas te sacó a rastras de la habitación. Ni necesitaré al policía que hay fuera para patearte el culo hasta la puerta, ¿me has entendido?

—Entendido.

Se miraron a los ojos mientras la chica salía con la papelera en la mano. Byford rodeó la cama para sentarse a su lado y tenso cogió su mano. —Aquí falta algo.

—Estás enfadado.

—Estoy rodeado de mujeres que se creen con el derecho de dominar mi vida.

Sonrió sin poder evitarlo. —Somos una auténtica lata. Tranquilo que te librarás de la enfermera dentro de poco.

—De ella puedo prescindir, pero de ti no. Si es peligroso…

—No termines esa frase. Es mi cuerpo y yo decido.

—Soy el padre.

Apretó los labios. —¿Has llamado al sheriff?

Byford gruñó. —Sí, y ha peinado la zona.

—¿Y ha revisado la cabaña de mi tío?

—Sí, nena. Lo ha revisado todo.

—Mierda. —Como él no decía nada frunció el ceño. —¿Y?

—Se le ha escapado.

—¡Lo sabía!

—Estaba en una cabaña del campamento, pero vio llegar al coche y salió corriendo. Un grupo del pueblo se ha desplazado hasta allí para hacer una batida de búsqueda.

—Dios mío… Esa quiere hacer más daño, te lo digo yo. —Apretó su mano. —Vete al rancho.

—Virginia está segura.

—¡No, no está segura porque está loca! ¡Ve a buscar a Virginia!

—El ayudante del sheriff está en el rancho para evitar que ocurra nada.

Suspiró del alivio. —Jack es muy bueno en su trabajo.

—¿Ves como no tienes que preocuparte? —Pasó la mano libre por su frente. —Solo debes pensar en ponerte bien. ¿Qué te parece si pido un avión mecanizado y te llevo a Nueva York a que te hagan un repasito?

Le miró divertida. —¿Un repasito? Ya me han repasado a fondo aquí.

—Allí te repasarían aún más.

—No quiero que me repasen más. Además aquí está mi familia.

—Nena… Quiero que te traten los mejores.

—Aquí hay médicos muy buenos.

—¿Quieres discutir?

—¿Y tú?

—¡Vas a ir!

—Para pasar de mí hace unos días te veo muy preocupado.

—¡Estás embarazada contra todo pronóstico! ¡Vas a ir! —exclamó muy nervioso.

Le miró a los ojos. —Byford estoy bien.

—No me digas que estás bien cuando estás ahí tirada totalmente pálida. —Se levantó y se pasó las manos por el cabello despeinándose antes de volverse. —Muy bien, lleguemos a un acuerdo.

Sonrió divertida. —Te escucho.

—Nos casamos, nos vamos a Nueva York y regresamos para la boda de tu hermana.

—De visita.

—Claro.

—¿Y por qué crees que voy a aceptar eso?

—¡Me quieres! ¡Y quieres a mi hija! ¡Vamos a tener un hijo! ¿Te parece poco?

—Ya, pero es que no creo que tú me quieras como me merezco. No me has demostrado que me amas.

—¡Estoy aquí! —exclamó asombrado.

—Ahora. Hasta que te dé el siroco y me eches de tu casa porque soy muy mandona.

Él gruñó. —Nena, eso no va a volver a pasar. ¡Y creía que me ibas a dejar! ¡Te quitaste el anillo!

Le fulminó con la mirada. —Si a ti te pegaran un tiro y yo me enterara, no habría nada en este mundo que me impidiera ir al hospital e intentar estar a tu lado. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡No viniste hasta que llamé!

—Joder, nena… no llores. Ya te expliqué…

—¡No lloro! ¡Y no me muevo de aquí!

Se acercó preocupado como si fuera una bomba de relojería. —Muy bien, nos quedaremos.

—Llama a la enfermera.

—Me voy a quedar.

—¡Tengo hambre!

Llamó a la enfermera que apareció con una jeringuilla en la mano.

—¡No! —exclamaron los dos a la vez.

Les señaló con el dedo. —Os tengo controlados.

Tres días después Virginia estaba algo mustia cuando fue a visitarla. Byford se sentó en una silla con el ordenador portátil y la niña se puso a dibujar sobre la mesa. Pero después de una hora casi sin hablar Isis no lo soportó más y acarició sus ricitos negros. —¿Qué ocurre, cielo?

Miró de reojo a su padre y este carraspeó. —Nada.

—No mires a tu padre. ¿Qué pasa? —preguntó con autoridad.

—Nena…

—Quiero saberlo.

Byford suspiró mirando su pantalla del ordenador y Virginia se acercó a ella. —¿Por qué no nos quieres? ¿Es por mamá?

Se quedó de piedra. —Claro que os quiero. ¿Quién te ha dicho que no te quiero?

—Si nos quisieras te casarías con papá y no quieres.

Fulminó a Byford con la mirada. —¿Esto es cosa tuya?

—Nena, te aseguro que no. Ayer cuando llegué al rancho Diana preguntó si había conseguido que dijeras que sí y Virginia lo escuchó. Desde entonces me tiene el cerebro taladrado con tanta pregunta que no sé qué contestar, la verdad. ¡Porque yo tampoco entiendo muy bien que si me quieres no quieras casarte!

Sonrió maliciosa antes de mirar a la niña. —A ti te quiero muchísimo. Tanto como de aquí al Sol. —La niña sonrió radiante. —A tu padre también le quiero, pero me ha decepcionado mucho. Muchísimo. Me rompió el corazón con su comportamiento y ahora lo tengo algo roto. Hasta que no se me repare no pienso escuchar nada respecto a ninguna boda.

—Tienes que curarte.

—Exacto.

—Como la cicatriz del pecho.

—Eres muy lista. Pero no se cura con medicamentos como los que me ponen por aquí —dijo señalando su vía—. Se cura de otra manera.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas cuando en la cabaña se te cayó un vaso y te pusiste triste porque creías que me iba a enfadar? ¿Qué hice yo?

—Me diste besos.

—Exacto. Mi corazón está triste y necesita afecto.

—¿Y con besos ya se cura? —preguntaron padre e hija a la vez.

Se sonrojó fulminando a Byford con la mirada. —Y con otras cosas. ¡Cómo confiar en que la persona que quieres no te haga daño! Hala, ahora al rancho que tienes que montar a caballo.

—Sí.

Byford levantó una ceja. —Acabamos de llegar.

—Ya, pero me van a llevar a hacer unas pruebas y no vais a estar aquí esperando a lo tonto.

—Voy a llamar a mi madre para que venga a por la niña.

—¡Byford!

—No voy a moverme de aquí.

Su corazón se calentó porque desde que había llegado casi no se separaba de su cama. La mayoría del tiempo que estaban juntos se lo pasaban como el perro y el gato, pero estaba allí.

Virginia la besó en la mejilla. —¿Tu corazón está mejor?

Sonrió acariciando sus ricitos negros. —Mucho mejor, gracias.

—¿Puedo llevar los anillos? Missy llevó los anillos en la boda de su abuela. —Cogió el lápiz azul.

—¿De su abuela? —preguntó asombrada.

—Sí, ya se había casado mucho.

—Muchas veces —la corrigió.

—Muchas veces.

Byford se alejó para hablar por teléfono y al ver que se tensaba le observó.

—¿Qué dices? —preguntó en voz baja—. Madre habla más despacio. —Él apretó los labios y la miró de reojo. —¿Dónde?

En ese momento se abrió la puerta y su hermana entró radiante con una bolsa en la mano. —¡Ya tengo zapatos! Uff, lo que me ha costado decidirme.

Byford aprovechó para salir de la habitación e Imber entrecerró los ojos. —¿Qué pasa?

—No sé. Vete a poner la oreja —dijo impaciente.

Su hermana salió de inmediato y Virginia hizo una mueca. —Es por mamá.

—¿Eso crees?

—Ha sido mala y la están buscando.

—Sí, cielo. —La niña cogió el lápiz rojo y empezó a pintar una nube de ese color. Eso alertó a Isis que repasó el resto de su dibujo. Una casa que parecía la cabaña de su tío. Cuando la niña empezó a pintar de rojo el tejado simulando que eran llamas algo se estremeció en su interior. —¿Qué dibujas, mi vida?

—Nada.

—Cielo, esos días que pasasteis en la cabaña antes de ir al rancho del tío Son, ¿viste a tu mamá?

Se quedó callada y apretó más el lápiz de color haciendo los trazos más largos hasta llegar a las nubes. Su hermana abrió la puerta, pero ella negó con la cabeza y le hizo un gesto para que se fuera. Frunciendo el ceño le hizo caso. Acarició sus ricitos negros. —Esas llamas dan mucho miedo.

—Sí.

—¿Tienes miedo, cielo?

No respondió rayando la hoja con el lápiz rojo sobre la casa. —Sabes que papá y yo haríamos cualquier cosa para que nada te haga daño. Y si has visto a tu mamá y te ha dicho algo, debes avisarnos para que no te pase nada.

—¿Y a ti?

—Y para que no le pase nada a papá. A nadie. Podemos impedir que no haga daño a nadie. —Le acarició la espalda. —¿Has visto a mamá?

Se mordió el labio inferior sin dejar de rayar la hoja hasta romperla. Byford abrió la puerta y al ver la expresión de su hija se tensó con fuerza. Pasó a la habitación cerrando la puerta en silencio. —¿Ves? Papá está aquí. Y siempre estará aquí.

—Mamá dice que es malo y a ti te hizo daño —susurró.

—Papá no es malo. Se enfadó y después me enfadé yo. Pero eso no significa que sea malo. Lo importante es lo que tú creas. ¿Crees que es malo?

—No —dijo en voz muy baja—. Ella es la mala y me da miedo.

Byford palideció dando un paso hacia ella.

—¿Te da miedo tu mamá?

—Sí, me habla mal y me pide cosas…

—¿Qué cosas, cielo? —preguntó Isis en voz baja.

—Que haga cosas malas.

—¿Te ha pedido que quemes la cabaña del tío?

Asintió con la cabeza. —Cuando papá duerma, pero nos fuimos de allí. Dijo que así yo volveré a su lado. Que se quedará con todo y podremos estar juntas.

Estaba totalmente pirada.

—No cielo, te ha mentido. Si a mí me ocurriera algo, Isis se quedaría contigo.

Miró a su padre esperanzada. —¿De verdad?

—Isis te criaría si yo no estuviera. Pero estoy aquí. —Se acercó a su hija y la cogió en brazos. La niña abrazó su cuello. —Estamos aquí.

—Quiero irme a casa. Quiero mi muñeca. Papá, se me ha olvidado allí. —Virginia se echó a llorar en su hombro y Byford acariciando su espalda miró a Isis a los ojos sin saber que hacer. Y la niña era lo primero.

Isis susurró —Claro que sí, cielo. Nos iremos a casa.

—¿Estás loca? ¡Aún te falta una semana de ingreso como poco! —dijo su hermana.

—Allí estaré bien y Virginia en este momento necesita estabilidad. Ver que a su alrededor todo funciona a la perfección. Además, allí tenemos seguridad privada. En este momento Byford está arreglando el traslado. Nos vamos a Nueva York. Voy a alejar a la niña de esa loca cueste lo que cueste. El sheriff ha estado en el rancho esta mañana y me ha dicho que la batida no ha dado resultados. Esto no sirve de nada. —Su hermana iba a decir algo. —¿No te das cuenta? Ha llegado hasta ella de nuevo. ¡La ha amenazado otra vez! ¡Le juré que no pasaría de nuevo y ha pasado! ¡No pienso consentirlo!

—Aún estás muy delicada.

—Allí también hay médicos.

—Si voy contigo…

—No, Imber. Tu deber es quedarte aquí en tu vida. Esta es la mía. La elegí cuando le elegí a él y a Virginia.

Su hermana la miró angustiada. —Pero estarás muy lejos.

—Siempre seremos una aunque esté allí. En cuanto pase esta situación y la cojan vendremos de visita. No quiero que te disgustes por esto, por favor. Quiero que seas feliz. —Alargó las manos y su hermana las cogió en el acto. —Es lo mejor para todos.

—¿Vendrás a la boda?

—No me la perdería por nada.

Se miraron a los ojos. —Es increíble lo que nos ha cambiado la vida en unas semanas, ¿verdad?

Isis sonrió intentando no llorar. —Todo va a ir bien.

—Te quiero.

Se abrazaron y en ese momento entró Byford con el móvil en la mano. —En una hora el avión estará aquí. Acabo de hablar con el médico y me ha dicho que las pruebas de hoy han ido muy bien. Tus tías vienen para acá con todo lo que puedas necesitar.

—Tengo que comunicar al colegio que me voy.

—No te preocupes de eso. Clare se encargará de todo.

Asintió sabiendo que no habría problema. Byford se acercó a ella y la besó en los labios suavemente. —Gracias, nena.

—¿Dónde está Virginia?

—Con esa enfermera deslenguada —dijo divertido—. Mira, para ella sí que tiene tiempo.

Alguien gritó en el pasillo de una forma que les puso los pelos de punta y asustada se sentó con esfuerzo mientras Byford abría la puerta para enterarse de lo que ocurría. Entonces se escucharon voces y gente corriendo.

—¡Baje el arma! —gritó alguien en el pasillo.

Byford cerró la puerta de golpe tras él y se escuchó un disparo. Gritaron asustadas e Imber se acercó para abrazarla, pero aterrada por él se apartó a toda prisa arrancándose las vías de la mano.

—¡No, Isis! ¡Te matará!

Miró hacia ella antes de abrir la puerta en una rendija y vio como Marion apuntaba a alguien con una sonrisa maliciosa. —Ahora me vas a dar a mi hija. —Esa frase casi la hizo llorar del alivio.

—No está aquí.

—¡No me mientas! ¡La he visto entrar en el hospital! —Sin bajar el arma dio varios pasos quedándose ante la puerta, pero estaba tan concentrada en Byford que ni se dio cuenta de que Isis la había

abierto. Esta se pegó a la pared y le hizo un gesto con la mano a su hermana para que se escondiera. Imber no perdió el tiempo y fue hasta el baño rogándole con la mirada que fuera con ella.

—¡Se la ha llevado mi madre! ¡No la habrás visto salir!

—Yo lo veo todo. ¡Lo que pasa es que quieres quitármela! ¡Y antes de que eso pase te mato!

—Ya has hecho bastante daño. Marion, necesitas ayuda.

Su exmujer se echó a reír y al escuchar que su risa se alejaba se dio cuenta de que pasaba la puerta. Byford quería alejarla de su habitación.

—¡Baje el arma! —gritó alguien a lo lejos—. ¡Baje el arma o disparo!

—¿Quieres que le mate, imbécil? ¡Por mí perfecto, pero no antes de que me dé lo que quiero!

—¡Aléjese! ¡No atiende a razones!

—¿Razones? ¿Acaso atendiste tú a razones cuando me amenazaste con meterme en la cárcel? ¡Cuando me lo quitaste todo! Pero te juro que eso lo vas a pagar. ¡Y lo vas a pagar muy caro!

—Estás loca —dijo Byford con desprecio.

Se echó a reír. —¿Loca? ¡Loca estuve cuando me casé contigo! Te entregué mi vida, renuncié a mi carrera, ¿y qué hiciste tú?

¡Ignorarme por ese trabajo que absorbe toda tu vida! ¿Y cuando busqué diversión en otro sitio te ofendiste? ¡Eres un cerdo! Ahora te estorbo y quieres apartarme, pero no lo vas a conseguir. ¡Quieres formar una familia con esa zorra con la que te acuestas! ¡Crees que voy a dejar que se quede con mi hija y contigo pero no voy a permitirlo! ¿Queréis hacer que no existo? Pues aquí estoy para que te des cuenta. ¡Virginia es mía! Y lo será siempre. La alejarás de mí sobre mi cadáver, cabrón. ¡Te juro que antes te llevo por delante!

A Isis se le heló la sangre y abrió la puerta para encontrarla de espaldas a ella. No dejaba de apuntar a Byford mientras le gritaba que era un cabrón egoísta. Al mirar al otro lado del pasillo vio a su enfermera que sacaba la cabeza de la sala de descanso. Asustada le hizo un gesto para que se metiera y ella lo hizo de inmediato. Su pie rozó la bota del ayudante del sheriff que estaba ante su puerta. Su cuerpo en un charco de sangre provocó que el pánico la recorriera. Entonces lo vio. El bulto en la pantorrilla y el velcro que rodeaba su tobillo. Temblando miró hacia Byford que seguía discutiendo con Marion y vio como daba un paso atrás alejándola de ella. Se agachó lentamente y sin perderla de vista levantó el bajo del pantalón mostrando la pistola que llevaba. Sintiendo su corazón a mil por hora

la sacó de su funda sin hacer ruido y vio que Byford pálido la observaba de reojo.

—¡Dame a mi hija o te mato!

Levantó el arma sintiendo que le faltaba el aliento y muerta de miedo gritó —¡No volverás a tocarles, zorra!

Marion se giró con el arma en la mano disparando, pero Isis aún agachada disparó una y otra vez haciendo que los impactos la tiraran contra la pared. No dejó de disparar hasta que se vació el cargador y casi sin ver por las lágrimas siguió apretando el gatillo una y otra vez. Byford corrió hacia ella y le arrebató la pistola antes de cogerla en brazos. —Ya está, nena —dijo apretándola contra su pecho mientras la metía a toda prisa en la habitación.

—¡Túmbala! —gritó su hermana.

Llorando de los nervios se aferró a él, que le susurró al oído que todo iba bien. Su hermana cogió su mano para ver el desastre que había hecho con su vía. La enfermera llegó corriendo y cogió su brazo para inyectarle algo. —Tranquila, en unos segundos te encontrarás mejor.

—¿Dónde está mi hija?

—Con mi supervisora en la sala de descanso. Está viendo unos dibujos en mi Tablet y tiene los cascos puestos. Increíblemente no

se ha enterado de nada.

—Imber, ¿puedes sacarla de aquí sin que se dé cuenta?

—Déjamelo a mí. —Acarició la cabeza de su hermana que aún estaba en shock. —¿Estás bien?

Sollozó sobre el hombro de Byford y asintió. —Cuida a la niña —susurró mientras él le acariciaba la espalda.

La enfermera llegó corriendo con unas cosas en la mano y dijo —Necesito que se tumbe. Voy a cambiar las vías.

—Ese hombre…

La enfermera apretó los labios y cuando la tumbó con sumo cuidado negó con la cabeza moviendo sus rizos rubios. —Mis compañeros están intentando reanimarle.

—Oh, por Dios…

—No volverá a hacer daño a nadie, preciosa. —Byford borró sus lágrimas con los pulgares. —Todo irá bien. —Cogió su mano libre y besó su dorso con ansias. —Aquí falta algo.

Más relajada por el sedante sintió que el sueño la invadía y sonrió sin poder evitarlo. Le amaba tanto… Ya no podía vivir sin él y había pasado tanto miedo por perderle que susurró —Sí que falta algo.

Emocionado sacó el anillo de su bolsillo del pantalón y se lo puso en el dedo con una delicadeza que la emocionó. —Te juro que no te vas a arrepentir. Esta vez será perfecto porque he aprendido de mis errores.

—Esos errores también me han hecho amarte. Forman parte de ti y cuando se ama de verdad debes amar a la persona tal y como es. Y tú eres así. Cabezota, protector, independiente y muchas cosas más que te hacen quién eres. Amo todo eso y mucho más. Te amo a ti.

Él acarició su mejilla. —Y yo a ti, mi hermosa pelirroja. Estoy deseando ver lo que nos depara el futuro.

—Muchas discusiones, pero después nos reconciliaremos porque nos amamos —dijo medio dormida haciéndole sonreír.

—De eso puedes estar segura. Te amo, preciosa. —Besó su mano con ansias. —No sabes cuánto te amo…

Epílogo

Las novias se miraron a los ojos y sonrieron divertidas saliendo al porche. Todos los suyos estaban sentados ante el padre Murphy. Ampliaron su sonrisa cuando cada novio se acercó hasta encontrarse ante el altar. Se les notaba impacientes.

Los violines empezaron a sonar y caminaron por la alfombra roja con Virginia ante ellas con los anillos. Estaba preciosa vestidita de blanco como una princesa. Los invitados admirados por sus preciosos trajes de novia idénticos observaron como recorrían el pasillo al paso que marcaba la música hasta llegar al sacerdote. Miraron a los novios a los ojos muy enamoradas.

—¿Imber? —preguntó Son mosqueado.

—Sí, cielo… soy yo. —Isis batió sus pestañas sin perder la sonrisa mientras los invitados reían por lo bajo.

En cuanto abrió la boca Byford carraspeó. —Perdona amigo, pero esa es la mía. —Pasaron ante ellas colocándose al otro lado y los invitados se echaron a reír.

Son miró a su novia aún mosqueado. —Imber, esto no tiene gracia.

—¿Estás seguro de que soy Imber?

Son frunció el ceño de nuevo. —Esta no es la mía.

—¿Seguro? —preguntaron todos incluido Byford que estaba a punto de reírse.

Son la cogió por la cintura y le plantó un beso que podía fundir los plomos. Cuando la soltó sonrió satisfecho. —Pues sí que es la mía. —Se giró hacia el párroco que les miraba con los ojos como platos mientras Isis y Byford se reían como los demás.

Mareada sonrió como una tonta. —Sí que lo soy.

Él cogió su mano y dieron un paso hacia el sacerdote.

—Pero no vuelvas a hacer esta prueba, amigo. No vaya a ser que te confundas y te aseguro que no me lo tomaría nada bien —dijo Byford divertido.

—En un par de meses notaré la diferencia.

—¿Hablas de mi embarazo? —preguntó Isis divertida. El cura jadeó. —No se preocupe padre que se casa. Si ya está aquí más que dispuesto.

—Dispuestísimo, padre. Es la mujer de mi vida.

—El cuerpo cambia con el embarazo —dijo Son satisfecho como si hubiera descubierto la penicilina. Carraspeó cuando el cura le fulminó con la mirada—. Puede empezar cuando quiera.

—¿Crees que así habrá diferencias entre nosotras? —preguntó Isis interrumpiendo al cura que había abierto la boca.

—Seguro que alguna diferencia encontraré.

Las hermanas se miraron divertidas antes de echarse a reír a carcajadas. Imber acarició la mano de su novio con el pulgar y le miró a los ojos. —Cariño, pues tendrás que esperar a la siguiente ocasión porque salimos de cuentas con una semana de diferencia.

Las tías gritaron de la alegría y los invitados se echaron a reír por la cara de sorpresa del novio. Cuando reaccionó la cogió por la cintura elevándola hasta su rostro mientras giraba haciéndola reír. —Preciosa, sabes que te amo, ¿verdad?

Se abrazó a su cuello radiante de felicidad. —Claro que sí. —Besó sus labios. —¿Estás contento?

—No has podido hacerme más feliz.

—¿Y puedes hacerme feliz a mí y dejar que os case para que esos niños nazcan como Dios manda? —preguntó el cura indignado.

Son se sonrojó y la dejó en el suelo cogiendo su mano. —Claro, padre. Continúe.

—Mami, ¿cuándo doy los anillos?

Isis miró a Virginia que se acercó con el cojín. —Espera, que enseguida te lo dice el cura. —La cogió por los hombros y la volvió hacia él que estaba exasperado.

—Estamos aquí reunidos…

—Isis, Isis, Isis…

Amelia se levantó con su móvil en la mano y gimió porque no podían haber sido más inoportunos. Forzó una sonrisa mirando al cura y levantó un dedo. —Un momentito.

—¡No me lo puedo creer!

Byford frunció el ceño. —Nena, nos estamos casando.

—Es importante. No tardaré ni un segundo.

—¿Más importante que nuestra boda?

—Esta es la boda más entretenida a la que he asistido en años —dijo la señora Smith dándole un codazo a la madre de Byford.

Todos pendientes de como cogía el teléfono estiraron el cuello cuando ella descolgó. Se volvió y susurró —¿Si? —Vieron como asentía varias veces. —Claro que sí, muy bien. Allí estaré, muchas gracias. —Colgó entregándole el teléfono a Amelia que le guiñó un ojo y volvió a toda prisa al lado de su novio.

—Nena, ¿qué ocurre?

Le cogió del brazo tan contenta que le besó en los labios. —Me lo han dado.

—¿El qué?

—El puesto.

—¿Qué puesto? —preguntó su novio preocupándose—. ¡Te acaban de disparar y estás embarazada! ¿Qué puesto?

—Directora del Santa Anna.

La niña se giró con los ojos como platos antes de chillar de la alegría dando saltitos. —¡Es mi diré, es mi diré! —De repente se detuvo. —Menudo enchufe.

—Ah, no… señorita. Eres una alumna más.

—Ya, claro. —Le guiñó un ojo cómplice y no pudo menos que reír.

—Nena…

—Así la vigilo. —Le besó de nuevo antes de mirar al cura. —Ahora sí que sí.

—¿Seguro o vuelvo en un rato?

Los invitados rieron. —Seguro —contestaron los cuatro.

El cura iba a abrir la boca cuando Isis se acercó y susurró —Padre…

—¿Si, hija? —preguntó irónico.

—Gracias. Si hay alguien que quiero que me case con el amor de mi vida, ese es usted, padre.

El hombre se sonrojó de gusto. —Y para mí es un honor. —Levantó la vista hacia sus feligreses. —Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir estas parejas en sagrado matrimonio…

—Eres muy seductora, señora Wellings. —Su marido besó el lóbulo de su oreja antes de girarla. La cogió por la cintura pegándola a él. —Y bailas muy bien.

Se echó a reír. —Tú también me has sorprendido. Creía que los yuppies tenían dos pies izquierdos.

La miró malicioso. —Pues te quedan muchas sorpresas todavía.

Enamorada acarició su nuca. —Esto promete mucho.

En ese momento la banda dejó de tocar y se hizo un redoble de tambor. Son tiró de su mujer hacia ellos y en ese momento subieron sus tías al escenario. Imber e Isis se miraron. —¿Qué hacen?

—Ni idea.

Grace cogió el micro y dijo —Queremos daros las gracias por asistir a la boda de nuestras niñas. —Las gemelas las miraron con

emoción. —Han sido una alegría en nuestras vidas desde su nacimiento y no han dejado de colmarnos de felicidad día tras día.

Los ojos de Isis se llenaron de lágrimas y Byford la abrazó por la cintura besándola en la sien. —Y esa familia aumenta con dos yernos como no hay otros y que sabemos que las cuidarán como se merecen. Porque sino nos tendrán sobre su chepa torturándoles como no se hacen una idea.

Los invitados rieron y su tía le pasó el micro a Clare. —Nos gustaría que Isis no se fuera tan lejos porque las travesuras de las niñas se reducirán a la mitad….

—Ya será tarde para Sybil, que debe estar haciendo las maletas para huir de las Thompson después de entrar en su casa de noche y llenarle la cama de boñiga de vaca —dijo Son por lo bajo haciéndoles reír—. Su madre no habla de otra cosa.

—Me hubiera encantado verle la cara —dijeron las hermanas a la vez antes de chocarse las manos.

—Pero sabemos que vendrán a menudo —continuó su tía con lágrimas en los ojos—. Su marido tiene un avión, ¿sabéis? —Byford se echó a reír asintiendo. —Y lo ha prometido, así que vendrán siempre que puedan. Lo que nos hace muy dichosas. Os queremos, niñas… Y os deseamos toda la felicidad del mundo.

Ambas les lanzaron un beso y entregaron el micro antes de bajar.

Isis algo preocupada por lo que su tía había dicho miró a los ojos a su marido. —Cielo…

—No te preocupes. No dejaré que pierdas parte de tu corazón por entregarme el resto. Vendremos a menudo. Son ha terminado la casa de invitados y podrás decorarla como te guste. —La besó en los labios y emocionada se abrazó a su cuello porque sabía que para él sería un esfuerzo enorme.

—Señor Wellings…

—Me reclaman.

Confundida se dio cuenta de que iba hacia el escenario y desenvuelto cogía el micro. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía y sin poder evitarlo se lo comió con los ojos. Virginia subió los escalones con su perrito y corrió hacia él. Su padre la cogió en brazos y miró a su mujer con todo su amor reflejado en sus ojos.

—Estos meses han sido muy intensos, ¿verdad, cielo?

—Sí —dijo al micro haciendo reír a su audiencia.

Imber rio y cogió su mano mientras ella emocionada no podía dejar de mirarles. —Conocimos a una pelirroja que nos cambió la vida y que la llenó de alegría. Nos dio estabilidad y amor. —Sus

preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Una mujer de carácter a la que le gusta mandar.

—Sí —dijo Virginia haciéndoles reír—. Mucho.

—Que lucha por lo que está bien y que protege a los suyos con uñas y dientes. Que es cariñosa, paciente y la mujer más generosa que he conocido nunca. —La miró a los ojos. —Fue inevitable que me enamorara de ti, cielo. Sé que cometí errores, pero te juro que si me comporté así fue porque creía que no me considerarías lo bastante bueno para ti porque te había decepcionado.

—No papá, ella te quiere.

—Claro que sí, pero no me di cuenta en ese momento.

La niña puso los ojos en blanco e Isis rio como los demás. —He pensado en cómo demostrarte que te amo. —Se le cortó el aliento. —Algo que sea muy especial y que te haga recordar este día el resto de tu vida. Tú me has dado mucho más de lo que te pueda dar a ti y era una decisión complicada.

—¿Qué será? —preguntó su hermana por lo bajo.

—Queremos formar una familia, así que Virginia y yo hemos decidido…

Acercó el micro a la boca de la niña. —Casarnos contigo. —Byford le susurró algo al oído —Ah, y que seas mi mamá de verdad.

Se le cortó el aliento y miró a su marido a los ojos mientras la embargaba una emoción abrumadora. Un hombre de traje apareció a su lado con unos papeles. —Si firma aquí será legalmente la madre de la niña.

Sin dudarlo ni un segundo cogió el bolígrafo y sin darse cuenta de que lloraba firmó donde le indicaron mientras le sacaban fotos y sus vecinos aplaudían. En cuanto terminó cogió el bajo de su vestido y se volvió para encontrárselos tras ella. Les abrazó con fuerza. —Os quiero.

—Y nosotros a ti, cielo. —La besó suavemente en los labios. —Has cambiado nuestras vidas.

Sonrió radiante mostrando su felicidad. —Pues no has visto nada, amigo…

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado

5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.